

Una noche de
septiembre
y unas flores
amarillas



Ana Castellar

Una noche de
septiembre
y unas flores
amarillas

Ana Castellar



Título: **Una noche de septiembre y unas flores amarillas**

©2024, Ana Castellar

Diseño de cubierta y maquetación: 2024, Mari Luz Montes

(mariluzmonteskd@gmail.com)

Corrección: Luis Solís (criticosliterarios@outlook.es)

Primera edición: junio de 2024

ISBN: 979-83-237-5345-1

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

A mis hermanas

*Inútil explicar mis silencios.
En el fondo de mí hay siempre
una espera primitiva de
un cambio mágico.*
Alejandra Pizarnik

Índice

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Epílogo](#)
[Píla](#)
[Agradecimientos](#)

Capítulo 1



«¡Vaya mierda!, ¡vaya mierda!», se repitió Arancha agobiada. Pasaban los minutos y su acompañante no salía del baño. «¿Por qué abriría la boca? ¿Quién me manda a mí a meterme a consejera del amor? Soy idiota», se dijo.

Hacía unos minutos estaba en una cita bastante agradable con un hombre que había conocido en una *app* de citas. Era majo, divertido, inteligente. Parecía perfecto, hasta que él se dio cuenta de que su anterior novia estaba unas mesas más allá con otro hombre. Le confesó que seguía enamorado de ella, que no entendía por qué habían roto. La rutina, quizás; llevaban muchos años juntos, admitió. Se llevaban bien y compartían la custodia del perro, que esa noche él había dejado con su hermana. Arancha recordó la foto de perfil con el perro. Por esa foto se había decidido a quedar con él. Creyó que era un buen hombre para retornar al mundo de las citas después de unos meses de abandonarlas. Arancha le observaba la cara de enamorado cuando hablaba de su ex, cómo la escudriñaba de reojo.

—Ve a saludarla —lo animó Arancha. Él la miró y ella le hizo un gesto con la mano, alentándolo a que lo hiciera. El hombre sonrió y, luego, se acercó a su ex.

Mientras los observaba conversando, se fijó en que el chico que la acompañaba los ignoraba, concentrado en la carta. Debía de ser una cita como la de ellos. O el chico pasaba bastante de todo, o era educado. Repasaba mentalmente los encuentros que había tenido antes de abandonar la *app*. No fueron muchos, solo cinco. No había llegado a nada con ninguno. En algún momento la cita se estropeaba. A lo mejor un comentario inapropiado o un gesto le producía una sensación incómoda como para llevarlos a su casa o irse con ellos. Pero este se mostraba muy majo, muy normal. Educado con ella, con los camareros, o con unos amigos con los que se encontraron un rato antes y que se hallaban tomando unas cervezas.

—Gracias por animarme —le dijo cuando volvió a la mesa—. ¿Qué pedimos?

—Las ensaladas —le precisó ella viendo que ya las traían. Arancha se sentía molesta. Su acompañante y la ex no paraban de mirarse y de sonreírse. Él se disculpó un momento y se dirigió al baño. Arancha lo siguió con la vista; observó cómo ella también entraba en la zona de los aseos. Los dos desaparecieron tras la puerta. «Demasiada casualidad», pensó. Echó un vistazo alrededor; estaba segura de que todo el local se había percatado de lo que acababa de

sucedier, pero todo el mundo seguía a lo suyo. Decidió no continuar con la cena. ¡Qué cara iba a poner él cuando volviese a sentarse frente a ella!, ¡si es que volvía! Se levantó lo más tranquila que pudo. «Solo me falta tirar una copa», se dijo con una breve sonrisa nerviosa.

Estaba preparada para marcharse y comprobó que no se le olvidaba nada. Miró hacia el acompañante de la ex. Le estaban sirviendo la cena, ajeno a lo que pasaba a escasos metros de su mesa.

Arancha dio unos pasos en su dirección; luego retrocedió. «No es asunto mío, no es asunto mío». Volvió a avanzar con un gesto de enfado hacia ella misma.

—Disculpa que te interrumpa... —Se aclaró la voz. Delante de él no le salían las palabras. No había pensado cómo decirle lo que estaba ocurriendo casi en sus narices.

—¿Nos conocemos? —le preguntó él viendo que la chica se ruborizaba y se quedaba mirándole.

—No... Es que... No sé cómo explicártelo. La chica con la que has venido..., no sé si es tu pareja formal. Bueno, como mucho llevaréis cuatro meses... Que a lo mejor sí vais en serio... El caso es que está en el baño con mi cita y él es su exnovio, que sigue locamente enamorado. No creo que estén hablando, precisamente.

—¿El que vino a saludar antes? —preguntó confuso.

—Sí. —Arancha sintió que la cara le ardía por el mal rato. No sabía muy bien por dónde iba a salir el hombre.

Él la miró con incredulidad. Seguidamente, llevó la vista hacia la zona de los baños. Retornó los ojos a su plato y volvió a mirarla. Arancha seguía allí parada. Al constatar que el chico no reaccionaba, se giró para marcharse.

—Acabo de pedir la cena —se lamentó él cuando vio que ella se alejaba—. Pero, si es verdad lo que dices, no pienso quedarme aquí a esperar. ¡Vaya mierda! —Óscar metió la mano en la cazadora para sacar la cartera.

—Yo voy a dejar que lo pague él —aseguró Arancha encogiéndose de hombros. Se dio la vuelta y se marchó. Él la vio alejarse. «¿Por qué habría de mentirme?», se preguntó. Miró alrededor y se fijó en unos camareros que estaban cuchicheando y riendo. Se mosqueó, guardó la cartera y les dijo que pagarían la cuenta sus acompañantes, que estaban en el baño. Saliendo por la puerta, escuchó las carcajadas. Quería encararlos. Se detuvo unos segundos, pero lo pensó mejor y se largó del restaurante. No la iba a liar por una mujer que acababa de conocer.

Ya en la calle, vio a esa chica, que iba subiendo por una cuesta empinada, a punto de cruzar la carretera. Decidió echar una carrera y alcanzarla.

—¿Siempre utilizas esta técnica para ligar? —le preguntó todavía sofocado por la pequeña carrera.

—Voy innovando según las situaciones —le contestó sonriente. Él le devolvió la sonrisa—. ¿Qué vas a hacer ahora? —se atrevió a preguntar ella.

—Pues no lo sé. He dejado a mis hijos con mis padres. Es la primera vez que tengo una noche libre en mucho tiempo. Pensé que esta noche... —Óscar se cohibió.

—... ibas a triunfar —adivinó Arancha. Él se sonrojó y asintió con un gesto de cabeza—. Podemos cenar. La verdad es que no cené nada. Mi cita me estaba cortando el rollo con su ex. Me estaba contando lo bien que habían estado juntos, que no la había olvidado, lo guapa que

estaba esta noche... Encima, pidió ensalada de primero y pescado de segundo. «Pescado porque es más sano para cenar», me explicó. Y yo, ¡muerta de hambre! Le respondí a todo que sí, porque hay que cuidar las primeras impresiones. No vuelvo a hacerlo nunca más. Para que luego se tire a su ex en el baño...

Él se reía al escucharla. Solo su hermana le había hablado así de sincera de lo que se pedía cuando quedaba para comer o cenar con algún chico. Era algo que siempre había sospechado, pero nunca lo había confirmado. Ella se quedó callada al verlo reír.

—Me he vuelto loca. Perdona, es el hambre.

—Yo me había pedido un cachopo con patatas; tenía una pinta increíble. Se me hace la boca agua solo de recordarlo. No pensé en la primera impresión a la hora de pedir. —Sonrió—. Sí que es verdad que ella se pidió una ensalada. —Los dos se rieron.

—Tal para cual —concluyó Arancha.

—Conozco un sitio cerca; no es tan pijo, pero la comida está muy buena. —Ella hizo un gesto de confirmación y comenzaron a andar.

—Quiero croquetas, algo de carne, patatas fritas... Lo siento, estoy hablando mucho de comida, pero la hora que es... y el disgusto... Lo siento por ti. La chica parecía perfecta y era muy guapa.

—Lo sé. —Se le escapó un suspiro que logró que ella se riera. Óscar se rascó la cabeza avergonzado—. Él también parecía muy majo —apuntó.

—Sí, no tenía que haberle dicho que la saludara.

—Si puedo opinar, prefiero que lo hayas hecho.

—Tienes razón, así sabes antes de empezar qué es lo que hay.

Los dos llegaron en pocos minutos al restaurante que Óscar conocía. El camino se les hizo corto hablando de las citas nefastas que Arancha había tenido en los últimos meses, aunque era la primera vez que su cita terminaba en el baño con otra persona; al menos, que ella se hubiese enterado.

Entraron. Óscar vio a unos compañeros del trabajo, y como no había mesas libres, le comentó a Arancha si le parecía bien compartir mesa. Ella estuvo de acuerdo.

—Esta es...

—Arancha —intervino divertida porque todavía no se habían presentado.

—Ya te has olvidado del nombre —le recriminó uno de los compañeros; los demás se rieron.

—Es que lo nuestro tiene una historia. —Se puso delante de ella y le tendió la mano—. Soy Óscar. Encantado de conocerte, Arancha.

—Encantada, Óscar. —Arancha le estrechó la mano ante las miradas de sorpresa de los compañeros.

—Voy a pedir por los dos, ¿qué te parece? —preguntó Óscar mientras apartaba una silla para ella. Arancha, sonriendo, se sentó.

—Me parece bien; conoces mejor el sitio.

Óscar tomó una silla que estaba desocupada de una mesa cercana y se sentó al lado de Arancha. Los amigos los observaban extrañados de la situación, sin entender qué estaba pasando. Arancha les contó que ella no era su cita inicial y que se habían conocido cuando sus citas no

salieron como esperaban. Óscar se levantó para acercarse a la barra porque uno de sus amigos, Amadeo, le había pedido que lo ayudase con las bebidas.

—¿Estás seguro de que no se cansó de su cita y se montó una historia para irse contigo? Mírala, no hacéis buena pareja, no tiene nada que ver contigo. Es alta, tiene pinta de *hippy* con ese vestido que parece barato, y su físico no ha pisado nunca un gimnasio, a no ser para limpiarlo.

—No te pases —le recriminó Óscar—. Esto no es una cita, es solo una cena; y por las risas de los camareros cuando yo salía por la puerta del restaurante, estoy seguro de que fue sincera. Me he librado de una situación incómoda. —Óscar observó disimuladamente a Arancha; no entendía qué de malo le encontraba Amadeo. Él veía una sonrisa sincera, una melena negra, larga, con bucles, y su cuerpo lucía perfecto. Amadeo lo devolvió a la realidad.

—No lo sé, pero es raro y más que la hayas traído aquí en vez de despedirte. ¿Te pidió ella ir a cenar?

—¿De verdad me vas a interrogar porque no dejé a la chica sola en el centro y la he invitado a cenar? No sabía nada de ella, teníamos hambre y no pensé... Si te molesta, nos vamos a otra mesa.

—Vamos a cenar. —Amadeo cogió las cervezas y se dirigió a la mesa. Óscar lo siguió con otras tantas. Se fijó en Arancha cuando caminaban hacia la mesa, no pegaba mucho con su grupo de amigos, pero no creía que fuera tan horrible que estuviera allí. Vio cómo sonreía cuando ellos se acercaban y le enseñaba a Óscar el móvil. Él dejó las cervezas en la mesa y se sentó a su lado.

—Mira, léelo, léelo —insistió Arancha.

«Perdóname; esa es la única forma decente que se me ocurre de empezar este mensaje. He vuelto con ella y nos vamos a dar una segunda oportunidad. Te lo debo por animarme, porque no pude soportar verla con otro, cuando sé que lo dejamos por tonterías, por el cansancio del día a día. Para empezar, vamos a vivir juntos, y así se acabaron los viajes de una casa a otra. Te estoy contando mis planes de futuro. Quizás no sea adecuado, pero te mereces saber que actué así por una persona a la que amo, no por un calentón. Espero que no me guardes rencor, que podamos quedar para tomar un café y que me des la oportunidad de disculparme en persona».

«Me alegro por ti y acepto tu café», le escribió Arancha.

—¿Vas a aceptar ese café? —le preguntó Óscar después de leer los mensajes. Arancha se encogió de hombros.

—Te dije que era majo, y no es el amor de mi vida; podemos ser amigos. —Óscar refunfuñó.

—Pues llevabais bastante tiempo hablando —remarcó después de haber leído la conversación.

—No se puede ir por la vida con rencores que no sirven para nada. Además, estoy cenando lo que me apetecía. Al final no ha salido tan mal —afirmó mientras mordía una croqueta.

—Me parece un caradura —respondió Óscar. Amadeo le echó una mirada como diciéndole: «¿Ves cómo tengo razón? Es una *hippy*»—. ¿Cuánto llevabais hablando?

Arancha buscó la fecha de la primera conversación.

—Una semana. —Se lo mostró a Óscar—. Pero es de los que te mandan los buenos días, buenas tardes, buenas noches... —Arancha se rio—. No me voy a coger un disgusto por una semana. Hay que perdonar, aunque sí puede ser que mañana eche de menos sus mensajes.

—Tienes razón —afirmó una de las chicas que hasta ese momento había estado en silencio—. Brindemos por saber perdonar. —Óscar brindó con ellas a desgana, porque todavía seguía enfurruñado.

—¿Llevabas mucho con ella? —le preguntó Arancha, sorprendida de que todavía le durara el enfado.

—Dos días —contestó entre dientes. Arancha no pudo evitar unas carcajadas que lo hicieron sonreír a él y a toda la mesa.

—¿Y en dos días ya era el amor de tu vida?

—No —le respondió de forma rotunda.

—Pues entonces no te enfades. ¿Sabes? Estuve a punto de no decirte nada. Me daba vergüenza acercarme, pero lo pensé mejor y volví para avisarte. Mira el lado bueno, no tuviste que ver su cara después de echar un polvo con su ex, quedarte con cara de idiota y pagar la cena. Te fuiste con dignidad.

—Pero sin follar con la rubia, que es a lo que iba —soltó uno de sus amigos. Todos rieron a carcajadas. Arancha intentó aguantarse, pero, al ver cómo Óscar se sonrojaba, no pudo evitar reírse también.

—Soy gilipollas, ya está.

—Brindemos por los gilipollas —propuso Arancha levantando su cerveza. Todos se unieron al brindis. La cena se alargó hasta altas horas de la madrugada, entre historias compartidas de malas citas. Arancha se despidió de todos y pagó su parte de la cuenta. No dejó que Óscar la invitase, a pesar de que insistió. Se fue en busca de un taxi que la llevase a casa.

Llegó feliz, todavía riéndose de la cara sonrojada de Óscar. Estaba sola en casa porque su hija dormía con el padre esa noche. Se miró al espejo, se rio al ver el vestido de colores que se había comprado para su cita fiasco. Había estado un sábado entero rebuscando en tiendas de segunda mano para conseguir algo divertido. Se lo quitó y lo metió en el cesto de la ropa sucia. El móvil sonó mientras se desmaquillaba. Era Iñaki, su exmarido.

—¿Todo bien? —Hacía muchas horas que no sabía de ella y se preocupaba cuando salía de noche.

—Sí, mi *Superman*. Ya os lo contaré mañana porque no os lo vais a creer. Llevo churros para el desayuno. Ya estoy en casa; buenas noches.

—Buenas noches, mi *Superwoman*.

Arancha sonrió. Con el paso de los años, Iñaki se había convertido en su mejor amigo y tenían una relación de familia. Sin él no imaginaba la vida. Iñaki fue el que se inventó esos apodos cuando ella empezó a usar la *app* de citas. Quería saber que era ella la que le mandaba el mensaje. *Superman* lo utilizaban cuando todo iba bien, y *kriptonita* cuando la situación no le daba seguridad. Se metió en la cama y cayó en la cuenta de que no tenía el número de Óscar, se le había olvidado pedirselo. «¿Cómo se me ha pasado?», se preguntó. «Bueno, él tampoco me lo ha pedido; no le interesaba volver a verme». Se sintió decepcionada; él le había caído bien. Era casi un hombre perfecto: alto —más que ella—, una espalda ancha, una sonrisa ideal y unos ojos marrones que se iluminaban cuando sonreía. Se había sentido muy cómoda a su lado. Por momentos tenía la sensación de que eran los únicos en aquel sitio. Solo cuando Amadeo se metía

por medio, volvía a la realidad. Quizás era lo mejor. Estar con él le había hecho dejar de estar alerta con lo que la rodeaba.

Óscar se dio cuenta de que no tenía el contacto de Arancha cuando una de las chicas le preguntó si la llamaría al día siguiente. Él la miró unos segundos.

—No le he pedido el número —respondió apesadumbrado.

—Mira qué fácil; ya te la has quitado de encima —señaló Amadeo—. En tu subconsciente no te interesaba verla otra vez.

—Pues a mí me ha caído bien. Es una pena, era alguien diferente que podría haber sido el amor de tu vida —intervino otro. Amadeo le sacudió en el hombro.

—No seas imbécil, ¿qué va a hacer ella con nosotros? Con su «buenismo» nos dejaría a todos en ridículo. La engaña un tío y queda para tomar café con él. Eso no es normal.

—No la engañó, se conocían desde hacía cinco días, no eran nada —la defendió Óscar.

—No es normal —insistió Amadeo.

—Paso de ti. Me voy ya, que estoy agotado —dijo dando por finalizada la conversación.

—Si agota a cualquiera —le dio la razón la novia—. Se cree que todos tenemos que vestir de marca y mantener las formas, y que así va a llegar a comisario.

—El aspecto es muy importante, te lo he dicho mil veces.

—Me voy. —Óscar zanjó la incipiente discusión.

Se alejaba y, aun así, escuchaba a su amigo hablando de las apariencias y de cómo la gente te trata según te ve. Óscar negaba con la cabeza, pensando en lo pesado que era.

«Sí, me hubiese gustado volver a verla», reconoció para sus adentros. Repasaba el momento en el que se puso enfrente de él en el restaurante. Con la cara roja, los ojos color miel clavados en los suyos. Óscar sonrió. «Y qué bien olía», recordó cuando se despidieron hacía apenas una hora. Los dos besos de despedida fueron rápidos, pero su olor se le quedó en la cabeza. Llegó a casa de sus padres y se desplomó en el sofá. Se quedó dormido, recordando el momento en que ella brindó por los gilipollas y le regaló a él una sonrisa que le iluminaba todo el rostro.

Arancha llegó a casa de Iñaki con los churros que había prometido. Él era el primero en levantarse siempre. Le abrió la puerta. Ya estaba vestido y preparado para empezar el día. Le cogió un churro de la bolsa.

—¡Cuéntame! —le pidió.

—No me vas a creer —le advirtió Arancha antes de iniciar con el relato de su cita. Iñaki la escuchaba atento, riéndose de la situación.

—¿Y Óscar?

—Nada. No le pedí su número, así que una oportunidad perdida.

—Bueno, ya encontrarás al hombre perfecto para ti. —Le tocó suavemente el hombro mientras caminaba hasta la cafetera para prepararse otro café. Arancha sonrió. Aline entró corriendo y se echó a los brazos de su madre. Hablaron de lo que habían hecho la noche anterior, de lo que

había cenado y de los planes para el domingo. Arancha y Aline se apuntaron a los planes de Iñaki y Gema, su esposa. Pasarían el domingo en familia.

Capítulo 2



Arancha iba con prisa esa mañana. Dejó el coche aparcado en doble fila, en un lugar prohibido. Era una calle estrecha, pero no iba a tardar nada. Solo dejaría unas bolsas a una chica que la había llamado apenas unos minutos antes. Al salir del portal, vio un coche de policía detrás y a un agente poniéndole una multa. Se acercó rápido y se disculpó.

—Solo he tardado unos minutos, estoy trabajando y tenía que hacer una entrega urgente. No puedo empezar así la semana. —Fingió sentirse compungida.

El policía permanecía de pie al lado de su coche, sin hacer ningún gesto. La miró de arriba abajo y siguió escribiendo. La mirada del agente le dio repelús.

—No creo que sea un problema para ti pagar la multa —soltó con tono serio.

—¿Cómo dice? —le preguntó Arancha incrédula.

—Ya me has oído, y de todas formas aquí no se puede aparcar. —Ella también lo miró de arriba abajo.

—Tiene razón, para mí no es un problema pagar una multa. Llego muy bien a fin de mes —respondió desafiante.

El compañero, que estaba unos pasos por detrás, escuchó las palabras de Arancha; se acercó, le puso la mano en el hombro al policía y le susurró algo que Arancha no pudo oír. El otro negó con la cabeza. Parecía que empezarían a discutir.

—DNI y los papeles del coche —le ordenó. Mientras Arancha buscaba los papeles, se percató por el rabillo del ojo de que había aparecido otro coche patrulla, que se paró detrás.

Tenía ganas de cantarles las cuarenta al policía. «¿Necesita refuerzos para poner una multa?». Pero ya conocía a la gente como él. «Nadie más peligroso que un tonto con autoridad, y este lo es», se advirtió. Quiso mantener la calma. La gente que caminaba por la acera se detenía a mirar. El tráfico se estaba acumulando. Arancha respiró hondo, aprovechando que estaba de espaldas. Una señora mayor se le acercó con su perrito.

—Me quedo aquí hasta que se vayan. No te preocupes, no estás sola —le susurró bajito. La señora volvió a la acera y se quedó mirándola. Arancha le agradeció con una sonrisa y se giró al escuchar una voz familiar.

—Aquí tienes la multa y no vuelvas a aparcar en esta zona. —Vio a Óscar, serio, entregándole el papel. También observó que el otro coche se alejaba. Óscar los despidió con la mano.

—¿Tú?! —Arancha no salía de su asombro.

—¿Nos conocemos? Me suena tu cara, pero no sé de qué. ¿No te habré detenido antes? —preguntó Óscar. Dejó escapar de los labios una pequeña sonrisa al saber que estaban solos.

—A lo mejor te estoy confundiendo. Te pareces a alguien, pero era mucho más alto y agradable.

—También más gilipollas. Se le olvidó pedirte el teléfono —reconoció Óscar y ella le sonrió.

—¿Policía? Te queda muy bien el uniforme. —Arancha lo miró de arriba abajo y él se sonrojó—. Tu compañero es bastante imbécil.

—No te lo voy a negar, tiene fijación con estos coches. Coche caro que ve, multa que pone; y está mal que lo diga yo, pero más si lo conduce una mujer. ¿Te puedo invitar a un café? Así te hago olvidar el mal rato. Vamos a desayunar aquí cerca. Aquella cafetería del toldo rojo. —Indicó Óscar con la mano.

—Vale.

Ella no iba a dejar pasar la oportunidad que el destino le había puesto delante esa mañana. Los dos se contemplaron absortos unos segundos y sonrieron. Ella caminó hasta la acera y Óscar la siguió con la mirada. Se acercó a la señora, que todavía la estaba «protegiendo» con su presencia, y le dio las gracias. Sacó una tarjeta del monedero y se la entregó por si alguna vez pudiera devolverle el favor. La mujer sonrió y se la guardó. Arancha volvió al coche y Óscar golpeó suavemente el techo. Se alejó en busca de su coche patrulla. Arancha lo observaba por el retrovisor. Era más guapo de lo que recordaba y esos pantalones le hacían un buen culo.

Óscar se sentó en el coche patrulla y vio que su compañero lo miraba riéndose.

—¿Ahora ligas así?

—Arranca, que la he invitado a desayunar. Para tu interés, es la mujer de la que te hablé, la que conocí el sábado.

—¿Ves? Tenía razón, al final la has encontrado. Esta ciudad parece grande, pero, si estaba en tu camino que tenías que volver a verla, os volveríais a encontrar.

Óscar sonrió y afirmó con la cabeza.

—¿En mi camino? En vez de policía tenías que haber sido adivino; no, mejor, consejero del amor.

—Puedo compaginarlo. Además, mírate, no se te quita la sonrisa de tonto. —Óscar intentó ponerse serio. No lo consiguió.

Arancha ya los estaba esperando dentro de la cafetería que, a las ocho de la mañana, estaba abarrotada. El olor a cruasán a la plancha y café la invadió tras pasar la puerta. Les hizo una señal para que se acercaran al hueco de la barra que había conseguido.

—Estoy bien aparcada —se defendió entre sonrisas—. ¿Qué queréis? Invito yo.

El compañero pidió el desayuno. A Óscar no le dio tiempo a decir que quería invitar él. Manu cogió el periódico bajo el brazo, su taza de café y su cruasán, y se fue a una mesa donde estaban otros compañeros sentados. Óscar se acercó más a Arancha, aprovechando el espacio que había dejado Manu.

—¿Qué hace una chica como tú con ese coche en una zona como esta?

—¿También eres un clasista como tu amigo? —preguntó seria. Óscar se sintió contrariado.

—No, perdona, no quería molestarte. Solo intentaba ser gracioso, pero ya ves que he metido la pata. Te imaginaba...

—¿Así que me has imaginado? —lo interrumpió Arancha mientras sonreía. Óscar bebió un sorbo de café para disimular su sonrojo y le dio un mordisco al cruasán.

—No te preocupes por la multa... —intentó cambiar de tema.

—No me preocupa la multa. Me preocupa más el mal rato que le puede hacer pasar a otra mujer, solo porque no tiene el coche que él considera adecuado. La pago luego y me olvido del mal rato, pero otra persona, que por lo que me has dicho sería una mujer, puede ser más vulnerable. Vamos, que puede amargarle la semana o el mes.

—No siempre es así, está pasando por una mala época —intentó defenderlo. No estaba muy convencido de que invitarla a un café hubiera sido una decisión correcta. No le apetecía tener un lío con una feminista pesada que todo lo discutía, pensaba mientras se terminaba el café.

—Todos tenemos malas épocas, pero no tenemos que pagarla con los demás, y menos con las mujeres. Es una pena que haya gente así, ya está. No le voy a dedicar ni un segundo más. Me ha gustado volver a verte —reconoció después de respirar hondo.

—Sí, a mí también.

—De entre todas las profesiones, no me imaginé que fueras policía. —Lo miró de arriba abajo—. No hablasteis de nada en la cena y seguro que tendréis anécdotas.

—A Amadeo no le gusta que la gente que tenemos alrededor lo sepa. Hemos tenido algunos problemas, sobre todo al principio, cuando salíamos de fiesta; así que solo hablamos de series, gimnasio y, si no vienen las novias, pues de ellas.

—También os gusta cotillear. —Los dos se rieron. Se quedaron unos segundos mirándose a los ojos con las sonrisas en los labios. Un leve empujón de un cliente a Arancha los trajo a la realidad. El hombre se disculpó al instante al ver la mirada de Óscar y su uniforme de policía. Ella le quitó importancia y sonrió al verlo serio; había descubierto que le gustaban los hombres de uniforme.

—Déjame tu móvil —le pidió Arancha. Óscar, tras dudar unos segundos, se lo dio. Ella le grabó su número en la agenda—. Ya me tienes en tus contactos. Así que tú decides si llamarme o no. —Se lo enseñó y pudo ver un emoji guiñando un ojo junto a su nombre.

—Te llamaré. ¿Qué emoji le vas a poner a mi nombre? —preguntó mientras le hacía una llamada perdida.

—Quizás un policía y un café, para diferenciarte de otros policías que pueda conocer. —Arancha le dio un toque en el hombro y sonrió. Se acabó el café, pidió la cuenta y le dio un suave beso en la mejilla. Óscar se sintió como un imbécil cuando la vio salir. No le había dado tiempo a reaccionar para invitarla a desayunar. Arancha se despidió con un gesto de mano del compañero, que estaba fuera fumando, apoyado en el coche patrulla mientras miraba mal a todo el que pasaba. Ella sonrió al ver esa imagen; tan solo unos segundos antes, le había parecido una persona agradable y, en ese momento, se asemejaba a un matón de barrio.

Se subió rápido en el coche. Con la llave en el contacto, observó a Óscar salir de la cafetería. De nuevo esa sensación la había invadido. Solo Óscar y ella en aquel sitio. Esa sensación en el

estómago al tenerlo tan cerca. El acelerar del corazón cuando sintió su mejilla. Deseaba que la llamase. Deseaba volver a verlo.

Óscar se despidió con un saludo militar cuando pasó por su lado, sin dejar de sonreír. Estuvo unos segundos observando cómo ella se alejaba en su coche. Tenerla tan cerca... Y ese beso en la mejilla que deseaba repasar con la mano, pero que no hizo porque se sintió observado por Manu, que se estaba aguantando algún comentario; lo conocía demasiado bien.

Esos ojos desafiantes de Arancha mientras le hablaba de lo que acababa de ocurrir lo habían vuelto loco en segundos. Se quedó ensimismado, oteando por dónde se había ido. Volvió a la realidad ante un carraspeo de su compañero. Arancha lo atraía, pero también sentía que le podía traer problemas. Miró a Manu y este se acercó.

—Oye, tal como la había descrito Amadeo, pensé que era un cardo; pero, mírala, tiene un buen cuerpo, esos vaqueros le hacen un culo increíble y los labios...

—Sube al coche —lo interrumpió Óscar poniendo mala cara.

—Me parece muy... agradable. Si no la quieres, me pasas el contacto. Ya sabes que necesito cariño —bromeó desde la puerta del conductor.

—Déjalo ya porque voy a cabrearme —le advirtió Óscar.

—De acuerdo, no me meto con tu futura... —Óscar miró de reojo cómo se reía. Manu no pudo evitarlo y se tapó la sonrisa con la mano. Para disimular, fingió ver por el retrovisor.

—La recordaba diferente —murmuró Óscar más para sí que para el compañero—. Quizás fuera el maquillaje, la ropa, o las palabras constantes de Amadeo, que me decía que era lo peor. No le digas nada a Amadeo, no quiero que me dé la murga. —«Mi futura...», se repitió Óscar y volvió a sonreír.

—No te preocupes, mis labios están sellados. Amadeo no se va a enterar de que has vuelto a ver a la *hippy*.

—Gracias —le dijo Óscar a regañadientes; no se fiaba mucho de él—. Además, tampoco sé si voy a volver a verla. Se ha puesto un poco intensa antes y no sé... Tengo dudas.

—Por llamar, no pierdes nada y quizás ganes algo, que estás en dique seco desde hace mucho tiempo y eso no es bueno. Se te agria el carácter y tú no es que vayas sobrado de simpatía.

—Hoy pido cambio de compañero —bromeó Óscar.

—Nadie te va a querer como yo. Tú sabrás si puedes encontrar a otro que aguante a don *hay que seguir el manual* —concluyó Manu encogiéndose de hombros.

Capítulo 3



Óscar pasó toda la mañana dándole vueltas al encuentro con Arancha. Quiso llamarla, pero su forma de ser, aunque solo fueron unos minutos esa mañana, lo echó para atrás. No se veía con una mujer que discutía por todo y que le sacaba punta a cada conversación. Su ideal era una mujer tranquila, que estuviese buena y poco más. «Odio pensar como Amadeo», se recriminó. A estas alturas de su vida no pedía mucho. Se rio de ese pensamiento. «Ni que tuviera sesenta años. Apenas acabo de cumplir los treinta y dos, me queda mucha vida por delante y ella puede ser solo un polvo pasajero. No tengo que casarme con ella, ni tener una relación», se justificó.

—¿Qué vas a hacer? ¿Ya te has decidido? —le preguntó Manu en la puerta de la comisaría.

—Por ahora, ir a buscar a mis hijos, que salen del cole en un rato. A lo otro, le estoy dando vueltas —confesó algo avergonzado.

—Así te va. Esa estaba pidiendo un polvo a gritos, no pierdas la oportunidad. Si tardas mucho, te cojo el contacto del móvil. —Se despidió de él con una palmadita en la espalda.

Óscar recogió a sus hijos del colegio, como cada tarde. Decidió llevarlos a merendar fuera y, después, al parque. Se divirtió escuchando sus historias del día y supuso que así llegarían más cansados a casa. Se fijó en una joven pareja que estaba un poco más alejada, protegida por los árboles. Estaban besándose, abrazados. Sonrió pensando en quién pillara de nuevo esa edad, sin problemas ni responsabilidades. Pasar horas en un parque con el amor de tu vida. Miró a sus gemelas, que subían y bajaban del tobogán, y a Oliver, que daba patadas a la pelota con otros niños con los que coincidían por las tardes. Tampoco estaba tan mal su tarde en el parque. Cerró los ojos apenas unos segundos para recordar los labios de Arancha; labios carnosos pintados de rosa. «¿Cuánto hace que no besas a una mujer?», se preguntó.

—Esta noche dormís con los *güelitos*, ¿qué os parece? —les preguntó a sus hijos. Ellos ya sabían que, cuando decía los *güelitos*, papá se refería a sus propios padres. Eran felices con ellos.

—¡¡Bien!! —gritaron los niños entusiasmados.

Óscar los llevó a casa de sus padres porque esa noche había decidido que iba a ser «la» noche. Sin dar más explicaciones, se marchó enseguida para evitar el interrogatorio de su madre, que ya empezaba con las preguntas.

Sentado en el coche, llamó a Arancha, porque a él no le gustaban los mensajes. Siempre podían causar problemas. La gente los leía con el humor que tenían ese día, que podía no ser el mismo humor que el de uno. Dejó sonar un par de veces la llamada, pero Arancha no lo cogió. Dudaba si volver a intentarlo porque no quería parecer desesperado cuando ella viese sus tres llamadas perdidas. Pero, en su cabeza, ya estaba metida la idea de tener sexo esa noche. A los pocos minutos, mientras él se debatía entre llamar o no, ella le devolvió la llamada. Óscar respiró hondo antes de cogerla.

—¿Cenamos? —le preguntó Arancha sin dejarle hablar—. Podemos quedar en una hora —añadió al no tener respuesta.

—Vale, ¿dónde? —quiso averiguar algo inquieto; ya pensaba en la noche que le esperaba.

—En mi casa, te mando la dirección. Voy para allá en unos minutos. ¿Qué te apetece cenar?

—Lo que sea me parece bien, estoy muerto de hambre —afirmó entusiasmado. Al final, el consejero del amor tenía razón: estaba pidiendo un polvo a gritos.

—De acuerdo, policía. Elaboraré un menú que te quite el hambre. Nos vemos.

Arancha colgó y le mandó la dirección por WhatsApp. Estaba feliz, acababa de dejar a su hija con su padre, y tenía una cita con el policía. Se fue al supermercado para elaborar un menú diferente al infantil que, casi siempre, tenían en casa.

Óscar esperaba nervioso en el portal de Arancha. Las dudas aumentaban según esperaba. Hacía tanto que no estaba con una mujer que tenía miedo de que no saliese como él deseaba. Miró otra vez al portero automático, pero no sabía si llamar por segunda vez. Esperaría unos minutos más y la llamaría al móvil. Pensaba en su compañero y en que no se lo contaría para no darle la razón y para que Amadeo se enterase, porque tendría que aguantar sus consejos sobre el tipo de mujeres que le convenían. Miró el móvil y lo volvió a guardar. Iba a tener sexo después de muchísimo tiempo, si no, ¿por qué iba a quedar con él en su casa en la primera cita? Se olió disimuladamente. Olía bien, a pesar de que tenía la sensación de estar sudando a mares.

Arancha llegó con su coche y sonrió al verlo en el portal. Estaba guapísimo con su camisa blanca inmaculada, vaqueros ajustados y el pelo corto engominado. Arancha tocó el claxon y él se acercó a la ventanilla.

—Entra, que lo meto en el garaje y me ayudas a subir la compra. —Óscar obedeció—. Llegas pronto.

—Me dijiste una hora. Y ha pasado media hora de más, y eso que he tardado en comprar el postre —le recriminó Óscar, que sujetaba una bolsa con lo que, por dentro, se visualizaba como una tarta.

—Lo siento, metí el móvil en el bolso y este reloj no funciona desde hace meses —se justificó señalando el reloj del coche—. Se me va el tiempo cuando entro en el supermercado, ¿me perdonas? —Puso una divertida expresión de arrepentimiento.

—Perdonada. Ya conoces uno de mis defectos, me gusta la puntualidad. —Sonrió embobado por esos labios gruesos que lo llamaban a gritos.

—No me parece un defecto.

—No es lo que opinan mis compañeros.

—¿Tienes un mote? Estoy segura —preguntó mientras se abría la puerta del garaje.

—Es demasiado pronto para contarte mis secretos —bromeó guiñándole un ojo.

Arancha intentó concentrarse en aparcar. Siempre lo hacía bien, pero tenerlo a su lado la estaba poniendo nerviosa. Aparcó y abrió el maletero. Óscar se asombró al ver toda la compra que había hecho.

—Es que no tenía nada en casa —se disculpó.

—Ya veo para qué me invitas a cenar —bromeó viendo cómo lo iba cargando con bolsas.

—Tienes buenos brazos. —Se los palpó—. Perdona de antemano el desorden. No recuerdo cómo dejé el piso esta mañana.

Óscar estaba impaciente por dejar las bolsas en el suelo. Entraron en el piso, que se encontraba situado en una buena zona de Gijón. Se sorprendió nada más atravesar la puerta al ver la espaciosa entrada. «El piso debe de medir unos doscientos metros para tener esta entrada», se dijo. Avanzaron hacia un salón grande y luminoso, con juguetes esparcidos por el suelo. Óscar se detuvo unos segundos para observar el cartel que había al entrar en el salón: «Esta es la casa de Arancha y Aline».

—¿Tienes una niña?

—Sí. Eres muy perspicaz, ¿serán tus dotes de policía? —Arancha le guiñó un ojo. Él la siguió hasta la cocina. Había algunos platos sucios en el fregadero, pero todo lo demás estaba en orden. «No sabe lo que es una casa desordenada», pensó Óscar. Arancha había empezado a vaciar las bolsas.

—Aline es un nombre curioso, no lo había oído nunca. —Dejó las bolsas encima de la isla que se hallaba en medio de la cocina.

—No es tan raro, pero sí que quería algo diferente para la razón de mi vida. Ha sonado un poco melodramático, me he dado cuenta nada más decirlo, pero ella es mi luz. Significa ‘mujer que vive en armonía’. Y eso es lo que deseo para ella, una vida en armonía.

—Es muy bonito. Yo tengo tres hijos: Oliver, Olimpia y Oriana. Sus nombres son menos originales. Bueno, no he buscado el significado, simplemente queríamos que empezaran por O, como los nuestros. También son mi luz —le contó sonriendo.

—Tú ganas. Con tres, ¿cómo te apañas? —Mientras esperaba la respuesta, Arancha pensaba que no deberían ser muy listos. «¿Quién elige el nombre solo porque empiece por una letra? Ni siquiera saben qué significan». Iñaki y ella habían tardado semanas en decidir el nombre de su hija. La escasa inteligencia, él la compensaba con lo atractivo que era. Arancha sonrió con su ocurrencia. «No lo juzgues», se indicó.

—Tengo a mis padres que me ayudan mucho. Ahora están con ellos.

—¿Y tu ex? —Arancha quería saber cuanto antes cuál era la situación de Óscar. No quería líos con las ex celosas que elegían los nombres por las letras.

—Soy viudo.

—Lo siento —se disculpó Arancha; se sintió fatal. Notó cómo la actitud de Óscar cambió al instante. Este bajó la cabeza y siguió vaciando las bolsas.

—Gracias... Ya han pasado tres años desde que falleció.

—¿Quieres hablar de ella?

—No —respondió incómodo y apartó la mirada de los ojos de Arancha.

—No me importa. Entiendo que tiene que ser difícil comenzar otra vida diferente a la que tenías con ella, y más con tres niños. Tienes que estar lleno de dudas y debates internos. Se me da bien escuchar...

—¿Qué cenamos? —la interrumpió Óscar. No quería que Arancha lo psicoanalizase; no había ido para eso. Empezaba mal la cita, hablando de su mujer fallecida y vaciando la compra a una desconocida que quería hablar de sus sentimientos. «¿Dónde te has metido?», se preguntó.

—Lo que quieras —respondió y siguió vaciando las bolsas. Se había pasado con la compra—. Primero, voy a guardar los congelados. Se me ocurre pasta, pero no sé si eres de los que cenan pasta o prefieres pechuga vuelta y vuelta, con ensalada —bromeó. Óscar la miró; era el típico cliché de musculitos de gimnasio. Pensó en el montón de veces que habían cenado pasta porque no tenían para otra cosa.

—Me encanta la pasta y más si te refieres a esta rellena —apuntó cogiendo el paquete de la encimera.

Arancha le señaló dónde estaba la olla para poner a hervir el agua mientras ella seguía colocando la compra. Le puso al lado una salsa que había comprado para acompañarla y una cuña de queso para rallar por encima. Abrió una botella de vino y sirvió dos copas. Después, puso una película en Netflix para evitar el silencio y que tuvieran algo de qué hablar mientras cenaban en el salón. Ella no quería ahondar más en su herida, y comprendía que podría estar nervioso por estar allí. Quizás se equivocaba, pero no parecía tener mucha experiencia en citas. Sería la primera vez que ella tenía más experiencia en las citas, aunque todas le hubiesen salido mal.

—¿Míster Puntual? ¿Don Reloj? —le preguntó Arancha mientras se servía el plato. Óscar soltó una carcajada.

—Lejos, pero podrían ser buenos mote.

—¿El Minutos?

—Frío, frío. —Ella se fijó en su sonrisa, que había vuelto a su cara. Se quedó embobada mirándole. Todo en él era perfecto: unos dientes perfectos, unos labios finos, unos pómulos marcados, una piel suave que le apetecía acariciar—. ¿No se te ocurren más?

—Dame tiempo, que tengo hambre. ¿Dame Tiempo? Es un buen mote.

—Don Manual es mi mote; no es para estar orgulloso, pero me lo sé desde el principio hasta el final. Y eso les hace más gracia.

—Así que eres un empollón.

—No, pero sí que lo memoricé para asegurarme plaza.

—¿Siempre quisiste ser policía?

—Siempre quise un trabajo fijo y no quería seguir estudiando; una contradicción lo sé. Salieron oposiciones y fui a por ellas.

—Me gusta Don Manual —apuntó levantándose para ir a por agua a la cocina; no quería pasarse con el vino.

En esos pocos minutos Óscar dudaba sobre qué hablar con ella. Miraba los muebles del salón. Estaban llenos de libros de todos los tamaños y grosores, marcos de fotos de su hija, de un

hombre que podía ser su ex y de otros niños que podían ser sus sobrinos y su hermana. Si ella sacaba cualquier tema, él quedaría como un estúpido. La conversación del mote no iba a durar toda la noche. No recordaba la última vez que había leído un libro que no fuese *El pollo Pepe*. Según pasaban los minutos, se iba poniendo más nervioso. Arancha volvió, sonriente, a su lado. Óscar la miró. «¿Y si solo era una cena sin más?». No había notado ninguna insinuación por parte de ella. Siguieron cenando y comentando la película. Terminaron la pasta y Óscar se ofreció a recoger los platos y a traer el postre: una pequeña tarta de merengue. Regresó con la tarta y más vino; lo necesitaba para relajarse.

Arancha se manchó de merengue mientras chupaba la cuchara, encantada con la tarta. Estaba siendo una noche estupenda, sentada en el sofá, cenando con una película de fondo y con un superpolicia a su lado. Él le señaló el labio. Estaba dispuesto a recoger el merengue con el dedo y a acariciarle los labios. Justo cuando se acercaba, Arancha se levantó y fue al baño a limpiarse la cara. Se sintió avergonzada. «¿Qué habrá pensado de mí por estar relamiendo la cuchara?». Masculló mientras esperaba, frente al espejo, a que le bajasen los coloretes de la cara. «Lo acabas de conocer y te ve toda manchada. Va a salir corriendo. Parece que nunca has comido una tarta», se rio frente al espejo.

«He estropeado la cita», pensó Óscar decepcionado. Por su cabeza pasó que, en ese instante, Arancha aparecería en ropa interior y que levantarse e irse del salón había sido un pretexto. Era algo exagerado que se fuera para quitarse un poco de merengue de los labios. Miraba fijamente la puerta por la que se había ido. Arancha apareció con la misma ropa y con la cara limpia. Se sentó a su lado y le cogió el plato con el trozo de pastel.

—¿Estás bien? —le preguntó al ver la expresión de Óscar.

—Sí, sí, es que se ha hecho tarde y mañana madrugo. Tengo que irme.

—Vale... ¿Ha pasado algo? ¿Te encuentras bien? —volvió a preguntar Arancha, confundida.

—Siento que..., no sé..., que... —Óscar no sabía cómo salir de la situación. Se sentía un idiota, que no estaba en el lugar correcto. Miró su plato, que todavía estaba con el postre.

—Esto no es lo que esperabas... —señaló Arancha al verlo agobiado. El rostro de Óscar iba tomando el mismo color rojo que ella tenía hacía apenas unos minutos. Él la miró y asintió con un gesto de cabeza.

—Soy un gilipollas.

—Sí, ya me habías dicho algo cuando nos conocimos —le respondió sonriendo, y volvió a comer pastel—. Te invité a mi casa y... no tienes suerte. Es la segunda vez que te pasa —recordó Arancha y empezó a reírse. Óscar la observó serio. No sabía si se estaba riendo de él. Ella tomó un trozo de tarta con la cuchara y se lo dio en la boca—. Apenas la has probado y está muy buena. Siento que te hayas creado expectativas, pero te invité a mi casa porque era más cómodo. Me apetecía volver a verte y, a la vez, estaba cansada para salir a cenar. Tampoco quería que me llevaras a algún sitio donde estuviese ese amigo tuyo, el que se pasó la noche juzgándome. Los demás eran majos, pero ese... Amadeo era un imbécil. —Le dio una cucharada más de tarta; Óscar aceptó sin quejas.

—Tengo que irme —soltó a la vez que se levantó rápidamente. Tenerla allí tan cerca, sentir el calor de su cuerpo cuando se acercaba, sentir su aliento cuando le daba el pastel, su olor, le estaban complicando mantener el control. Todo su cuerpo se excitó cuando ella cogió otro trozo

y se recostó en el sofá. «Me estoy volviendo loco. ¿Cómo puede ser que me esté excitando solo con verla comer?». Cogió su cazadora y se dirigió a la entrada. Arancha dejó el plato en la mesa y lo siguió. Se estaba divirtiendo con la actitud de Óscar. Se sentía segura a su lado, algo extraño en ella. Él no iba a hacer nada que ella no quisiese, y no se había puesto desagradable ante la expectativa de no tener sexo, como le había pasado con una cita anterior, a la que había despedido antes de llegar al portal por una caricia que provocó que ella se sintiera incómoda. Lo acompañó hasta la puerta.

—Me ha gustado cenar contigo; quizás podamos repetirlo —le dijo apoyándose en el marco de la puerta. Él ya estaba a punto de irse.

—Quizás —repitió con ganas de llamar al ascensor y salir de allí. Arancha lo agarró de la camisa y le besó los labios. Fue un beso suave que subió de temperatura cuando él la sujetó suavemente del cuello para no perderla. Arancha se separó unos segundos después. Se había vuelto loca, no podía perder el control. Sintió que su cuerpo actuaba sin que ella pudiese hacer nada. Óscar se quedó expectante, esperando una señal para volver a entrar.

—Buenas noches, Óscar —consiguió decir Arancha intentando recuperar el ritmo normal del corazón.

—Buenas noches. —Se acercó y le dio un beso en la mejilla.

Arancha cerró la puerta. Estaba excitada. Los labios de Óscar, la mano sujetando su cuello... Repasó con los dedos el lugar donde él la había tocado. Le gustaba esa sensación en el cuerpo, nunca se había sentido así, era pasión, deseo... Se sentía tan viva. ¿Cómo sería sentir las manos en su cintura, en su piel? Buscó el móvil en el bolso, lo miró durante unos segundos; dudaba si hacerlo o no... Lo llamó. «Me he vuelto loca», afirmó.

—¿Estás cerca? —le preguntó nada más descolgar el teléfono.

—Abre —le pidió Óscar, sabiendo que ella deseaba lo mismo que él. Arancha abrió y esperó en la puerta a que él apareciera.

—Hola —dijo él con una sonrisa y la voz nerviosa.

—Hola —susurró ella, inquieta. Deseaba que él diera el primer paso. Sus piernas habían empezado a temblar.

Óscar entró cerrando la puerta tras él. Sujetó la nuca de Arancha, la miró a los ojos y la sonrisa que ella mostró le dio pie a besarla. Un beso tímido que fue subiendo de intensidad. Arancha se abrazó a él. La mano de Óscar se atrevió a adentrarse en los pantalones de ella, agarró su culo y lo apretó contra él. Escuchó un suave gemido que acalló con la profundidad del beso en su boca. Ella se separó unos centímetros para respirar y Óscar se recreó en su cuello. Arancha sentía todo el cuerpo revolucionado, cada centímetro de piel se despertaba con el calor de Óscar, con la humedad de sus besos. No reconocía los sonidos que salían de su boca. Era otra mujer, distinta.

Empezó a desabrocharle la camisa. Deseaba sentir su piel, acariciarlo. Se detuvieron unos segundos. Arancha lo cogió de la mano y lo llevó hasta su dormitorio. Se quitó la blusa mientras él la observaba sentado en la cama. La sujetó por la cinturilla de los vaqueros y la acercó a su boca. Le bajó la cremallera, y la besaba, y recorría su vientre con la lengua. Las manos, grandes y calientes, la liberaron de la prenda. Sintió su cuerpo arder. Sus miedos e inseguridades desaparecieron cuando Óscar besó la cicatriz de la cesárea de su hija. Se sentó a horcajadas encima de él, sintiendo cómo su miembro la buscaba, luchando por salir de su encierro. Arancha

lo abrazó, lo agarró del cuello, y lo atrajo hacia sus pechos. Óscar la tumbó en la cama. No podía más, deseaba estar dentro de ella. Arancha seguía abrazada a él.

—Quiero sentirte —le susurró. Sentía su cuerpo encima de ella; su pesadez, su calor, y le pareció estar en el paraíso. Se perdía en su cuello. Todo desapareció. Solo existía el placer de sus cuerpos unidos y un mordisco en el hombro de Óscar como recuerdo de esa noche.

Exhaustos, Arancha se dejó abrazar por primera vez en mucho tiempo, y se quedó dormida en el pecho de Óscar, respirando su olor, sintiendo su corazón. Se despertaron con el sonido lejano de una alarma de móvil, pero Óscar no quería moverse.

—Debe ser el tuyo —señaló Arancha mirando la hora en el reloj de la mesilla.

—Lo sé —reconoció y la abrazó más fuerte. Arancha se incorporó y lo besó—. Volverá a sonar en un rato, tengo varias alarmas.

—Así que eres de esos que repiten las alarmas... —Le acarició el mordisco que le había dado—. Lo siento —añadió avergonzada.

—Así sabré que no ha sido un sueño. —Le apartó el pelo de la cara y volvió a besarla—. Aún tenemos unos minutos.

—Habrá que aprovecharlos. —Arancha empezó a besarle el cuello, bajando por el pecho mientras la mano se colaba entre los muslos de Óscar. Él apenas podía hablar. De su garganta salieron unos gemidos que hicieron sonreír a Arancha. Las caricias las acompañaba con besos apasionados. Óscar la rodeaba con sus brazos. En un movimiento estaba encima y era ella quien se abrazaba a su espalda mientras sus cuerpos se acoplaban con un ritmo que los transportaba a un mundo de sensaciones nuevas.

La alarma volvió a sonar y los dos rieron, todavía exhaustos por lo que acababan de experimentar.

—Ahora sí que le tengo que hacer caso. ¿Te importa que me duche? —murmuró en el cuello de Arancha.

—Esa puerta es el baño, y en el armario tienes toallas —le indicó todavía abrazada a él y acariciando su espalda. Sintió una sensación extraña cuando Óscar se levantó y su cuerpo se quedó sin el calor que él le proporcionaba. Frío, inquietud... Arancha no se sabía explicar el malestar que sentía en esos momentos.

Óscar se metió en la ducha sonriendo. No recordaba el tiempo que hacía que se sentía tan feliz, pletórico, fuerte... No encontraba el adjetivo que definiese todo lo que experimentaba su cuerpo. Salió, y mientras se vestía, sentía cómo Arancha lo observaba. No pudo evitar enrojecer. ¿Qué le pasaba con ella que le causaba ese efecto?

—No sé qué hacer ahora. Te vas a reír de mí, pero hacía mucho tiempo que no estaba en una situación así —le confesó rascándose la cabeza—. ¿Qué se hace?

—Yo tampoco tengo mucha experiencia en estas situaciones. Por lo pronto, te puedo ofrecer una taza de café; no soy persona hasta que no me tomo uno. —Se levantó y buscó un camisón en el armario y salió del dormitorio. Óscar la siguió, y Arancha le ofreció la primera taza de café que había preparado en silencio, sin apenas mirarle.

—¿Te llamo? —le preguntó él.

—Sí, me lo he pasado muy bien. Si nos apetece repetir, podemos llamarnos —respondió Arancha intentando parecer segura.

Óscar pensó, mientras la observaba soplar el café, que quería repetir en ese momento. Su melena negra despeinada, el tirante del camisón caído... Y si se acercaba más todavía, olería a él, a ellos.

—Me voy, ¿te doy un beso o me voy sin más? —preguntó tímido.

—Prefiero el beso. —Arancha lo observó; no parecía el mismo hombre con el que había pasado la noche. Ella tampoco se sentía la misma. Se acercó, le dio un suave beso en los labios y se separó para meterse en la ducha. Óscar la retuvo cogiéndola de la mano, la acercó a su cuerpo y volvió a besarla, sintiendo su sabor.

—Te llamaré muy pronto —le susurró. Luego, se separó con fastidio.

Arancha se quedó mirando cómo salía de la cocina. Oyó que se cerraba la puerta, y se dirigió al baño. Hacía mucho que no se sentía tan feliz. Óscar había despertado en ella una pasión que creía inexistente. Se rio al mirarse al espejo y verse sonriendo. Jugó unos minutos a estar seria; era imposible. En su cabeza aparecía el nombre de Óscar y en sus labios una sonrisa. La lengua de Óscar en su ombligo, las caricias en su piel, la fuerza de los dedos clavándose en su espalda... la hacían sentir la mujer perfecta. Decidió que esa mañana no iría a trabajar, por algo era la jefa. Alargaría la ducha pensando en el policía, su policía.

Óscar se metió en el coche sin dejar de sonreír. Llegó a casa de sus padres con unos churros recién hechos y que acababa de comprar en una tienda cercana. Despertó a sus hijos para desayunar juntos, antes de llevarlos al colegio.

Por unos segundos, se imaginó cómo serían esos desayunos con Arancha, con la hija y con sus hijos antes de ir al colegio. Levantarse todos los días a su lado, disfrutar del primer café jugando con el tirante de su camisón. No podía dejar de sonreír. «Vas demasiado rápido, cuidado con no darte cuenta del radar», se señaló cuando el alboroto de Oliver y las gemelas inundaron la cocina.

Capítulo 4



—¿Ha sido una buena noche? —le preguntó Manu al verlo llegar con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí —respondió escueto y abrazándolo por la espalda a modo de saludo—. Me cambio y nos vamos.

—Sí que has triunfado. No recuerdo haberte visto tan sonriente —indicó Manu viéndolo caminar hasta el vestuario.

Óscar no consiguió quitarse a Arancha de la cabeza, y la noche que habían pasado juntos. Miraba el móvil a la espera de un mensaje suyo, preguntándose si era él quien tenía que mandarle algún saludo. No tenía ni idea de cómo se hacían las cosas, y tampoco iba a preguntarlo. Manu no paraba de mirarle y de reírse, y su paciencia iba a tener un límite. Hacía apenas unas horas que la había visto, pero estaba ansioso por volver a verla, quería saber de ella.

En un descanso, cogió el móvil; estaba decidido. «No dejo de pensar en ti», escribió con un emoji de un diablito. Lo envió. Iba a borrarlo cuando ella le respondió: «Es normal, hemos tenido una buena noche. Sigo en casa...», le escribió en otro mensaje con otro emoji de otro diablito, y puntos suspensivos.

Óscar miró la hora en el teléfono, y escribió: «En una hora estoy ahí». Si pasaba de comer, podría tenerla entre sus brazos. Su compañero regresó al coche patrulla.

—Manu, ¿te importa llevarme a un sitio y tú comer solo? —le preguntó Óscar, que apenas había tenido tiempo de buscarse una excusa.

—¿Todo bien? ¿Ha pasado algo?

—Sí. Es... Arancha. —Agobiado, Óscar se frotó la cara—. Solo por hoy. Te cubriré cuando lo necesites, no tardaré mucho. Te pagaré la comida.

—Sí que tiene que valer la pena para que el policía estricto con los horarios quiera saltárselos hoy —le señaló Manu en tono de burla.

El compañero aceptó; no iba a rechazar una comida gratis. Buscaría un sitio cercano a la casa de Arancha para comer. Óscar esperó a que el coche se alejara para llamar al portero automático. No pudo evitar mirar a los lados como si tuviera que ocultarse de miradas indiscretas. No se sentía cómodo yendo en uniforme en ese momento. Arancha le abrió nerviosa. Había tenido

tiempo de elegir un conjunto sexi. No le había costado mucho decidirse porque solo tenía tres. Óscar atravesó la puerta de entrada y la vio con una bata larga. Le parecía la mujer más atractiva del mundo.

—Hola —saludó Óscar.

—Le prometo que no he sido yo, agente —bromeó Arancha nada más verlo con el uniforme.

—Estoy seguro de que tú eres la culpable.

—Seguro que ya te han hecho muchas veces la misma broma —Ella se rio. Óscar sonrió y cerró la puerta. Antes de que pudiera agarrarla por la cintura, ella se desató el cinturón de la bata. Deseaba sentir los ojos de Óscar en su cuerpo. Se mordió el labio cuando él la miró de arriba abajo y se acercó, le metió los brazos dentro de la bata para rodearla y acercarla a él. Acarició su espalda desnuda y ella se acercó aún más. Esas caricias, el aliento de él en su cuello y su olor la transportaban a un lugar lleno de sensaciones nuevas. Óscar bajó una mano y la metió en sus bragas. Le encantaba la suavidad de su culo respingón. Arancha empezó a desabrocharle el pantalón.

—Ayúdame —le susurró ansiosa por deshacerse de las prendas.

—No quiero soltarte y que desaparezcas —le contestó sin separar las manos de su cuerpo.

—No voy a desaparecer. —Arancha le besó suavemente los labios—. Estoy aquí.

Óscar se separó unos centímetros y se quitó el cinturón y el pantalón. Llegaron a la cama entre besos y caricias.

Se abrazaron exhaustos entre sonrisas. A pesar del poco tiempo, se habían empleado a fondo. Óscar miró el reloj; se cabreó. Le quedaban unos pocos minutos para disfrutar del calor de Arancha.

—No pongas esa cara, seguro que es la primera vez que aprovechas tan bien la hora de la comida. —Ella le acarició con un dedo el rostro y lo pasó alrededor de los labios.

—Déjame pensar... —bromeó Óscar. Ella le dio un toque suave en el pecho—. ¡Eh! Ten cuidado, que todavía tengo heridas de guerra. —Apartó el pelo de la cara a Arancha. Le encantaba verla con el pelo suelto. Se quedaron en silencio, mirándose.

—¿Quieres comer algo? —le preguntó ella para alejarse de esa mirada profunda que parecía adivinar sus pensamientos. Se levantó con rapidez y se cubrió con una camiseta y un pantalón de chándal que tenía encima de un sillón de su dormitorio.

Óscar la observó desde la cama; todavía no quería moverse. Vio que Arancha salía del dormitorio, y se levantó.

—Sí, te ayudo a preparar algo rápido —le respondió mientras buscaba el pantalón.

Al entrar en la cocina, la rodeó por la espalda con los brazos.

—No me he ido y ya tengo ganas de volver —le susurró al oído.

Arancha se recostó en su pecho y buscó las manos de Óscar en su cintura para entrelazar los dedos. Podía acostumbrarse tan fácilmente a tenerlo en su vida que sintió miedo. Deseaba estar a su lado, sentir su calor, pero quería convencerse de que solo era sexo. Nada más. No estaba preparada para una relación. Se soltó de él para sacar agua fresca de la nevera.

—Esta noche tengo a mi niña, así que no podrá ser. Tendrás que sobrevivir con mi recuerdo —le dijo mientras servía un vaso de agua para él y otro para ella.

—Tendremos más noches —afirmó Óscar acercándose. La besó y Arancha volvió a separarse. Preparó unos sándwiches y le acercó uno a Óscar.

—Come —le ordenó con cariño.

Óscar obedeció. En unos cuantos bocados ya había terminado el sándwich. Notó cómo Arancha había cambiado en apenas unos minutos. Dudó si preguntarle si pasaba algo; no quería escuchar un sí, aunque resultase egoísta. Se acercó y le dio un suave beso en la mejilla a modo de despedida. Caminó hasta la puerta de entrada. Antes de irse, volvió a la cocina.

—¿Ha pasado algo? ¿He dicho algo? —preguntó preocupado. Arancha lo miró, sonrió y se acercó a él.

—No, he sido yo... No te agobies. —Le acarició suavemente la mejilla. Se miraron en silencio unos segundos y se despidieron con un beso rápido en los labios. Arancha le dio una palmada en el culo—. Vete ya, que se te va a hacer tarde. —Y se alejó de Óscar.

—No quiero estropear esto —dijo señalando a los dos desde la puerta—. Quiero conocerte más. —Arancha solo sonrió. Óscar dio unos toques en el marco de la puerta antes de desaparecer. Se fue cabizbajo. Una mañana maravillosa se había vuelto rara. Tenía en el pecho un sentimiento incómodo de que algo había pasado y él no se había dado cuenta, ni cuándo, ni por qué.

Llamó a Manu y esperó unos metros, alejado de la casa de Arancha. Sin quitarse de la cabeza la mirada triste de ella.

—No es esa la expresión que esperaba —le señaló Manu al ver a Óscar, que lo esperaba en la calle.

—No sé qué ha pasado, creo que lo he estropeado. —Óscar desvió la mirada y repasó mentalmente cada minuto de aquella hora.

—¿Habéis discutido? ¿Has sido un bestia?

—Todo ha ido increíble, pero, de un momento para otro, ella se puso rara. No consigo entender lo que hice mal.

—No le des más vueltas, las mujeres son así. Mira el lado bueno, tú ya has echado un polvo y has recordado lo que era. ¡Pues, a otra cosa! El sábado salimos, y a triunfar.

Óscar se quedó en silencio y sonrió dándole la razón. Fijó la mirada en el retrovisor. No iba a darle más conversación sobre su encuentro. Tendría las burlas aseguradas si decía que era diferente. No entenderían que, en el poco tiempo que la conocía, sentía por ella algo más fuerte que un simple polvo y *si te visto no me acuerdo*. En esas pocas horas se imaginaba una vida a su lado. Estaba perdiendo la cabeza; sentía que la conocía de siempre. Era de locos. La necesitaba. Lo había dicho en serio, no quería estropearlo. Pensaba en desayunos en familia, hacer los deberes juntos, preparar la cena y dormir todas las noches con ella abrazada y sentir su olor, su piel. «¿Cómo lo he estropeado?», se preguntó. La única respuesta que encontraba era que ella solo quisiese sexo, sin obligaciones, aunque no le parecía de esas. «De esas», se repitió. «Si no la conoces. Qué vas a saber tú cómo es ella; la has agobiado», se dijo.

Arancha se vistió y se fue al trabajo. Necesitaba despejarse, sacar todos los miedos que se le habían instalado en la cabeza. Al entrar al centro, la vio Gema. Se saludaron, y cuando Gema terminó lo que estaba haciendo, fue al despacho de Arancha. Su actitud era diferente a la habitual.

—¿Qué te pasa? —le preguntó entrando sin llamar. Arancha, que estaba sentada en su silla encendiendo el ordenador, se dejó caer sobre el escritorio.

—No lo sé, tengo angustia por culpa del policía.

—¿Te ha hecho algo? —inquirió preocupada. Arancha levantó la cabeza y se cubrió la cara con las manos, dejando un pequeño hueco para mirarla.

—Me gusta... mucho. Hago cosas que nunca he hecho, que no sabía que podía hacer. Se fue de casa y le pedí que volviera; no te puedo contar más. Desconozco esta faceta sexual en mí —susurró Arancha y Gema se rio.

—La terapia te ha venido bien. Algún día tenía que pasar. Eres mortal y los mortales tienen sexo, se enamoran, hacen locuras...

—No estoy preparada, Gema. No puedo meter a un hombre en mi casa, y menos a un hombre que me vuelve loca. Creo que he perdido la cabeza de verdad. No puedo meter a nadie en mi casa con Aline. No puedo.

—Paso a paso. Hace solo unos días que lo conoces y solo habéis estado juntos unas horas. No vais a empezar a vivir juntos mañana, ¿verdad?

—Verdad —confirmó Arancha.

—Disfruta de estos días, de ir conociéndolo, de las mariposas en el estómago y de las cosas que no me puedes contar.

—¿Y si me vuelvo loca, pierdo la perspectiva y es un mal hombre? ¿Y si me vuelvo imbécil?

—Se echó para atrás en su silla, tenía un nudo en el estómago. Le aterrorizaba perder el control de su vida.

—Aquí estoy yo para decírtelo —afirmó Gema.

—No vas a poder, mira qué panza tienes. En pocas semanas tendrás unas bebés maravillosas y ya no estarás tan pendiente de si pierdo la cabeza.

—Tenemos a Iñaki. Ya sé que si esto lo digo delante de él, me dirá que estoy equivocada; pero, en principio, si es policía, tendría que ser buena gente y podrías confiar en él. Y esas semanas, como tú dices, todavía son meses, así que estaré pendiente de ti.

—Iñaki y sus fobias a la Policía... Espero que tengas razón tú y sea buena persona. No me gustaría tener que darle la razón. —Se rieron las dos. Gema le cogió la mano, que descansaba sobre el escritorio.

—Voy... Vamos a estar a tu lado. Confía en lo que sientes. Nadie le va a hacer daño a Aline. Que tú tengas sexo, que te enamores, que en algún momento vivas con un hombre no va a ser malo, ella va a estar bien. —Gema se levantó y le dio un suave beso en la cabeza—. Hoy te vienes a cenar a casa. Te haré lasaña. Seguro que necesitas reponer energía. —Arancha se tapó la cara con las manos mientras escuchaba las risas de Gema.

—Te quiero —le dijo cuando Gema salía por la puerta.

—Te quiero, Arancha. —Cerró la puerta y se fue a seguir con su trabajo.

Arancha se quedó en el despacho mirando alrededor, agobiada con la idea de enamorarse. Lo que sentía era atracción, deseo. Era imposible enamorarse en unas horas, eso solo pasaba en las novelas y se quería convencer de ello.

Hacía varios años había creído estar enamorada de Sergi, un enfermero que empezó con ellos en el centro. Era un hombre entusiasta, siempre con una sonrisa. Pasaban muchas horas juntos.

Cuando iniciaron algo un poco más en serio, eran una pareja tranquila, no la presionaba para tener sexo porque ella no se sentía preparada. Todo iba perfecto hasta que pensó en presentárselo a Aline. Algo normal si seguía con la relación. En algún momento, él viviría con ellas. Metería a un hombre desconocido en su casa. No pudo soportar la idea de ponerla en peligro, de no poder protegerla. Desde ese día, Sergi salió de su vida. Él entendió lo que le pasaba y le recomendó pedir ayuda porque nunca podría tener una relación de pareja. Sergi quiso ir con ella. Estaba enamorado y le demostraría que podía confiar en él. Pero Arancha sabía que nunca podría hacerlo porque, en su cabeza, aunque no hubiera pasado nada, cabía una posibilidad de que Aline sufriera. Sergi se fue y ella estuvo mucho tiempo sin pensar en tener una relación.

Arancha comenzó terapia con una psicóloga que le había dado clase en la universidad y que la había animado a hacerlo para no traspasar sus miedos a su hija y, además, superar los suyos. Cuando inició, tenía miedo de perder el tiempo y de que no sirviera para nada. Estaba segura de que ella no tenía solución. En ese momento de su vida, después de todas las sesiones, tenía miedo de que sí hubiese funcionado. De que hubiese conectado con alguien a ese nivel, de no tener excusas para no volver a llamarlo. Sería capaz de meter a alguien en casa, en su día a día, en sus desayunos, cenas, en las rutinas con Aline. Óscar la volvía loca. No sabía si era la terapia, o era él quien hacía que se olvidase de todo. Pensaba en él y su boca sonreía, no podía evitarlo. Sentía un cosquilleo en el estómago que no recordaba haber sentido antes. «¿Se podía enamorar de alguien en una noche? De alguien no, de Óscar». Deseaba tanto una vida normal, ser capaz de dar un paso hacia delante; pero, según pensaba en ello, sentía pánico. Se limpió una lágrima. Le habían arruinado la vida. Se levantó de la silla, tenía que alejar su infancia de su mente. En ese momento hizo un gesto de negación con la cabeza y se asomó a la ventana. Había tráfico y gente de un lado para otro.

—Informes —masculló—. Voy a redactar informes.

Capítulo 5



Tumbado en la cama, no dejaba de pensar en Arancha. Lo había estado esquivando toda la tarde. No quería darle vueltas, pero, a solas, en su dormitorio, con los niños dormidos, Arancha no salía de su cabeza. Su sonrisa, sus ojos, el tacto delicado de su mano... Óscar se tocó suavemente la mejilla, rememorando la caricia.

«Solo es sexo, ya está. No le des más vueltas. No te vas a enamorar en una noche. Contrólate», se ordenó.

Óscar había conocido a Oana, su esposa, en el instituto. Con catorce años, eran los guapos de la clase. Todos decían que hacían buena pareja y así empezaron. Se enamoraron, se casaron y vinieron los hijos. No hubo más mujeres que ella. Nunca le fue infiel y estaban bien juntos. Tenían lo que todo el mundo deseaba; eran perfectos.

Otra cosa era lo que tenían que hacer de puertas para adentro, para poder conservar el nivel de vida que tenían. Cuando se casaron, se decidieron por un chalé cerca del de los padres de ella. Les dieron una entrada para la vivienda y luego tuvo que trabajar día y noche para poder mantenerlo. Ella se quedó en casa con los niños, administrando cada euro que entraba. No quería pedirles nada a sus padres, aunque, muchas veces, lo hacía y sus suegros disfrutaban con esa situación, en la que él no era capaz de mantener a su familia.

Odiaba esa casa. Se había llevado muchos años de esfuerzos y todavía seguía atado a ella. Cuando murió Oana, pensó en venderla y comprarse algo más pequeño cerca de sus padres. Pero los padres de su esposa se lo prohibieron porque habían puesto un dinero y, por eso, no podía venderla. Ellos también habían decidido que la propiedad sería para sus nietos. Óscar estaba tan mal que aceptó quedarse allí y firmó los papeles que lo ataban a esa casa. Después de tres años, todavía no sabía qué decían aquellos papeles. Y no había hecho nada, por miedo. Sus suegros solo permitieron que los padres de Óscar se mudaran allí unos meses para ayudarlo con los niños. Después, de una forma nada sutil, los obligaron a irse.

¿Cómo iba a tener una relación con alguien en su situación? Si echaron a sus padres, ¿cómo iba a meter a otra mujer en su casa?, ¿cómo iba a explicar que su sueldo se iba en esa casa y que apenas le quedaba para pasar el mes? Sus comidas y cenas se basaban en arroz, pasta y patatas, y todavía tenía que trabajar algún fin de semana para completar el sueldo. ¿Qué podría aportar él a

una relación de pareja? Se sentía atado de pies y manos. Se tocó suavemente el mordisco que Arancha le había dado en el hombro. Recordó que todavía tenía la foto de Oana en la mesita de noche. Tardó unos segundos en girarse y mirarla. «Perdón», le susurró. Miró al techo. «Debería echarte de menos, pero no lo hago. Es como si esa época hubiera sido hace siglos, como si hubiese sido otra persona. Nos recuerdo de jóvenes, unos adolescentes haciendo planes, las ilusiones, pero después todo pasó demasiado rápido. La boda, la casa, los hijos. Me perdí tanto por el trabajo..., a ti, a nuestros hijos...», le confesó a una foto que no quería volver a mirar. «Te recuerdo con nuestros hijos, tu sonrisa, los juegos, pero nosotros... Dejé de existir un nosotros en el momento que nos mudamos a esta casa, en la que nacieron nuestros hijos. Solo intentábamos sobrevivir, y las discusiones eran nuestra forma de relacionarnos, siempre porque no llegaba el dinero.

»Todavía no entiendo por qué cruzaste por esa zona, por qué no caminaste hasta el semáforo. Es algo que no he dejado de pensar. Estoy seguro de que hablabas con tu madre, y ella fue la que hizo que te despataras. Esa mujer te volvía loca, nunca éramos suficientemente perfectos para ella. Y cometiste ese error. El error que te costó tu vida, que hizo que nuestros hijos perdieran a su madre. Cuántas veces deseé morirme yo, habría sido más fácil para nuestros hijos. Todos pensaban lo mismo, ¿qué iba a hacer con tres niños? Un padre ausente, al que apenas reconocían. Ha sido tan duro. Solo contigo puedo confesar que confundí muchas veces a nuestras gemelas y que Oliver me corregía. Es tan difícil. Y lo complico con una mujer, una mujer que apenas conozco. Estoy perdiendo la cabeza. —Suspiró sintiendo cómo se hundía en la realidad de su vida—. No debo volver a llamarla, solo me va a traer problemas. ¿Cómo voy a tener algo con ella? No puedo».

Su móvil vibró.

«¿Estás dormido?», leyó el WhatsApp. «Yo no puedo, estoy pensando en ti», lo acompañaba un emoji de un diablito. Óscar sonrió al leerlo. ¿Qué estaba haciendo? Acababa de llegar a la conclusión de que no iba a volver a llamarla, de que no podía tener ningún tipo de relación con ella. Deseaba responderle, olvidar por unos minutos la realidad a la que estaba atado y seguir a su corazón, que había empezado a latir más fuerte al saber que ella estaba allí.

Arancha esperaba al otro lado, nerviosa, viendo que él estaba en línea, que los había leído y que no le decía nada. Se había equivocado al mandarlo. Era la señal que buscaba para darse cuenta de que era un imbécil. Unos polvos, y si te visto no me acuerdo. Pensó en borrarlo, pero él ya los había leído. ¿Qué iba a hacer? ¿Decirle que se había equivocado? No quería que él pensase que tenía otra relación. «¿Por qué no responde? ¿Y si está con otra mujer? No, imposible, mi Óscar no es de esos. Mi Óscar», se repitió. Su móvil sonó mientras ella se reía. Cogió la llamada.

—¿De qué te ríes? —preguntó Óscar al escuchar su risa.

—Una tontería. —Se alegró de que no pudiese verle la cara roja al escuchar su voz después de haberlo llamado «mi Óscar». Le faltaba dibujar corazones en una libreta.

—Me gusta tu risa... Así que soy el culpable de que no puedas dormirte, ¿eh?

—Sí, tú y el helado de café que he tomado de postre en la cena. Casi me quedo dormida con el cuento que ha elegido Aline esta noche; pero, en cuanto se durmió, me he venido a mi cama y se me ha pasado el sueño.

—Me ha pasado alguna vez, pero me he quedado dormido de verdad. Hay algunos que me sé de memoria. Si quieres, te lo cuento para que puedas dormir. —Óscar empezó a narrarle el último cuento.

—Tienes una voz muy sexi, no me había dado cuenta —alabó Arancha.

—No hemos hablado mucho —contestó Óscar y se quedó en silencio. Arancha se rio y él también.

—Cambiemos de cuento.

—Me alegro de estar hablando contigo... He estado pensando en ti... Te lo dije de verdad, no quiero estropear lo que hay entre nosotros. Sé que es pronto, pero me siento muy cómodo contigo... No sé si cómodo es la palabra correcta.

—Me decepcionaría bastante si fuese comodidad lo que hay entre nosotros.

—No soy mucho de palabras.

—Inténtalo.

—Deseo, pasión, codicia, hambre, sed, esperanza son las primeras que me vienen a la cabeza cuando pienso en ti; y sonrío, que es lo que me pasa ahora mismo.

—Me gusta que tengas hambre de mí, nunca lo había escuchado. —Se sonrojó y se tapó la cara con la mano. Una sonrisa aparecía en sus labios.

—¿Y tú?

—También tengo hambre de ti, sed, pero... soy rara y me pasará más veces... Eres el primer hombre con el que estoy después del padre de Aline. Me da miedo precipitarme contigo. No pienso, solo siento.

—Me pasa lo mismo cuando te tengo cerca, solo quiero más tiempo a tu lado. Para mí, también eres la primera mujer desde que...

—Se puede decir que somos vírgenes.

—Sí, vírgenes en demasiados aspectos para la edad que tengo —reconoció tímido—. No sé cómo hacer las cosas o qué es lo normal. ¿Cuánto tarda una persona en enamorarse?

—Tendría que buscar algún estudio sobre el tema, averiguar los tiempos medios, pero creo que podríamos estar batiendo algún récord en eso del amor. ¿Crees que estás enamorado de mí?

Óscar tardó unos segundos en responder.

—Sí, no sé qué más puede ser. —Escuchó la risa de Arancha al otro lado y él se contagió—. Al final me tendrás que hacer terapia.

—No necesitamos averiguar tan pronto lo que sentimos: tenemos tiempo para ir disfrutándolo. Me quedaré con lo del hambre, porque me encanta. Tendremos que quitarnos el hambre.

—Es en lo único que pienso. Por eso no quiero hacer o decir algo que te aleje. —No entendía lo que le ocurría; pensaba una cosa y decía otra.

—Me pondré rara más veces. Tendrás que tener paciencia —le confesó Arancha con miedo de que él no tuviese esa paciencia que ella necesitaba. Le gustaba tanto cómo se sentía a su lado que tenía miedo de que todo fuese una ilusión.

—Voy sobrado de paciencia. No te preocupes, yo también tengo lo mío. A los dos nos tocará tener paciencia. Quiero seguir conociéndote, Arancha. ¿Cuándo volvemos a vernos?

—Estoy liada estos días. El finde tengo el cumple del hijo de mi ex, mi ahijado. Cumple cinco añitos y nos vamos a pasar el finde con él. Vamos a comer todos juntos y, luego, al museo de los

dinosaurios. Quizás el domingo por la noche, si mi hija se queda a dormir con ellos; si no, la semana que viene. ¿Puedo avisarte? —preguntó inquieta.

—¿El domingo por la noche? Bueno, creo que puedo arreglarlo.

—No es fijo —se disculpó ella—. Estoy en un momento complicado en el trabajo.

—Esperaré tu llamada. —Óscar se quedó en silencio—. ¿Qué llevas puesto?

—¿En serio? —le preguntó Arancha entre risas.

—¿Por qué no? ¿Me he pasado? —quiso saber Óscar algo nervioso, por si había metido la pata.

—¿La verdad o lo que quieres escuchar?

—La verdad es la que me gusta.

—Una camiseta negra de nirvana y unas bragas anchas que yo llamo «de la abuela». —Óscar escuchó cómo se reía.

—Creo que tenía que haber elegido la otra opción. Ibas bien con lo de la camiseta, pero con lo de las bragas...

—Te di a elegir, es culpa tuya. Es que son muy cómodas, anchas, altas... No voy a dormir con tanga. ¿Tú que llevas puesto, listillo?

—Una camiseta negra básica y un pantalón de pijama gastado a cuadros que me compré hace muchísimo tiempo... ¡Ya voy! —gritó Óscar de repente—. Tengo que dejarte, me llama Oliver.

—Me ha gustado la conversación sobre nuestros pijamas y el hambre —bromeó Arancha.

—A mí también. Intenta descansar, aunque seguro que sueñas conmigo.

—Puede ser, me parece una buena opción. Buenas noches, Óscar.

—Buenas noches, Arancha.

Óscar acudió al lado de su hijo, que tenía sed. El pequeño Oliver necesitaba un vaso de agua urgentemente, le decía. Las gemelas se despertaron al escuchar a su hermano y también le pidieron agua. Óscar sonrió viendo cómo todos apuraban hasta la última gota como si no hubiesen bebido en su vida. Pensó que Arancha tenía varios puntos a su favor porque, al ser madre, ella entendería esas situaciones. No sería fácil tener una relación con una mujer sin hijos y que no hubiese pasado por esas cosas. Volvió al dormitorio y miró el teléfono. Pensó en llamarla de nuevo. Pero ya era demasiado tarde. Se acarició suavemente el mordisco del hombro; le excitaba recordar ese momento. Y tendría que esperar varios días para estar con ella. Tendría que hablar con sus padres para ver si el domingo podían quedarse con los niños. Estaba seguro de que no le pondrían problemas, pero, aun así, tenía que asegurarse. Se pasó la noche pensando en opciones para poder tener una relación, necesitaba tenerlo todo organizado en su cabeza. ¿Qué hacer con esa casa?, ¿cómo contárselo a sus hijos?, ¿cómo reaccionarían sabiendo que había una mujer que formaría parte de sus vidas?, ¿cómo se lo tomarían los padres de ella? Incluso en el trabajo no sabía cómo reaccionarían, con los discursos de Amadeo en contra de ella.

Arancha se quedó tumbada pensando en Óscar. No sabían nada el uno del otro, salvo que ambos tenían hijos. Él, tres; eran familia numerosa. Ah, y que era policía. Ella, que siempre había

odiado a los policías, se iba a fijar en uno. Además, era viudo y se llevaba mal con los suegros, algo que entraba dentro de lo normal. Si en algún momento su relación fuese a más, ella ya no sería una madrastra malvada, sino que tendría que convertirse en madre de esos niños. Ella, que nunca se había planteado tener más hijos, tener una familia de cuatro la asustaba bastante. Y temía que él se enterase de su pasado. ¿Cómo contárselo? Podría empezar por decirle dónde trabajaba, que era directora de una fundación donde ayudaban a la desintoxicación de las drogas. Era para todas las edades, aunque centrado en mujeres jóvenes. Ella dirigía proyectos, organizaba cursos, los ayudaba a encontrar trabajo... Se quedó dormida dándole vueltas a esa idea en su cabeza.

La fundación tenía dos sedes. Una, a las afueras de la ciudad, alejada del caos y el estrés. Era una granja enorme con todo tipo de animales y huertos, donde se podía descansar; había un ritmo diferente que ayudaba a reiniciarte. Y la principal, en el centro de la ciudad. Contaban con psicólogos, educadores, y daban cursos formativos. Había una sección donde atendían enfermeras y médicos. Solo le diría que trabajaba allí como directora, no que era la fundadora.

Arancha estaba muy orgullosa de lo que había conseguido en pocos años. Y, sobre todo, estaba orgullosa de todos los jóvenes a los que habían podido ayudar desde hacía seis años. El dinero que había conseguido chantajeando a sus padres estaba muy bien invertido.

Mientras tomaba la segunda taza de café, antes de que su hija se despertara, pensó en lo orgullosa que se sentía de trabajar allí y en cómo tuvo que volver a enfrentarse a sus padres para conseguir ese lugar tan maravilloso.

Fue uno de los peores momentos de su vida. Iñaki había tenido un accidente de camino al trabajo. Había sido atropellado por un coche, que se dio a la fuga, y tardaron mucho tiempo en encontrarlo debido a la hora y el lugar poco transitado. Perdió su precario trabajo y ella también, ya que hasta ese momento hacían turnos para cuidar a su hija que, por entonces, era una bebé. Todo se le vino encima. Le dio vueltas durante días después de ver en un periódico local la foto de una fiesta que sus padres habían celebrado por su aniversario. No habían reparado en gastos y la alta sociedad estaba allí. Leyó que volverían a dar otra fiesta. Arancha lo releía y miraba a Aline, tan pequeña y con una historia a su espalda. Iñaki ponía su mejor cara cuando ella estaba con él, pero los médicos le informaban de posibles secuelas. Se acercó a la nevera a preparar la leche y estaba vacía. Cerró la puerta con rabia.

Acudió a casa de sus padres durante la fiesta que estaban celebrando. Dejó a su bebé con Pía, su salvadora, con la excusa de que tenía una entrevista de trabajo. Sabía que ella no le dejaría hacerlo y menos Iñaki. Ese era el momento. Los dos sabían por lo que ella había pasado, pero él la había visto rota demasiadas veces como para consentirle tal locura.

Sus padres se quedaron pálidos al verla. Con educación, les pidió hablar con ellos a solas. No tuvieron más remedio que aceptar. Todos estaban tensos, ella la que más, pero disimulaba muy bien. Pensar en su hija le daba las fuerzas para estar allí. Se dirigieron al despacho de su padre.

—He estado pensando una cantidad para mantenerme callada. —Sus padres no abrían la boca y Arancha tomó la iniciativa—. Y he venido a por ella —informó sin un ápice de temblor en la voz.

—Ya te puedes ir por donde has venido; no vamos a darte ni un euro —la amonestó su madre—. Te lo gastarás en drogas.

—En qué me lo gaste será mi problema, madre. Si no me dais el dinero, saldré ahí fuera y les

contaré a todos la clase de padres que sois, lo que dejasteis que me sucediera durante mi infancia. Podrán creerme o no, pero siempre les quedará la duda y esa duda irá creciendo a medida que os vayan conociendo.

—¿Cuánto quieres? —preguntó su padre. Estaba a punto de cerrar un negocio muy importante y en el salón estaban sus futuros inversores con sus respectivas esposas.

—Cuatro millones.

—¡Estás loca! —gritó su madre.

—Sé que la herencia de tu suegro era mucho más que eso, y que por ella me dejaste en sus manos, sin importarte lo que me pasara. —Se quedó callada unos segundos, no iba a abrir esa puerta, no ahora. Si lo hacía, la que se caería por un precipicio sería ella—. Esa herencia es mía y he venido a por ella. Soy generosa dejando que os quedéis con algo.

Su padre cerró los puños, aguantando las ganas de gritar. Esa herencia era parte de lo que tenía pensado invertir.

—¡Mientes, mientes!, ¡has mentido siempre! —la acusó su madre.

—¡Cállate! —le gritó Arancha interrumpiéndola—. Si dices una palabra más, me iré de aquí sin el dinero, pero todos sabrán la clase de padres que sois, de dónde ha salido el dinero del que tanto presumís. —Aguantó las lágrimas. Se sentía de nuevo una niña pequeña, confesándole a su madre lo que le había hecho el abuelo, buscando en ella una protección que nunca recibió. «Es culpa tuya», la acusó su madre a los ocho años. «No te quedes a solas con él y no lo provoques».

—De acuerdo —aceptó su padre—. Hablaremos de eso mañana, ahora tienes que irte.

—¡Ni hablar! —Arancha se sentó en una de las sillas del despacho—. Estoy segura, porque lo recuerdo, que tienes una caja fuerte donde guardas gran cantidad de dinero. Tu padre tenía dinero negro, así que en algún lugar de esta casa tiene que haber mucho efectivo.

—Estamos en una fiesta, no tienes un mínimo de respeto —espetó su madre.

—El respeto por vosotros lo perdí con ocho años. Bueno, a lo mejor con diez o doce, cuando entendí que no valíais nada; pero no te preocupes, seguro que no le llevará mucho tiempo. Puedes inventarte un pretexto, eres una experta en eso. Traigo un documento preparado, en donde expongo la cantidad que quiero y lo que os doy a cambio para que no tengamos problemas. No quiero que luego podáis inventaros que os he robado. Con vosotros dos, hay que tenerlo todo pensado. —Miró fijamente a su padre. Él rodeó la mesa y se sentó en su silla, frente a ella.

—Déjame leer el documento —le pidió. No era capaz de mantenerle la mirada.

Arancha sacó de su bolso una carpeta con cincuenta folios; ahí relataba todo lo que se callaba. Se había pasado la noche anterior llorando mientras lo escribía, sintió vergüenza cuando fue a la imprenta para hacer dos copias; tenía miedo de que lo leyera la dependienta. Todos y cada uno de los abusos y violaciones que había sufrido y que ellos habían consentido estaban sobre esos papeles. Su padre miró la extensión del documento e hizo una mueca de hastío. Leyó la primera página y pasó a la última, donde ponía la cantidad de dinero y el espacio para firmar. Cogió un bolígrafo y firmó.

—Cada hoja —le advirtió Arancha.

—¿Cómo dices? —preguntó contrariado.

—Firma cada hoja. Tengo dos copias. Es justo que cada uno tenga la suya. —Su padre hizo una mueca de desagrado y se dispuso a firmar—. Es difícil leer lo que he pasado, ¿verdad? Pensándolo mejor, no creo que para ti sea difícil; lo sería para alguien que tuviese corazón, no para ti.

—Todo lo que has puesto aquí es mentira —le reprochó su padre sin levantar la vista del documento. Arancha percibió cómo le temblaba la voz.

—Entonces, ¿por qué me das el dinero?

—No quiero más problemas contigo. Y la herencia también es tuya. No te vuelvo a ver y tú tienes el dinero que necesitas, todos contentos.

—Deseo que ninguno de los dos podáis dormir ni una sola noche en paz, que os atormente cada hora la imagen de una niña siendo violada, el ruido de su llanto, los gritos pidiendo vuestra ayuda. Que nunca tengáis descanso. —Su madre salió del despacho dando un portazo.

—Aquí tengo dos millones; en unas semanas te daré el resto —dijo su padre.

—Una semana. Y escríbelo en la última hoja. Quiero que esté con tu letra que estás en deuda conmigo.

Su padre firmó cada documento y en la última hoja escribió lo que Arancha le había pedido. Cerró la carpeta, la guardó en un cajón de la mesa y le entregó a Arancha la otra copia. Salió del despacho en busca del dinero, sin mirarla. Fue hasta su dormitorio, abrió la caja fuerte y sacó los dos millones que le había pedido. Mientras guardaba el dinero en una bolsa de deporte, pensó que estaría en paz con ella, que ese dinero le quitaba parte de esa losa con la que vivía encima. Tenía buen aspecto, ya no debía drogarse. La última vez que la vio fue en el funeral de su padre. Ella iba colocada y con una botella de champán, gritando que se había muerto un violador. Pudieron sacarla a tiempo del tanatorio y solo los empleados la vieron. ¿Cómo explicarle los sentimientos encontrados que tenía hacia ella? Le daba asco pensar que su padre la había tocado y el amor que podía sentir por ella fue perdiendo fuerza. Sabía que lo que sentía no era normal ni lógico, pero, en su cabeza, ella era culpable. Tantas veces se lo había repetido su esposa, se lo habían repetido los dos, que ya no admitían ninguna otra explicación. Para él, ella había muerto a los ocho años. Cogió la bolsa y bajó al despacho. Arancha contó por encima los fajos de billetes delante de él, en silencio.

—Si alguien me sigue o me pasa algo, todo saldrá a la luz —le advirtió a su padre antes de irse.

Salió aterrada de aquella casa; le seguía dando miedo después de tantos años. No quiso mirar atrás porque eso la llenaría otra vez de recuerdos. Vomitó en el camino de salida. Lloró, se limpió las lágrimas, y pidió un taxi. Necesitaba llegar a su casa. Escondió el dinero en un armario, debajo de un montón de ropa. Antes, cogió una cantidad y se la guardó en el bolso. Iba a buscar a Aline, necesitaba abrazar a su hija. Ella era todo lo bueno de la vida. No entendía cómo sus padres la habían abandonado de esa forma por dinero, por una buena posición. Ella, que moriría por Aline y que cada sonrisa de su hija le devolvía la fe en la vida. Se limpió una lágrima. No iba a llorar más.

Esa tarde, caminó con miedo por la calle; miedo a que le pasara algo; miedo a que, cuando regresara a casa, ya no estuviese el dinero; de dormir allí sola. Miedo a todo. Llegó a casa de Pía,

intentando controlar la ansiedad. Abrazó a Aline, que se lanzó apenas la vio entrar. El olor de su pequeña la tranquilizó. «Nunca te va a faltar nada», le susurró al oído.

—¿Qué ha pasado, Arancha? —le preguntó Pía al oírla—. ¿Qué has hecho?

—Lo que tenía que haber hecho hace mucho. Iñaki no estaría debatiéndose entre la vida o la muerte si lo hubiese hecho antes. He ido a por mi herencia —le confesó mientras abrazaba más fuerte a Aline.

—Mi niña —le salió del corazón a Pía y la abrazó. Aline se movía entre las dos. Arancha comenzó a llorar. Pía cogió a la bebé y la llevó al carrito. Volvió a abrazar Arancha, que seguía de pie. En los brazos de Pía, Arancha se derrumbó durante horas.

Esa noche no fue a visitar a Iñaki al hospital; Pía la sustituyó. No tenía fuerzas para moverse, así que se quedó en el sofá, arropada por una manta.

A la mañana siguiente, se despertó por el ruido de Aline, que reclamaba su desayuno. Al rato, llegó Pía del turno de noche, con pan recién hecho para el desayuno. Pía la abrazó y le acarició la mejilla. Arancha tenía los ojos hinchados.

—¿Qué tal Iñaki?

—Bien, se preocupó al no verte; le convencí de que estabais bien, solo que estabas cansada y que te obligué a descansar. Esta tarde tendréis que ir a visitarle las dos, o es capaz de venir arrastrándose. Cuando me vine, me dijo «cuídala»; es como si supiese algo, siempre ha tenido un sexto sentido.

—Te conoce muy bien, sabe que algo ocultas, pero ya pensaré en qué decirle. Por el momento no quiero que se entere de nada. —Arancha buscó el dinero en el bolso y se lo entregó.

—¿Qué quieres que haga con esto? —Estaba sorprendida del tamaño del sobre.

—Es tuyo, es por todo el dinero que nos has prestado. Te debo mucho más, pero esto es una parte. No me atrevía a venir con más.

—No puedo aceptarlo. —Le devolvió el sobre, pero Arancha no lo aceptó y se fue a servir los cafés del desayuno—. Arancha...

—Sí puedes porque es tuyo; lo normal es pagar las deudas. Y piensa en el viaje que le prometiste a tu tía. Podéis ir a París, a Roma... Se volverá loca de emoción. Es el momento de disfrutar y vivir tranquilas. Es tuyo. Tienes que aprovechar que todavía estás de muy buen ver para ligarte a un francés o a un italiano; practicarás los idiomas. —Arancha le guiñó un ojo.

—No puedo; es mucho, Arancha. Te vas a quedar sin nada. No puedo.

—Hay mucho más; vamos a estar bien. Tengo que pagar las deudas del piso y buscar otro; no quiero seguir en ese. Cuando Iñaki salga, que saldrá del hospital, quiero que esté en un lugar maravilloso, amplio, pero acogedor; con espacio para poder moverse por si necesita silla de ruedas. También ascensor y puertas anchas...

—Arancha... —Arancha la cogió de la mano y la sentó en la silla, le colocó la taza enfrente y se sentó al otro lado. Se quedó en silencio unos segundos, cogió aire y le contó cómo había sido el encuentro y la cantidad de dinero que había conseguido. Se cogían las manos mientras ella relataba el momento.

Nada más terminar, Pía llamó a un buen amigo para preguntarle qué hacer en una situación así. Le preocupaba que Arancha pudiese tener problemas y terminara metida en un lío por culpa del dinero. Les aconsejó depositarlo en un banco como una donación por parte de su padre; era lo

adecuado. Arancha se quejó. No quería volver a encontrarse con él y explicarle lo que tenía que hacer. Lo contrataron a él para que se encargase del asunto y así evitar cualquier contacto. En unos días Arancha ya tenía el dinero regularizado y podía disfrutar de él. Le daba miedo que su padre hubiese aceptado sus condiciones sin rechistar. Pero era mayor la tranquilidad que sentía al saber que a su hija y a Iñaki no les iba a faltar nada.

Mientras Iñaki se recuperaba en el hospital, ajeno a la realidad pero sospechando que algo raro había sucedido, Arancha compró un piso perfecto en la mejor zona de Gijón, en el que vivía ahora. Pagó deudas que tenía de comprar fiado en los pequeños establecimientos que aún quedaban, y pagó también todo lo que debía del piso en el que habían vivido.

Cuando Iñaki salió del hospital, Arancha se lo llevó a la casa nueva. Él no entendía nada y, en su cabeza, no era capaz de entender cómo había conseguido aquella vivienda. Sintió miedo. Arancha se lo explicó todo. Los dos lloraron. Iñaki le pidió perdón porque se sentía culpable de que ella estuviese tan desesperada como para tener que volver a aquella casa y enfrentarse a sus padres. Se abrazaron y le pidió perdón muchas veces. Le prometió que nunca más la dejaría sola. Arancha se abrazó a él; no podía prometer eso. La vida era impredecible.

—Me sirve con que no vuelvas a coger una moto o una bici —le pidió. Iñaki aceptó el trato. Hablaron de su hija. Ninguno de los dos se había planteado qué sucedería con Aline si a ellos les ocurría algo. Así que decidieron dejarle la custodia a Pía. Era la única persona que les había demostrado un cariño incondicional y la única a la que se imaginaban criando a su hija. Ninguno de los dos quería que pudiese acabar en manos de sus respectivos padres. Ni siquiera sabían de la existencia de ella.

Arancha le contó sus planes con el dinero. Había encontrado la forma perfecta de tener trabajo y darle un buen fin a ese dinero. Quería abrir un centro de desintoxicación, ayudar a gente como ellos. Darles no solo esperanza, sino también un refugio donde sentirse seguros y tener tiempo para recuperarse sin preocuparse de pagar facturas. Iñaki aceptó entusiasmado de emprender ese sueño a su lado.

Capítulo 6



Mientras Arancha se servía el segundo café, sonó su móvil. Óscar le daba los buenos días con una imagen de un corazón que a Arancha le resultó, con una sonrisa y sin dejar de mirarlo, entre divertido y ñoño.

—¿Ahora somos de esos? —le preguntó de vuelta.

—Me apetecía saber de ti y me pareció una buena opción —respondió Óscar.

Arancha lo leyó y lo llamó. Prefería escuchar su voz. Aline todavía dormía, y tenía unos minutos antes de prepararla para el colegio.

—Buenos días. Me ha gustado mucho la imagen del corazón, me la guardaré. Siempre viene bien tener un corazón a mano.

—Junto con el mío, ya tienes dos —respondió Óscar sin pensar—. Me he pasado, ¿verdad?

—Desconocía esa faceta romántica en los policías. ¿Qué haces esta mañana?

—Trabajar. He dejado a los niños en el colegio y estoy en el coche, que lo tengo aparcado enfrente de comisaría, esperando mi hora para entrar. ¿Y tú?

—Estoy a punto de despertar a Aline para ir al colegio; sí que madrugan los tuyos.

—No les queda otra; desayunan en el colegio. Depende del horario que tenga. Si no lo hiciera, habría épocas en que no los vería; así al menos estamos juntos. Pero lo llevan bien.

—¿Por qué no haces pellas? —preguntó Arancha en un arranque de espontaneidad.

—Nunca las he hecho, no sé ni cómo hacerlas. —En apenas unos segundos Óscar se había puesto nervioso, no sabía mentir y nunca había faltado a un turno—. ¿Qué tienes en mente?

—Pasar la mañana contigo... Desayunar juntos. Sé que dije que hasta el domingo no podría, pero todavía es jueves. En un rato estoy libre. —Arancha se tapó la cara con una mano. Se puso inquieta; le estaba proponiendo faltar al trabajo y ella también tendría que dar una excusa. Estaba perdiendo la cabeza por Óscar. Los segundos que él tardaba en responder hacían que su corazón latiese más rápido.

—Uff... —escuchó al otro lado.

—¿Qué me dices? —preguntó sintiendo de nuevo un cosquilleo en el estómago—. ¿Vuelvo a casa después de dejar a Aline en el colegio? —Los dos se rieron nerviosos.

—¿Cuánto tardas?

—Una hora, hora y media —respondió más nerviosa.

—Allí estaré. —Óscar colgó ansioso. Permaneció unos minutos más en el coche pensando en la excusa que poner. Se sabía algunas de sus compañeros, sobre todo de Manu, que se escaqueaba bastante de los turnos, principalmente si había mal tiempo.

Arrancó el coche para alejarse de la comisaría. Llamó a su superior y le pidió cambiar el turno; esa mañana tenía que llevar a su madre al médico y se había olvidado. Aceptó el cambio y Óscar colgó sin creérselo; era muy fácil hacer pellas.

Arancha miró la hora. Despertó a Aline y le preparó el desayuno mientras esta le contaba lo que iban a hacer en el colegio ese día. Allí se encontraron a Iñaki, que llevaba a Aitor e Inar, sus hijos pequeños. Arancha le contó que llegaría tarde porque tenía una cita.

—Ten cuidado —le recomendó.

—No sé qué me pasa con él, no puedo quitármelo de la cabeza —le confesó.

—Es amor, mi querida Arancha —le advirtió divertido al verle la cara—. Vete ya; yo espero a que entren.

—No, una cosa es que esté loca por culpa del policía y otra, que pierda la cabeza y descuide a mi hija. No te rías —le recriminó Arancha.

—Estoy aquí, soy su padre; no la estás abandonando en un bosque a su suerte.

—Ya me entiendes.

—Me gusta mucho verte así —le dijo protegiéndola con el abrazo y le dio un beso en la cabeza.

—Yo diría que te divierte —replicó ella.

—Eso también —admitió Iñaki.

Los niños entraron y ellos se despidieron. Él la observó alejarse; estaba distinta, vio en sus ojos un brillo que no había visto antes. Iñaki caminó de vuelta a casa, recogería a Gema para ir al trabajo y, de paso, la abrazaría. Deseaba que saliese bien, que Arancha fuese feliz. Nunca le había gustado la expresión de «se lo merece», pero era la que sentía. Ella se estaba dejando llevar y disfrutando de esa nueva sensación. Algo que creía que nunca lograría.

Arancha vio a Óscar en el portal; estaba mirando el móvil. Ella sonrió. ¿Cómo podía ser tan guapo? La camisa azul que llevaba le quedaba mejor que bien, hacía resaltar su piel. ¿Cómo estaría tan moreno? Era complicado coger color en Gijón. Él levantó la cabeza y le sonrió. Ella también le sonrió. Su sonrisa perfecta hacía que el corazón le latiera más rápido, que todo su cuerpo se despertara. Nunca le pareció tan raro caminar tan tranquila, cuando lo único que quería era tirarse a sus brazos y besarlo. Iba pensando en llevar el ritmo justo y no echar a correr, no quería tropezarse y acabar en el suelo. Llegó a su lado y él la rodeó con los brazos. Ella le acarició el cuello y luego el pelo. Óscar la miró extrañado.

—Es que me gusta acariciarte el pelo.

—Despeinarme —aclaró Óscar. Disfrutaba sintiendo cómo los dedos de Arancha jugaban con su pelo.

—Te despeino, te obligo a hacer pellas... Soy muy mala, vas a tener que esposarme.

—No me gustaría, no es tan divertido como suena.

—Eres un cortarrollos, Don Manual. —Arancha volvió a jugar con su pelo. Óscar la observó serio; le encantaban sus ojos, su nariz, sus labios.

—¿Subimos? —le preguntó susurrándole al oído y acercándola a su cuerpo. Arancha le dio un pequeño mordisco en la oreja—. ¿Tienes hambre? —Ella afirmó con la cabeza, se separó de él y buscó las llaves en su bolso.

Óscar solo podía pensar en desnudarla, en sentir su cuerpo suave y caliente, besar cada centímetro de esa piel que lo volvía loco. Se tumbó encima de ella. Arancha lo sujetó entre las piernas, no quería que se alejase, y se abrazó a su espalda. Los dos se miraron y ella sintió que él traspasaba su alma, que entre sus brazos se sentía la mujer más fuerte del mundo. Óscar le dio un suave beso en la boca. Arancha intentó atraparlo con los labios, pero él se deslizó por su cuello y se recreó en sus pechos. Ella se agarraba a su cuello, le acariciaba la espalda...

Todo el cuerpo de él ardía. Toda Arancha ardía.

La lengua de Óscar fue recorriendo su vientre mientras ella gemía. Él disfrutaba de su cuerpo, de los gemidos de ella, de las caricias en su espalda. Disfrutaba sintiendo cómo ella lo agarraba fuerte. Buscó los labios de Arancha mientras sus dedos empezaban a moverse dentro de ella.

—Óscar —susurró. Él se dejó caer en sus pechos, que llenó de besos.

—¿Qué quieres? —preguntó en un susurro.

—A ti, ya. —le ordenó. Él sonrió.

—Me gusta cumplir tus órdenes —murmuró al oído mientras entraba en ella.

Óscar la miraba, necesitaba guardar ese momento en la cabeza. La sonrisa, los ojos brillantes, sus jadeos. Se dejó caer encima de ella extasiado. Arancha disfrutaba con el peso del cuerpo de Óscar encima de ella.

Fueron recuperando la calma. Ella le acariciaba la espalda y él se quedaba adormilado.

—Tengo que irme —le dijo con mucha pesadumbre.

—Lo entiendo, pero puedes ducharte primero —le propuso para retenerlo unos minutos más en su casa.

Óscar se levantó, se apoyó sobre el brazo para mirarla unos segundos, le apartó un mechón de pelo y le acarició la cara. Permanecieron unos minutos en silencio. Arancha sentía los ojos clavados en los suyos, deseaba poder leer sus pensamientos, averiguar cuál sería su reacción cuando averiguase su pasado. Un escalofrío le recorrió la espalda y Óscar, al darse cuenta, la cubrió con el edredón y la abrazó. Arancha sonrió abrazada a su cuerpo. Podría acostumbrarse a esa sensación, necesitarla para el resto de sus días. Óscar le dio un suave beso en la cabeza, se levantó de la cama y buscó su ropa. Sacudió un poco la camisa para quitarle las posibles arrugas por haber estado en el suelo. La colocó encima de un sillón que había en la habitación e hizo lo mismo con su pantalón. Observó a Arancha en la cama; deseaba una vida con ella. Apartó la mirada al pensar así. Se estaba volviendo loco.

—¿No tienes prisa? ¿No trabajas hoy? —preguntó Óscar.

—Soy mi propia jefa, y se me da muy bien delegar. Así que no pasa nada porque llegue un poco tarde.

—¿Eres tu propia jefa? Ya decía yo que se te daba muy bien mandar —le guiñó un ojo, se acercó y la besó.

—Y a ti, cumplir órdenes.

—Estoy a tu servicio —afirmó Óscar.

—Me gusta cómo suena. —Se besaron sin poder separarse. Sus bocas volvieron a devorarse.

—Tengo que irme, no he hecho pellas del todo, solo he cambiado el turno —confesó susurrando, sin querer separarse de los labios de Arancha—. Ayúdame.

Arancha se rio y lo apartó. Óscar se levantó de nuevo de la cama y se fue a la ducha. Ella se quedó acostada, pensando en entrar con él. Nunca había hecho algo así, pero sería una forma de ahorrar agua. Se levantó dudando. Abrió la puerta del baño y observó su silueta. La mampara de la ducha no era transparente; se lamentó de haber escogido la más discreta. Él se sintió observado. Se giró y abrió la puerta. Ella se quitó la sábana que la cubría y se metió en la ducha con él. Óscar cogió un poco de gel en las manos y empezó a enjabonarle la espalda. Ella se pegó a su cuerpo, sintió las manos de Óscar rodeándola, acariciando su vientre.

—Voy a llegar tarde —le susurró al oído. Arancha se giró y lo miró a los ojos.

—Me toca a mí. —Se echó gel en las manos y le enjabonó los hombros, pegándose a él. Fue bajando la mano y Óscar empezó a gemir. Arancha sonrió; se sentía distinta, era otra mujer la que estaba en su cuerpo, la que tomaba esa iniciativa. Le encantaba la mujer que podía ser al lado de Óscar.

Salieron de la ducha con una sonrisa en los labios. Arancha descubrió a Óscar observándola serio a través del espejo. Él sonrió al sentirse descubierto. Se acercó y la abrazó por la espalda. Se miraron en el reflejo durante unos minutos; a los dos les gustaba lo que veían. Arancha bajó la mirada, acarició la mano de Óscar, que estaba apoyada en su vientre, y se separó. Él tardó unos minutos en salir del baño; había notado cómo Arancha había cambiado en apenas unos segundos. Necesitaba saber qué pasaba por su cabeza, qué había ocurrido para que ella cambiase.

Capítulo 7



Óscar le daba vueltas a su situación con Arancha. Apenas sabía nada de ella. No habían tenido una cita normal y quizás era el momento. Quedar para hablar, conocerse un poco, saber sus gustos, sus aficiones, su trabajo, la relación con su ex. Quería saberlo todo de ella. Cuando su cabeza lo traicionaba, se imaginaba una vida a su lado y su sonrisa todas las mañanas. Esa ducha con ella lo había vuelto loco. Quería eso todos los días, necesitaba tenerla. Ella desprendía una alegría contagiosa, una luz, una calma que él necesitaba. Necesitaba conocerla más, conocer el porqué de esos momentos en los que se le borraba la sonrisa. No quería asustarla al proponerle un paso más en su relación, conocer a sus hijos, o preguntarle hacia dónde iban como pareja. Apenas habían estado juntos un par de veces. No podía evitarlo. Necesitaba ponerle nombre a aquello que estaban viviendo. Por un momento, se preguntó si tenían una relación cerrada, o ella podría estar viéndose con alguien más. «No tenía tiempo para estar con nadie más», se animó, pero necesitaba confirmarlo. Deseaba una relación seria. «La voy a asustar, estoy seguro», pensó. Era muy pronto. Podría esperar unos días, seguir disfrutando del sexo increíble que tenían. En un rato libre, la llamó. Escuchó su saludo feliz al otro lado.

—No puedes vivir sin mí... —bromeó Arancha. Él se quedó en silencio, temiendo que fuese real lo que ella le decía.

—Tengo un plan y espero que te apuntes: quiero una cita contigo. Una cita de verdad, con cena, cine y copas. ¿Qué te parece?

—¿Hasta ahora qué hemos tenido? —quiso averiguar ella.

—Citas normales no, o yo me he quedado muy antiguo —bromeó Óscar.

—Han sido al revés. Hemos empezado por lo divertido, y no te has ido de mi casa con el estómago vacío, te hice un sándwich —le recordó Arancha.

—Tienes razón, las hacemos al revés. Me apetece ir a algún sitio a cenar contigo, si me prometes no dejarme plantado por tu ex.

—Te lo prometo, nunca te dejaré colgado.

—¿Lo hacemos? —preguntó Óscar nervioso.

—Sí, además, hay una película que me apetece ir a ver y es para adultos. Tengo ganas de ir al cine y comer palomitas; no las voy a compartir —le advirtió divertida.

—Palomitas para ti sola, tomo nota. Nos llamamos y ponemos el día, ¿de acuerdo?

—Sí. Un beso —se despidió Arancha.

Óscar colgó; sonreía. Todavía no se creía que se hubiese enamorado tanto en tan pocos días. Cerró los ojos recordando su olor, su sonrisa cuando le despeinaba. Sintió ternura, amor, felicidad. Quizás eran esas las palabras que definían lo que sintió con esa caricia, o teniéndola entre los brazos, o mirando sus ojos. Sus ojos color miel le traspasaban el alma, estaban llenos de dulzura, a veces de tristeza; pero sobre todo lo llenaban de esperanza cuando ella lo miraba. No necesitaba más que perderse en ellos para creer en una vida de luz, de sol... Estaba enamorado. No podía ir despacio por más que su cabeza le dijese que eso era lo que tenía que hacer.

Arancha colgó nerviosa. Una cita normal para hablar de sus vidas, de su pasado. Ese pasado que tanto le aterraba que él conociera. Estaba segura de que, en cuanto lo conociese, la abandonaría. Todo se esfumaría como si hubiese sido un sueño. Un policía con tres hijos nunca saldría con una exdrogadicta. Él era perfecto sin más: su aspecto, su vida, todo en él era perfecto. Guardó el móvil y siguió con las reuniones. Quería mantenerse ocupada. Solo pensar en el trabajo y en los buenos momentos que habían compartido.

Al cabo de unas horas recibió un mensaje: «Lo he arreglado todo para el domingo, ¿estás preparada para una cita conmigo?». Arancha respiró aliviada, porque el domingo era el cumpleaños del hijo de Iñaki y podía posponer la cita que tanto temía.

«Tengo un cumpleaños, no puedo, y esta semana estoy hasta arriba de trabajo», decía el mensaje. «Ya te lo había dicho, no sé a qué hora acabaremos».

«Dime un día, y veré qué puedo hacer. Me pueden las ganas de volver a verte», le respondió Óscar y le mandó besitos.

Ella le respondió con un triste «ok».

Capítulo 8



Iñaki entró en el despacho de Arancha; estaba rara después del encuentro con el policía. Se sentó en un sillón del despacho, el único que no estaba lleno de carpetas. Cogió una de encima de la mesa e hizo que la ojeaba.

—¿Qué tal todo? —le preguntó disimulando. Arancha lo miró, sabía que quería algo más.

—¿Qué pasa? Has puesto ese tono de voz de «quiero saber algo». Por mucho que intentes cambiar el tono, te conozco.

—Gema me ha contado tus dudas sobre Óscar y...

—Es normal tener dudas cuando empiezas algo con alguien —se defendió ella.

—¿No lo llamas relación?

—No sé qué es. Me ha pedido una cita para quedar con él. Para hablar, conocernos, y yo no quiero hablar..., o sí, no sé... Tengo miedo. En este momento estoy muy bien, no quiero que se estropee. No entiendo las prisas; bueno, sí las entiendo, quiere poner nombre a lo nuestro. Le llaman Don Manual porque le gusta hacerlo todo según las reglas. —Iñaki sonrió.

—Un policía y, encima, el más tonto.

—No es tonto, le gusta seguir las reglas; eso está bien.

—Hacer lo correcto está bien. No saber salirse de las reglas, no.

—¿A qué has venido? No voy a seguir hablando de él. Todo lo que diga le vas a dar la vuelta.

—Acepta la cita y disfruta. No tienes que contarle tu pasado en la primera cita. Podéis hablar de muchos otros temas.

—Entonces lo estaría engañando. Mi pasado puede afectarle.

—Tu pasado solo te afecta a ti, y eso queda muy lejos. Eres otra mujer, Arancha. Ya no somos esos críos.

—Lo sé, pero la mochila la llevo igual. Solo quiero unos días más, disfrutar de lo que siento a su lado. ¿Soy egoísta?

—No eres egoísta, solo quieres tu ratito de felicidad, que ya te toca. Lo malo es que sea con él, un policía, ¿no había otro? —bromeó Iñaki.

—Lo sé —le siguió la broma Arancha.

—Quiero conocerlo —la interrumpió Iñaki.

—No, qué va, si apenas lo conozco yo. No, me niego. —Arancha no estaba preparada para dar ese paso.

—Estás enamorada, muy enamorada. —Iñaki sonreía divertido—. Nunca te ha importado lo que los demás opinen o cotilleen, pero, con él sí, tienes miedo de perderlo. —Arancha estaba en silencio, fingiendo que no lo escuchaba, mirando la pantalla del ordenador—. He estado hablando con Gema...

—Lo que me faltaba, que habléis de mí a escondidas. ¿No tenéis otros temas?

—Como si vosotras no hablaseis de mí a escondidas, que me pitan los oídos. ¡Al grano! Está preocupada porque no sabe si te está animando a tener una relación con alguien que es un imbécil. Le estuvo dando vueltas a que es un policía, ya sabes el refrán: *Dos que duermen en el mismo colchón, se vuelven de la misma condición*. Vamos, que le he metido mis desconfianzas: que a lo mejor es idiota. Acabo de decidir invitarlo el domingo al cumpleaños de Aitor. Como él tiene niños, veremos cómo es. Así, todos nos quedamos tranquilos. —Arancha lo miró de reojo—. ¿Qué me dices? A lo mejor estás preocupada por él y descubres el domingo que, fuera de la cama, es gilipollas, y se te pasa el amor.

—¿Y si no se me pasa? Es que es muy guapo y fuerte. Tiene una espalda ancha, unos brazos fuertes, su sonrisa es espectacular y sus ojos... Me mira y...

—... se te caen las bragas. —Se rio Iñaki. Arancha se puso roja en cuestión de segundos.

—No digas eso. —Le lanzó una bola de papel—. Pero algo así me pasa. ¿Y si no quiere? ¿Y si luego me dices que es un imbécil y me enfado contigo? —¿Cómo afrontar una cita con la familia pendiente de ellos? No se veía capaz de presentárselo a todos tan rápido.

—Es imposible que te enfades conmigo. Nunca nos hemos enfadado.

—Puede haber una primera vez.

—Correré el riesgo. Tú invítalo. Será una cita divertida, informal, con más gente. A lo mejor le gustan los dinosaurios, y todavía hay hueco en el bus.

—Va a pensar que soy rara o que voy muy rápido y lo quiero enganchar; ¿se dice así?

—Engancharlo sí que quieres, pero de otra manera. —Iñaki soltó una carcajada y Arancha se tapó la cara, avergonzada, con las manos—. Y rara también. Si nos pusiéramos en un hipotético futuro, es mejor que vaya intuyendo que no somos una familia tradicional. Invítalo.

—Me lo pensaré.

—No pienses, hazlo ya. Me voy y así puedes llamarlo. —Iñaki se levantó y se acercó a ella, le dio un beso en la cabeza y le dijo que la quería. Salió del despacho con los mismos miedos que Arancha. No quería verla sufrir, que ese imbécil le hiciese daño. «No es un imbécil, todavía no lo conoces, no lo puedes conocer con prejuicios», se corrigió.

Arancha observaba la puerta de su despacho y en su cabeza se repetía la frase de Iñaki: «Hazlo ya». Sacó el móvil del cajón y buscó su número. Respiró hondo antes de darle a la llamada.

—Otra propuesta para nuestra cita del domingo: dinosaurios y hamburguesas. ¿Qué tal te suena?

—Diferente —respondió confundido.

—Me gustaría que vinieras al cumpleaños de mi ahijado. Va a ser divertido. Sus padres están de acuerdo en que os invite, quieren conocerte. Pasaremos el día allí, no tienes que traer nada.

Hay un montón de actividades para los niños, se lo pasarán muy bien. Te traes a tus niños, yo llevo a Aline. ¿Qué me dices?

—¿Conocer a nuestros hijos?

—Sí. —Escuchó la voz dudosa de Óscar—. Seguro que se divierten. ¿Te animas?

—Eso lo tenía planeado como para dentro de diez citas o más... —bromeó.

—¿Lo tenías planeado? —lo interrumpió Arancha.

—Planeado no, pero sí, he pensado en ello. Nunca han conocido a una mujer como mi novia, o pareja. Es un lío. ¿Te he agobiado? Tú me invitas a un cumpleaños y yo te hablo de definir lo que somos.

—Podemos empezar siendo amigos, me parece más sencillo para ellos. Amigos que hacen planes divertidos.

—¿El domingo? —volvió a preguntar. Todo parecía girar en torno a ese día.

—Sí, te paso la dirección. Después podemos pensar en nuestra cita de verdad.

—Después de tu propuesta, la necesitaré seguro. Me la debes, y la película la elegiré yo —le informó Óscar.

—Siempre saldo mis deudas. Hasta el domingo —se despidió nerviosa y sonriente.

—Hasta el domingo.

Óscar colgó. Estaba preocupado. Se había metido en un buen lío. Después de su último mensaje, pensó que Arancha se había asustado y que no quería tener ninguna cita con él. Que sentían cosas diferentes. Le había sonado a pretexto lo de no encontrar un hueco, pero esta cita no era lo que esperaba.

Ahora tenía una cita con Arancha, su hija y el resto de su familia. Un cumpleaños. Sería como pasar un examen en un par de días sin poder prepararlo; no había un manual que pudiese memorizar. Querían conocerlo. ¿Por qué? Ella sí que iba rápido. Recibió la dirección del cumpleaños, esperarían en el colegio y un bus los recogería. Si no recordaba mal, le había dicho que su ahijado era el hijo de su ex. ¡Qué raro era! Se podían llevar bien, pero de ahí a ser la madrina del hijo de su ex había un trecho. A lo mejor, solo quería saber cómo era porque tenían una hija en común y eso podría preocuparlo. ¿Qué más familia tendrían allí? Tendrían que ser ricos, si no, ¿quién en su sano juicio pone un autobús para ir a un museo por un cumpleaños? ¿Qué regalarle? Creía haber escuchado que era un niño, pero un niño que celebra su cumpleaños en un museo no debía ser muy normal. Ya no podía echarse para atrás, ¿o sí? «Quizás el sábado, a última hora, Oliver se podría poner malo, o las gemelas, que dan más trabajo al ser dos», se decía. Pero, claro, se quedaría sin la cita del domingo por la noche y esa sí que le apetecía.

Dudaba si sus hijos podrían comportarse en un museo, si se aburrirían y se la liarían. Como mucho, los llevaba al parque, los dejaba agotarse y, cuando se ponían pesados, no le hacían ni caso. Estaba seguro de que iba a suspender el examen. ¿A qué colegio irían? No sabía si era un colegio público o privado. Tendría que comprarles ropa. No sabía si tenían ropa para ir a un museo, tendría que hablar con su madre. Ellos tiraban con el uniforme del colegio de diario. Parecía un padre horrible ahora mismo en su cabeza, pero no lo era. Tenían ropa, aunque no sabía si estaba perfecta como para ir a un cumpleaños de pijos. Y trabajaba lo que quedaba de semana, así que le tocaría ir a su madre. Tenía que echar cuentas; andaba justo de dinero, como siempre.

«Son pijos. Ella es pija. ¿Qué voy a hacer en una relación con una mujer que gana más que yo, que tiene más que yo, y en lo único que gano es en hijos? ¡Qué complicado es y apenas hemos empezado! ¡Es culpa mía!», pensó Óscar. «Fui yo quien le habló de tener una cita normal. Lo normal es que conozcamos a nuestros hijos, que veamos si les caemos bien. Cada uno tiene una mochila. No somos unos adolescentes».

Capítulo 9



El domingo llegó demasiado rápido. Óscar estaba preparado desde las seis de la mañana: estaba más nervioso él que sus hijos, que solo sabían que iban de excursión a un museo. Tenía la ropa preparada de cada uno y les hizo un desayuno ligero a las siete para que no vomitasen en el bus. De todas formas, la abuela les había arreglado una mochila con algo de ropa, por si acaso.

Llegaron al colegio, un colegio público de Gijón. Nunca había oído hablar de él. Quedaba cerca de la casa de Arancha, seguro que ella venía andando. Esperaron dentro del coche. Óscar se preguntaba por qué Aline iría a un colegio público pudiendo pagar uno privado. Quizás era el colegio del ahijado, y no el de su hija. Observó cómo llegaban los primeros padres. La mayoría llegaba andando con sus hijos. Óscar sentía algunas miradas; decidió sacarlos del coche y esperar fuera.

Arancha llegó con Aline y con el resto de la familia, todos en el mismo coche. Se acercó feliz a saludar a Óscar con dos besos. Él le presentó a sus hijos. Arancha le presentó a Iñaki y a Gema, su esposa. Aline se acercó y le dio la mano a Óscar, igual que había hecho Arancha al conocer a los hijos de Óscar. Él se quedó cortado porque iba a darle dos besos y la niña se apartó sin dejar que se acercara. Estuvieron hablando y enseguida sus hijos se hicieron amigos de otros niños con la ayuda de Aline, que hizo de anfitriona.

Llegaron al museo a la hora prevista y ya les estaban esperando con todas las actividades preparadas. Los padres y las madres podrían acompañarlos si les apetecía. Óscar participó en algunas de las actividades con Oliver y las gemelas. Enseguida se deshicieron de él y disfrutaron con los otros niños. Óscar aprovechó para ir a beber algo, se sentía incómodo sin sus hijos; no sabía cómo comportarse o qué esperaban de él. Notaba la mirada de Iñaki pendiente de él. Se quedó observando a Arancha, que ayudaba en la colocación y decoración de las mesas.

—¿Te gusta lo que ves? —le preguntó Gema a su espalda, sobresaltándolo.

—Sí —respondió Óscar girándose—. Aunque tengo mis dudas después de hoy.

—¿Qué ha pasado? ¿Me he perdido algo?

—Aline... No parece que le haya caído muy bien. Así que habré bajado en puntuación —intentó bromear Óscar, desanimado.

—¿Lo dices por el saludo? —le preguntó Gema y él afirmó con la cabeza. Gema sonrió—. No es por ti, Aline está educada así, igual que sus hermanos. Al principio, me pareció extraño cuando la conocí. Era una enana con sus coletitas, y me dio la mano. Supongo que me quedé como tú. Yo soy de abrazar enseguida. Iñaki me lo explicó. Es una forma de que ella aprenda a poner límites, que nadie la haga sentir incómoda con lo típico de «dale dos besos a este que no conoces porque es amigo de papá o de mamá». La primera vez que me abrazó y me dio un beso tuve que hacer esfuerzos para no llorar. Es un amor de niña, ya la conocerás. Es muy madura, inteligente, empática... Daos tiempo, si eso es lo que quieres —quiso averiguar Gema.

—Soy bastante ansioso y lo quiero todo cuanto antes, pero he aprendido que, en cuestión de niños, lo mejor es no tener prisas. —Gema le dio una suave palmada en la espalda.

—Te invito a un refresco. —Caminaron hasta la barra. Arancha le acarició la mano cuando pasó a su lado y él se la sujetó unos segundos, los suficientes para que su corazón le hiciese saber que era ella la que lo hacía latir así. Le sonrió y Arancha entendió que todo estaba bien. Oyó cómo con la ayuda de Gema empezó a charlar con otros padres y otras madres sobre el museo y lo bien que se lo estaban pasando. Le contaban que entre todos habían acordado que en los cumpleaños harían cosas diferentes, en vez de lo típico de meterlos en parques de bolas. Iban a museos, o hacían pequeñas rutas caminando o en bicicleta, siempre según las posibilidades de cada uno. La celebración de los cumpleaños resultaba muy enriquecedora y menos agobiante.

Cuando Arancha fue en busca de Aline, Iñaki aprovechó para acercarse a Óscar.

—¿Te lo estás pasando bien? —le preguntó mientras se servía un refresco.

—Sí, tienes una familia muy bonita, y me parece increíble que Arancha y tú os llevéis tan bien. No tiene que ser fácil llevarse bien con tu ex. —Iñaki sonrió. Se acercó a Óscar lo necesario para que nadie pudiera oírlo.

—Si Arancha sufre por ti, si le haces daño de alguna manera, acabaré con todo lo que amas. Imagínate por unos segundos qué te pasaría si fuera Aline la que sufriera. —Óscar sonrió incómodo, tomándoselo a broma. Iñaki lo miró serio, y Óscar cambió de expresión—. Arancha no es mi ex, es mi familia, parte de mi vida, pórtate bien y yo me portaré bien. ¿Lo has entendido?

—Lo he entendido, no le voy a hacer ningún daño —se defendió Óscar.

Arancha observó desde unos metros de distancia la actitud de Óscar e Iñaki, y se acercó preocupada. Se puso al lado de Óscar y le tocó suavemente el brazo.

—¿Todo bien? Estáis muy serios y esto es una fiesta.

—Todo bien. Voy a echar un ojo a la comida, que ya estoy hambriento —le respondió Iñaki dándole un beso en la mejilla.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó preocupada cuando se alejó.

—Me acaba de amenazar y parecía muy sincero, nada que ver con el hombre que observé hace unos minutos con los niños. Tenéis una relación... estrecha... Supongo que eso está bien.

—Sí. Iñaki es, sin duda, una de las personas más importantes de mi vida junto con Pía y Gema. Nosotros hemos pasado por mucho, juntos. No se lo tomes en serio, solo quiere protegerme. Es mi familia y se preocupa, y no le caen muy bien los policías —intentó bromear para quitar hierro a la situación. Óscar esbozó una sonrisa.

Ella le dio un suave beso en la mejilla, acompañado de una caricia. Óscar apoyó la cabeza en la mano de Arancha y le dio un beso antes de que ella separara la mano. Arancha se sirvió refresco a su lado. Miraba a Óscar de reojo, que no parecía haberse conformado con su explicación. Le daba vergüenza contarle que Iñaki se había dado cuenta de algo que ella todavía se negaba; lo que sentía por Óscar era diferente, lo había metido en su casa, en su vida y Gema e Iñaki tenían que haber visto ese cambio en ella. Ni siquiera Sergi le había hecho sentir ese calor al darle un simple beso en la mano. Óscar esbozó una sonrisa al darse cuenta de que ella le miraba.

—Me vas a sonrojar si sigues mirándome así.

—No puedo evitarlo, eres muy guapo y te queda muy bien esa camisa. —Se acercó y le arregló el cuello de la camisa. Él la miró mientras ella esquivaba los ojos.

—¿Estás bien? Ya he olvidado lo de Iñaki, no te preocupes por eso. —Le apartó un mechón de pelo de la cara. Arancha cerró los ojos al sentir su roce.

—Somos algo raros y todo va demasiado rápido: invitarte al cumpleaños, que los conozcas... No quiero engancharte —confesó bajando la voz. Óscar se quedó serio. Se acercó al oído.

—Yo sí quiero engancharte, no quiero dejarte escapar. —Se separó del oído y bebió un trago del refresco—. Y si tengo que hacerme mejor amigo de Iñaki, lo haré.

—Mamá —interrumpió Aline, que apareció de la mano de Oriana y de Olimpia—, tenemos hambre; esta ha vuelto a comer arena —dijo señalando a Oriana con la cabeza—. Y esta se ha puesto a hacer galletas con la plastilina. O comemos ya, o se intoxican.

—Vamos a la mesa, ya tiene que estar la comida. —Oriana se cogió de la mano de Arancha y le sonrió. Arancha intentó disimular el vuelco que le había dado el corazón al sentir su pequeña y pegajosa mano cogerse con fuerza a la suya. Óscar tomó en brazos a Olimpia y caminaron hacia la mesa del bufé para elegir lo que iban a comer.

Arancha intentaba prestar atención a la conversación, pero no podía, miraba a las niñas, a Oliver... Nunca había querido una familia y menos una familia numerosa. Aline llegó cuando más la necesitaba. Iñaki y ella nunca hablaron de tener más hijos, ni de darle hermanos; era ella y era suficiente. Notó que Óscar la observaba. Levantó la mirada y le guiñó un ojo. Escuchó cómo todos le hacían preguntas sobre su profesión, sobre por qué los niños iban a ese colegio religioso privado. Óscar se defendía como podía ante la atenta mirada de los demás padres y madres. El colegio lo habían elegido su mujer y sus suegros, y los niños estaban cómodos. Gema cambió el rumbo de la conversación pidiéndole consejos sobre cómo cuidar de gemelas. A Óscar le cambió la cara y Arancha sonrió a Gema; era su mejor amiga y se estaba portando encantadora con Óscar. Sabía muy bien cómo parar a Iñaki. Óscar era feliz hablando de ellas. No les contó que se había perdido sus primeros años, le daba vergüenza confesar que era pobre y que tenía que salir de un trabajo para meterse en otro. En aquella mesa todos parecían ir sobrados de dinero. Se centró en las anécdotas del día a día: cuando lloraba una empezaba la otra, lo complicado y divertido que eran las comidas... Peinarlas era lo que peor llevaba, aunque cada vez se le daba mejor.

Iñaki se fijó en cómo trataba a sus hijos. Oliver, el mayor, estaba más apegado a Óscar. Por la edad, era normal; había vivido más de cerca la muerte de su madre. Oliver estaba pendiente de sus hermanas; las limpiaba cuando se manchaban de salsa y con una ternura que era difícil no sonreír al verlo. Óscar estaba pendiente de los tres mientras hablaba con los padres. No se daba

cuenta de lo que hacía, cómo les partía los trozos pequeñitos; estaba más pendiente del agua. Se quedó observándolo, estaba seguro de que creía tener la sensación de que lo hacía peor. Las gemelas eran más independientes y se atrevían con todo; eran un torbellino de risas. Las miraba y se hacía una idea de lo que le venía encima. Óscar le estaba gustando, no estaba fingiendo, los trataba con cariño y con paciencia, había sido una buena idea invitarlo. Hubo varias situaciones para perder los nervios; cuando una de las gemelas quiso probar la arena donde tenían que buscar esqueletos de dinosaurios, o cuando la otra lloraba desconsolada porque se había manchado la camiseta nueva con pintura y la abuela se iba a enfadar. Había observado varias veces cómo miraba a Arancha y le gustaba que su cara se iluminara cuando ella le sonreía. Le gustaba algo el policía, pero no lo iba a admitir, todavía. «Tendrá que pasar más exámenes», se decía Iñaki riéndose mientras lo miraba. Gema se abrazó a él al verlo reír.

—Deja de pensar maldades, parece buen tipo.

—Por ahora está aprobado. ¿Has visto a la pequeña comiendo arena? Eso es lo que nos espera, el doble de diversión.

—Estás loco, ¿sabes? —Ella estaba aterrada con la llegada de sus gemelas, sentía pánico de no dar abasto, de perder el control.

—Ya me conociste así. —Le dio un beso en los labios que le supo a poco, pero era lo que tocaba en esos momentos. Gema se abrazó a Iñaki y él la rodeó con los brazos. Le acarició la tripa unos segundos—. Va a salir bien —le susurró al oído y la volvió a abrazar. Gema se quedó refugiada en sus brazos; era su lugar preferido del mundo.

De regreso a casa, el autobús se convirtió en otro tipo de fiesta, una de vómitos. Uno de los niños vomitó y se produjo una escalada peligrosa. Óscar intentó controlar que los suyos no participaran. Pero Olimpia se unió a la fiesta, y después Oriana. El autobús tuvo que parar y los niños pudieron bajar a respirar un poco de aire limpio. Mientras se ventilaba, limpiaban y echaban un poco de ambientador. Óscar se sintió avergonzado, sus hijas lloraban desconsoladas y Oliver estaba pálido y con dolor de tripa. Arancha se acercó con una botella de agua para el niño y ayudó a cambiar a las niñas con unas camisetas que habían comprado en la tienda de regalo. Les limpiaron las pequeñas deportivas rosas y fueron calmándose al verse limpias. El caos se convirtió en calma con la ayuda de Arancha. Óscar le dio un beso en la mejilla antes de subir al autobús y le sujetó suavemente la mano. Arancha le devolvió el beso.

—Te debo una —le susurró Óscar acercándose a ella. Arancha le apretó la mano antes de soltarse.

Los dejaron donde los habían recogido. Empezaron con las despedidas. Todos tenían ganas de llegar a sus casas y dormir. La fiesta se había alargado hasta las ocho de la tarde. Iñaki se acercó a Óscar y lo invitó a cenar un día de la semana siguiente. Tenían su cena de los miércoles con Pía, y quería que se uniese a ellos. Ella tenía muchas ganas de conocerlo y no tenían por qué dejar pasar el tiempo. Arancha y Gema lo miraron sorprendidas. Invitarlo a la cena de los miércoles era un paso serio para él. En esa cena hablaban de cosas personales y nunca habían

llevado a nadie extraño. Arancha sonrió; ella fue la que invitó a Gema la primera vez. Óscar respondió con un «te avisaré si puedo». Arancha se acercó a Iñaki y le susurró un gracias y le dio un beso en la mejilla. Óscar observó el gesto de ella y después el de Gema, con una palmadita en el culo y un beso en los labios. Iñaki sonreía ante algo que Arancha le decía a Óscar.

—¿Tengo que decir que sí?

—Solo si te apetece.

—¿Te quedan ganas de verme esta noche? Podemos hablarlo mientras cenamos —le propuso Óscar antes de despedirse.

—Sí. Lo raro es que tú quieras después del tercer grado de Iñaki y Gema. Ella ha sido sutil, pero él... ¿De verdad te apetece quedar?

—He pasado el tercer grado, me ha invitado a cenar el miércoles; así que sí, me merezco una recompensa. —Sus hijos llegaron corriendo después de despedirse de los nuevos amigos.

Arancha estaba a su lado mientras él colocaba a sus hijos en el coche. Estaban tan cansados que, según los iba colocando en las sillitas, se quedaban dormidos. Óscar cerró la puerta del coche y se acercó a Arancha.

—Primero necesito una ducha. —Los dos se rieron.

—Podemos cenar en mi casa..., pedir algo. Aline se va con su padre —le sugirió Arancha.

—Yo llevo la cena, hay un sitio al lado de casa de mis padres que hacen unas croquetas buenísimas.

—Me apetece besarte —le susurró ella.

—Eso es por las croquetas, espera a probarlas. —Arancha le dio un suave beso en la mejilla—. Todavía me debes una cita normal, sin dinosaurios ni niñas que coman arena —le recordó Óscar.

—No voy a olvidarlo, te espero en mi casa. —Óscar le cogió la mano y entrelazaron los dedos. Se miraron en silencio unos minutos hasta que Iñaki la llamó. Ya se habían ido todos. Les costó soltarse. Óscar apoyó su frente en la de ella.

—Hasta ahora —le susurró y se separaron. Levantó la mano para despedirse de Iñaki y de Gema. Arancha se alejó del coche y caminó hasta el de Iñaki. Él vio que sonreía y sonrió también. Se dirigieron a casa de Iñaki y Gema. Aline pasaría la noche con ellos. Arancha les ayudaría a descargar los regalos y a bañar a los dos pequeños; así le daría un descanso a Gema. Había sido un día agotador.

—¿Qué os ha parecido? —les preguntó a los dos entrando en la cocina mientras Iñaki empezaba a preparar la cena. Gema la cogió por la cintura para acercarla.

—Es guapísimo —dijo Gema.

—Es verdad, no me extraña que te tenga loca —confirmó Iñaki—. Tiene una buena espalda como dijiste.

—¿Y? —Quiso saber si había algún pero.

—Me parece buen tío en principio, pero necesito tiempo para formarme una opinión. Me gustó que se quedara callado cuando lo amenacé, pensé que saltaría enseguida.

—Vi su cara y casi me da un infarto; te pasaste bastante. Pero así te puedo echar la culpa a ti si no sale bien. —Se rio Arancha—. ¿Y tú? —preguntó a Gema acariciándole la barriga.

—Aprobado. Me gustó que se preocupara por haberle caído mal a Aline, pero le expliqué que era su carácter. Me dijo que tendría paciencia, así que él piensa en una relación a largo plazo.

Arancha se puso nerviosa al escuchar a Gema. Una relación a largo plazo. Volvió a sentir esas mariposas en el estómago, y su corazón latía más rápido. Tenía el visto bueno de los dos. Si alguno hubiese puesto una pega, un pequeño defecto, ella tendría una excusa para no seguir adelante. Respiró hondo ante la mirada de la pareja, que sonreía.

—Me voy, he quedado con él. —Se soltó de Gema dándole un beso y fue a buscar a Aline para despedirse.

—¡No te agobies! —le recomendó Gema en lo que Arancha se iba. Ella sonrió al escucharla. Ya era tarde.

Llegó a casa con el tiempo justo para una ducha. La ropa la había pensado los días previos para su cita normal; ya estaba decidida entre dos vestidos. Aunque fuera en su casa y se acabasen de ver en vaqueros, quería verse diferente para la cena. Se decidió por el largo con apertura, lleno de botones de arriba abajo. Y para la ocasión, un conjunto de lencería en los tonos del vestido.

Óscar llamó a la puerta cargado con bolsas. Se quedó absorto mirando a Arancha.

—¿Demasiado para una cita en casa? —quiso saber al abrir la puerta y ver la expresión de Óscar.

—Estás increíble. —Arancha se acercó para ayudarlo con las bolsas.

—Tú también estás muy bien y hueles de maravilla —le susurró acercándose al cuello. Al coger las bolsas, vio un ramo de flores en una de ellas. Óscar se fijó en Arancha.

—No es la mejor forma de regalar flores, pero es que no me quedaban manos. Las compré ayer. Pasaba por una floristería y pensé en ti.

—Me encantan. Nunca me habían regalado flores; es la primera vez. —Arancha las sacó de la bolsa y buscó un jarrón. Óscar sacaba la comida mirándola de reojo. No quería advertirle de que se le había olvidado abrocharse unos botones del vestido y podía disfrutar de unas vistas privilegiadas de su sujetador de encaje. Arancha lo sorprendió mirándola y él se sonrojó. Miró su vestido y se abrochó con rapidez. No entendía por qué le ponía nerviosa esa mirada de Óscar.

—No te abroches, estamos solos —puso como excusa.

—Quieres que se me caiga comida por el escote; no es nada sexi. —Óscar rodeó la isla, se acercó a ella y le desabrochó los botones de nuevo.

—Solo voy a pensar en que se te caiga algo de salsa en el escote.

—Puedo afirmar que eres un poco raro. —Él la sujetó suavemente del cuello y la besó, despacio. Después, subió de intensidad, saboreando con ansias la boca de Arancha. La colocó encima de la isla y le subió el vestido, acarició sus muslos y le bajó las bragas. Arancha se abrazó a él, acariciando su cabeza, besando su cuello mientras recuperaban el ritmo normal de la respiración.

—Siempre empezamos por lo divertido —le susurró ella al oído y él la ayudó a bajar de la isla.

Arancha fue al baño y, a su regreso, vio a Óscar limpiando la encimera. Más puntos a su favor; era un hombre limpio. Se acercó y le rodeó la cintura, apoyando la cabeza en su espalda. Le dio un suave beso y se separó.

—¿Cenamos? —preguntó Arancha. Óscar la retuvo cogiéndole la mano y acercándola, le acarició la mejilla y le besó los labios.

—Está en el microondas. Sirve el vino, por favor —le pidió él sacando los platos. Arancha pasó detrás para ir a por las copas y le palmeó el culo. Óscar la miró y ella sonrió. Él bajó la

mirada unos segundos. Estaba loco por ella, era perfecta. ¿Qué hacía alguien como ella con alguien como él?

—¿Todo bien? Te has quedado serio.

—Tengo hambre, vete llevándolo al salón, por favor. —Le dio unos platos que ya estaban calientes. Arancha caminó feliz hasta el salón y allí dispuso la mesa de centro para la cena. Puso algo de música suave, hasta decidir si veían una película.

Óscar llegó con el resto de la cena, la dejó en la mesa y se sentó a su lado. Se fijó en que Arancha se había vuelto a abrochar los botones y sonrió. Le sirvió primero a ella y le comentó que ese guiso estaba buenísimo, que una vez que lo probabas, te volvías adicto. Arancha observó divertida cómo hablaba sobre cada plato de los que había llevado. No se había podido decidir por uno. Le advertía cuál era el más picante de todos.

—¿Película o charla? —le preguntó Arancha.

—Charla. Empiezo yo. ¿Por qué un colegio público? A Iñaki pareció molestarlo que mis hijos fueran a un colegio privado. No es un secreto que tenéis una buena posición económica. —Echó una ojeada a su alrededor, era algo que le generaba mucha curiosidad.

—Empezamos fuerte —bromeó Arancha—. Pero esa es fácil: nos queda cerca. Fuimos en coche, lo sé, pero es lo mejor para una embarazada, más tres niños, más Iñaki, las cajas y yo. Pero andando está cerca, y así no estamos muy lejos de Aline si nos necesita, y lo mismo con Aitor e Inar. También tienen el instituto cerca. Así que no cambiará su ruta cuando empiece. Conocimos a los profesores, nos gustaron, y también creo que los padres hemos hecho un grupo muy chulo para ayudarnos mutuamente. Todos tenemos más o menos las mismas ideas, sobre todo de respetarnos y escucharnos. Poco a poco, hemos ido trabajando para mejorarlo. Creemos en lo público. En unos años, cuando salga a enfrentarse a la vida, va a encontrarse con todo tipo de gente. Es mejor que lo haga ya, que conozca la vida real. Y no nos gusta mucho lo de la religión, y todo lo que conlleva en un colegio privado. Y tú, ¿por qué lo elegisteis? Ya sé que dijiste que lo había elegido su madre y sus abuelos, pero tú dirías algo, ¿no?

—No. Ella estudió allí unos años y tenía un buen recuerdo. Es un colegio bilingüe y no sé qué más movidas tiene. Sus abuelos maternos son religiosos, de ir a misa todos los domingos. Mis padres, no tanto. No quería disgustarles y acepté sin más.

—¿No te inquieta que estén en bus de un lado para otro? ¿Tenerlos lejos si te necesitan?

—Tengo coche y en nada estoy con ellos. Si me pilla trabajando, pongo la sirena. Me toca. ¿En qué trabajas? Eres muy joven para ser jefa. —Arancha le dio un sorbo a su copa de vino para ganar tiempo. La pregunta ya estaba hecha.

—Soy directora en una fundación de ayuda a la desintoxicación de adicciones. —Óscar la miró, sorprendido. «¿Directora?», se preguntó si debían tener la misma edad. Eso era más que jefa. Óscar la miraba, esperando más—. Organizo el día a día, coordino a la gente, cursos, entrevisto a los usuarios. Estamos dirigidos a todas las edades, pero, sobre todo, a mujeres, gente sin familia y sin recursos. Soy psicóloga. Tengo un máster en psicología clínica y me encanta mi trabajo. —Arancha respiró aliviada después de soltarlo todo de carrerilla.

—Es la fundación de... —La interrumpió al tener dudas sobre el centro que le describía.

—Sí, no hay más, somos los únicos en la ciudad.

—Recuerdo que se montó un gran revuelo porque se abrió en una zona bastante transitada y la gente se negaba. No sé cómo puedes dedicarte a eso, tienes que estar todo el día en tensión. Pueden robarte, agredirte o seguirte cuando sales a la calle. Esa gente no es de fiar, son muy peligrosos. ¿Qué opina Iñaki? Perdona la pregunta, pero a mí me amenazó directamente si te hacía daño, ¿y no le importa que trabajes con esa gente?

—Trabaja conmigo, al igual que Gema. —Óscar la miró, alucinado—. El sueldo es muy bueno. Puedes ir algún día a visitarme y verás que no es tan horrible. Creo que se te quitarían muchos prejuicios.

—Si voy, seguro que detengo a varios. Esa gente es peligrosa, Arancha —repitió.

—Es mi turno. ¿En qué trabajaba tu mujer? ¿Era policía? —le preguntó para dejar de hablar de ella.

—Ama de casa. Con tres niños pequeños, no teníamos más opciones. Le encantaba estar en casa, cuidar de ellos. Nos conocimos en el instituto el primer día de clase y, desde entonces, ella ya decía que quería ser madre. Era hija única casi como yo; Me llevo doce años con mi hermana mayor. Los dos queríamos una familia grande, una casa llena de niños.

—No voy a tener más hijos, Óscar. —Él la miró sorprendido ante esa inesperada confesión.

—¿Es algo definitivo o...?

—Definitivo. Tomé la decisión después del embarazo de Aline, y no voy a cambiar. ¿Tú quieres más hijos?

—No lo sé, no he pensado todavía en ello.

—Tampoco soy ama de casa. Tengo una asistenta que deja la casa como la ves, perfecta. No me voy a quedar en casa, Óscar. Me encanta mi trabajo, me hace feliz sentirme útil.

—Muchas cosas en tan poco tiempo. No te he pedido que te quedes en casa —aclaró Óscar—. No puedo negar que tu trabajo no me gusta, y lo de los hijos... Hasta que lo has dicho, no había pensado en ello. Por ahora tengo suficiente, no me veo con más.

—La cita no está saliendo como esperaba, pero es mejor conocernos, ¿no? —preguntó Arancha preocupada. Quizás estaba poniendo límites demasiado pronto.

—Sí, claro. Las primeras impresiones, a veces, son equivocadas —acertó a decir Óscar.

—¿Qué? —preguntó Arancha sorprendida, interrumpiéndole.

—No quiero decir que haya sido una decepción conocerte o..., me estoy liando. A ver, la primera vez que nos vimos me pareciste un poco, bastante *hippy*, con todo eso de todo guay, no me enfado por nada, el vestido... La segunda vez, parecías una pija con pintas de feminista pesada.

—¿*Hippy*? ¿Feminista pesada?

—Parecías dos personas diferentes en muy poco tiempo —intentó disculparse.

—Déjalo porque no sé si quiero que sigas. Creo que no se nos da bien esto de las citas normales. Decir que tu compañero cometió un abuso no es ser feminista pesada; fue la realidad.

—Arancha lo miró contrariada. ¿Cómo se podía haber torcido tanto la cita? Óscar le mantuvo la mirada unos segundos.

—Y la tercera vez que te vi, ya estaba enamorado de ti. Eres una sorpresa constante en mi vida. Eres alegría, sueños, pasión, sensaciones, eres todo y, aunque tengamos puntos de vista diferentes, quiero estar contigo. No imagino estar con nadie más que no seas tú. Ya sé que no se

me da bien hablar de sentimientos, y que la he liado esta noche, soy un desastre. —Óscar se cubrió la cara con las manos. Había metido la pata hasta el fondo. Dudaba si irse o quedarse.

—Nunca me habían definido como una sorpresa constante. Supongo que es algo bueno. —Óscar se destapó la cara y la miró de reojo. Arancha le devolvió la mirada, sonriente.

—Estoy enamorado de ti. Solo pienso en verte, escucharte, leer tus mensajes, cada vez que suena el móvil quiero que seas tú. Necesito tiempo para arreglar mi situación. Tengo que salir de mi casa, ser libre de mis suegros. No sé cómo, pero necesito que dejen de controlar mi vida. Creía que mi vida era normal hasta que te conocí. Me di cuenta de que vivo en un caos, sin apenas libertad. He intentado ir día a día.

Arancha le acarició la mejilla y él se quedó en silencio, observándola.

—No tenemos prisa, Óscar. No me voy a ningún lado. Nadie marca nuestro tiempo, quiero ir poco a poco, disfrutando de esto. —Arancha se acercó a su oído—. Yo también estoy enamorada. —Se separó y cogió su copa de vino—. Te di un punto a favor cuando no vomitaste en el bus. Otro, cuando no perdiste los nervios con la niña comiendo arena. Por ahora vas sumando. —Empezaron a reírse.

—Se la metía a puñados en la boca. Todos buscando restos de dinosaurios y ella comiéndose la arena. Es mi vida, son mi vida, me perdí tanto...

—Tienes una vida por delante para estar con ellos. —Óscar se tapó la cara para evitar que Arancha viera unas lágrimas que se le escapaban. Ella le quitó las manos con suavidad. Y le limpió la cara.

—Lo siento, me he puesto sensible, no soy así, es el cansancio de hoy —se disculpó derrumbándose en el sofá—. Los he visto disfrutar; he visto cómo en apenas unos minutos hicieron amigos nuevos. Oliver estaba entusiasmado y atento con todo lo que le explicaban. Los vi desde fuera y son increíbles. —Se limpió otra lágrima que resbalaba por su mejilla.

—No tienes que disculparte, Óscar. En esta casa se puede reír, o llorar, o las dos cosas a la vez. —Óscar levantó el brazo para que Arancha se acercara. Ella sonrió y se cobijó en su pecho.

—¿Estamos locos? —le preguntó apretándola fuerte contra él. Le dio un beso en la cabeza.

—Si esto es una locura, ojalá dure mucho tiempo la enajenación.

Se quedaron en silencio. Era una sensación maravillosa que hasta ese momento estaba segura de que nunca iba a experimentar: amor, seguridad, todo y más en un simple abrazo.

—La cita no está siendo tan mala, estamos teniendo de todo —le confesó abrazándola más fuerte.

—Se nos da bien aprovechar el tiempo —bromeó Arancha.

—Dinosaurios, hamburguesas, sexo, croquetas, nuestro futuro, he llorado, y todo en el mismo día. Con más tiempo no sé qué podríamos hacer.

—Creo que todavía podemos mejorarla. —Arancha le desabrochó unos botones de la camisa. Óscar le sujetó la mano besándole la palma.

—Estoy enamorado de ti, Arancha —le repitió Óscar en un susurro, le levantó la cabeza y la besó sin darle tiempo a que ella dijera nada.

—Tengo que confesarte algo —dijo poniéndose serio. Óscar la miró preocupado—. Iba disfrazada la noche que nos conocimos, por una serie que nos gustaba a mi cita y a mí. Por eso el

vestido te pareció raro, hippy, como dices tú. No me di cuenta hasta que no llegué a casa y entendí la cara de Amadeo.

—Creo que puedes sumar bastantes puntos si te gusta disfrazarte —se rio Óscar—. ¿Puedo saber qué serie? —Arancha se tapó con la manta y él se rio a carcajadas—. No puede ser tan mala.

—*Floricienta* —reveló Arancha.

—Ni idea.

—Es una serie argentina, es juvenil, la veía hace años y me sigue gustando. Es mi serie *comfort*. —Óscar negó con la cabeza—. A los dos nos gustaba, y me pareció divertido ir con el *look* de la protagonista, de ahí las ondas en el pelo y la ropa. Él lo tenía más fácil porque el protagonista viste normal.

—Yo soy más del *Equipo A*, pero me apunto la tuya para verla.

—¿Quién era tu favorito?

—Aníbal...

—El jefe, claro. —Los dos se rieron—. Te pega más Fénix.

—Eso me decía mi madre. Era el mejor momento de la tarde merendar viendo el *Equipo A* con mi padre. Si él no podía verla conmigo, esperaba a que llegara. Él nunca ha sido cariñoso, pero para nosotros ese momento era nuestro. Lo veo ahora con mis hijos y no lo reconozco; es un abuelo cariñoso y juega con ellos, tiene una paciencia que no tenía conmigo; pero, claro, ahora no tiene que trabajar como un burro. —Miró cómo Arancha lo observaba con una sonrisa—. ¿Y los abuelos de Aline? Les pasará lo mismo.

—No tiene abuelos. Ni Iñaki ni yo tenemos relación con nuestros padres. Lo más parecido que puede tener a una abuela es Pía, pero es muy joven para ser abuela, es más una tía. ¿Quieres escuchar algo de la serie? —le preguntó Arancha antes de que él pudiese preguntar más sobre sus padres.

—¿Ahora?

—Sí, la serie tiene unas canciones muy bonitas. Yo te pongo una y tú pones otra de la música que te guste a ti; no vale la banda sonora del *Equipo A*. ¿Aceptas?

—Sí

Arancha buscó el móvil y fue mirando las canciones; dudaba cuál de ellas elegir. Óscar hacía lo mismo con su móvil. Serían las primeras canciones que escucharían juntos.

—Ya la tengo, no te puedes reír —le advirtió fingiendo ponerse seria.

—De acuerdo —aceptó Óscar.

Arancha puso una de sus canciones favoritas, *Flores Amarillas*. Óscar sonrió al escucharla, Arancha le dio un golpe en el hombro. Él la miró, se levantó y le ofreció su mano, Arancha aceptó y bailaron abrazados entre risas.

—Me gusta la canción —susurró Óscar y la abrazó más fuerte. Arancha se escondía en su pecho, sentía vergüenza de que él escuchara su canción.

—Te toca a ti. ¿Qué vas a poner? —Óscar la miró unos segundos. *Solamente tú*, de Pablo Alborán, empezó a sonar. Arancha se rio a los segundos de escucharla.

—¡Oye! Dijimos que no íbamos a reírnos.

—Perdona, es que me recuerda a aquel video en el que había un niño que la cantaba, pero diciendo atún; fue hace muchos años. —Arancha se iba a sentar al sofá, pero él la retuvo por la cintura.

—Me acuerdo. Entonces otra. —Óscar la miraba riéndose—. No te voy a soltar todavía. —Soltó una carcajada cuando vio la cara de Arancha al escuchar la canción.

—Pero...

—Sí, es lo que escuchan mis padres. *Me gustas mucho, me gustas mucho tú. Tarde o temprano, seré tuyo, mía tú serás...* —empezaron a cantarla entre risas.

Arancha lo miró fijamente y él se quedó serio. Ella le sujetó suavemente la nuca con las dos manos. Óscar la acercó a su cuerpo por la cintura. Se besaron despacio, con miedo a despertarse de un sueño.

Capítulo 10



Se despertaron abrazados en la cama, sin apenas haber dormido, por la alarma de Óscar. Era lunes, y le esperaba una semana ajetreada. Arancha se dio la vuelta y lo besó.

—Es muy pronto —alegó todavía adormilada.

—Me gusta madrugar... Me gustaba —se corrigió Óscar. La abrazó más fuerte. Arancha le acarició el torso desnudo mientras se besaban. Él bajó una mano y la ubicó entre sus muslos. Ella gimió al sentir la mano caliente de Óscar acariciándola. Arancha se colocó encima, sorprendiéndolo; le acarició el torso, despacio. Él cerró los ojos al sentir los dedos de Arancha dibujando formas; sintió un pequeño mordisco y los abrió. Se besaron despacio. Arancha disfrutaba de las vistas, la mirada de Óscar, sus expresiones... Se sentía poderosa; ella era la que decidía esa mañana. Se dejó caer a su lado y él la abrazó.

—Quiero despertar así todas las mañanas —le susurro Óscar. Ella le dio un beso en los labios y se levantó de la cama—. No te vayas —le pidió dando toquitos en el colchón.

—Si permanezco un minuto más en la cama, no saldré de ahí; así que arriba, te espero en la cocina —le ordenó tirando de las sábanas para destaparlo. Óscar se levantó y la agarró de la mano antes de que saliera por la puerta. La atrajo hacia él y le rodeó la cintura. Ella le acarició la mejilla y se quedaron unos segundos mirándose.

—Arancha...

—A la ducha —le ordenó sin dejar que terminase la frase. Era un nuevo día y la noche que habían pasado juntos hacía que se le erizase la piel, que su corazón fuese más rápido. Se quedó observando cómo Óscar se iba a la ducha. El miedo le invadió todo el cuerpo: podría tener una relación con él, despertarse con él todas las mañanas..., una vida en común.

Arancha preparó café mientras él se duchaba. Lo vio aparecer vestido y oliendo muy bien. Le acercó la taza de café. Él la besó y se apartó para coger la taza. La miró sonriente y no dejó de imaginar que esa mañana se repitiese el resto de su vida.

—¿Y mis hijos? —le preguntó Óscar. Se arrepintió nada más ver la cara de Arancha. Había estropeado una cita increíble.

—¿Tus hijos? —inquirió sin entender nada.

—¿Entran en tus planes? Somos un *pack* indivisible. ¿Te ves como madre? No madre, pero sí una figura materna. Anoche no hablamos de ello.

—No me he tomado el café, Óscar. —Él la miró esperando una respuesta—. Sí, no, puede ser... Son unos niños encantadores, pero apenas los conozco. Es totalmente distinto una fiesta de cumpleaños que el día a día de una familia. ¿Y mi hija? Nosotras también somos un *pack*.

—Es diferente. Ella tiene un padre. La relación que tendré con ella será distinta. No me verá como un padre porque ha crecido con uno. Mis hijas no se acuerdan de su madre, apenas tenían unos meses cuando ella murió. Tú serías su figura materna, en la que ellas se verán reflejadas según vayan creciendo.

—Creo que nos estamos precipitando. Estamos hablando de un futuro que no existe —reconoció agobiada.

—Necesito hablar de ese futuro. Para mí, sí existe —aseguró Óscar—. ¿Para ti no? ¿Qué hacemos?

—Pensé que estábamos de acuerdo en ir poco a poco, disfrutando de lo que tenemos. Es muy pronto...

—Sí, pero quiero más, Arancha. No ahora mismo, pero sí saber que esto es para... siempre. Suena exagerado, pero quiero tenerte a mi lado, todos los días, todas las noches. —Óscar dio unos pasos hacia ella. Arancha no se alejó y le sostuvo la mirada.

—Poco a poco, no puedo darte más. Necesito hacerme a la idea de lo que conllevaría nuestra relación. —Le tocó suavemente el pecho—. Dame tiempo —le pidió Arancha. Óscar posó su mano encima de la de Arancha.

—Poco a poco —repitió Óscar—. Todavía no hemos tenido una cita clásica, no podemos irnos a vivir juntos —aceptó. «Ya la he asustado demasiado esta mañana con mis prisas», pensó mientras sentía el calor de su mano en el pecho. A él le costaba controlar lo que sentía cuando la tenía cerca, pero lo más difícil era separarse de ella.

—Nunca tendremos una cita clásica. Es mejor que lo aceptes —apuntó Arancha abrazándose a él. Óscar le rodeó la cintura. Necesitaba su calor. Ella se colgó del cuello, le acarició el pelo y Óscar cerró los ojos. Arancha sonrió y se separó de él.

—No te alejes —le reclamó Óscar.

—Se enfría el café. —Arancha le acercó la taza. Óscar se lo bebió de un trago y volvió a cogerla de la cintura para darle un último beso antes de irse.

Capítulo 11



Óscar se fue con la cabeza llena de dudas, esperanzas y sueños. Él y Arancha eran tan distintos que dudaba si eso les ayudaría en la relación. En el último año sí que había pensado en encontrar a una mujer perfecta con la que formar una familia, reconstruir su hogar; eso lo reconoció. Sabía que sonaría mal si en algún momento lo hubiese expresado en voz alta, pero era lo que necesitaba. Alguien que quisiese a sus hijos desde el principio; que se fuesen a vivir juntos enseguida. Algo fácil; se lo merecía y se había convencido de ello. Se merecían una vida fácil después de todo lo que habían pasado. Arancha no era fácil; era todo lo contrario: una mujer con las ideas claras y un trabajo complicado.

Pensaba en formar esa familia con ella y, al segundo, pensaba que solo quería sexo con él. Luego, lo invitaba al cumpleaños y, después, le pedía tiempo. Tenía miedo de que ella no sintiese lo mismo que él. Era una fuerza superior a todo lo que había sentido cuando pensaba en ella. ¿Podría tener una relación solo con sexo? ¿Cuánto tiempo aguantaría así? Le encantaba dormir a su lado. ¿Por qué no podía tener eso? No tenía pesadillas cuando dormían juntos. Pesadillas que le habían acompañado desde la muerte de Oana. Pesadillas en las que sus hijos desaparecían de su vida, no los encontraba por ningún lado; él se encontraba inmerso en la oscuridad, llamándolos a gritos. Nunca los encontraba. Se despertaba con la cara húmeda y se levantaba a comprobar que dormían. Pensó en sus hijos. Era normal que se lo tuviese que pensar después de verlos llorando desconsolados. No era lo mismo ser madre de una niña un poco rara, con un padre presente, que ser madre de tres niños que no son tuyos. Quizás se había precipitado. Arancha no era como Oana, no iba a tener la misma familia que tenía; todo sería diferente. Se había dejado llevar. ¿Y si no sentía amor?, ¿si solo era el deseo de formar una familia, de que ella encajara en su vida? Negó con la cabeza. Estaba enamorado de su sonrisa, de lo que sentía cuando estaba a su lado, su corazón desbocado cuando le acariciaba la mejilla o le rozaba la mano. Eso tenía que ser amor. Arriesgarse a tener problemas solo por estar con ella tenía que ser amor.

Se imaginó cómo podría ser un futuro con ella... y con Aline; no podía olvidarse de ella. En apenas unos años sería una adolescente; ya era una niña peculiar por cómo la habían educado. Él no sabía nada de adolescentes y ella tenía a su padre. Su papel sería de colega, de amigo; tendría

que aprender a relacionarse con ella. Con sus hijos era fácil; las cosas eran porque él las decía y no tenía que dar más explicaciones. Ellos serían los que invadirían su casa, su espacio, Aline podría sentirse desplazada y odiarlos por eso. No iba a ser fácil para ella pasar de vivir con su madre a vivir con cuatro desconocidos. Y dos de ellas que la imitarían en todo. «¿Nos pondríamos de acuerdo en cómo educar a mis hijas y a Oliver? ¿Qué tipo de madre sería ella? ¿Me juzgaría como padre? ¿Iñaki y Gema siempre estarían en nuestras vidas?», su cabeza no paraba de hacerse preguntas.

Iñaki volvió a ocupar el lugar principal en sus pensamientos. ¿Qué pintaba Iñaki en su relación? No se veía capaz de aguantar que la tratase con tanto cariño, que la abrazase. No era algo normal. Había que tener buena relación, pero tampoco pasarse. No sabía con quién hablar sobre sus dudas. Sus amigos le dirían que se buscase a alguien menos complicada, y estaba seguro de que su madre le diría lo mismo. Pero no quería pensar en nadie más.

En el trabajo, Óscar miraba la pantalla del ordenador. Decidió meter la matrícula del coche de Iñaki, la había memorizado la tarde anterior en el colegio. Estaba puesto a su nombre. Dudó unos segundos, pero metió el nombre completo en el ordenador. Esperó unos minutos y salió su ficha. Tenía antecedentes, como él sospechaba desde que lo amenazó en el cumpleaños. Empezó a leer y se iba cabreando según leía. Iba de santo, de protector, y era un delincuente desde los catorce años. Los primeros, por pegar a su padre. Estuvo un tiempo en un centro de menores, de donde se escapó; desde entonces había estado entrando y saliendo de la cárcel por delitos de tráfico de drogas y robos. Los antecedentes se acabaron hacía nueve años; podría ser el momento en que conoció a Arancha y poco después ella se quedó embarazada. Se preguntó si Arancha sabría algo de eso. Quizás así se conocieron: el chico malo que vuelve loca a la niña pija. «Y así habrá pagado el coche que tiene; luego van de progres», se dijo. No podía dejar que un hombre así formase parte de la vida de sus hijos porque tendría a sus suegros siempre encima. Su suegro lo averiguaría enseguida. «¿Y si...?», se preguntó. Estaba pensando en meter los datos de Arancha para saber si ella tenía antecedentes. «Es por el bien de mis hijos», se intentó convencer. «No te mientas, lo haces por ti». Miró la pantalla y el teclado, pero se echó para atrás. No estaría bien hacerlo. Esperaría a que ella le contara lo que creyese necesario. Estaba seguro de que lo que había tenido con Iñaki había sido una relación para cabrear a sus padres y que entre ellos solo había buen rollo por su hija. Arancha parecía que no se llevaba mal con nadie porque ella era así. Tuvo el ejemplo el día que se conocieron, por cómo ella se comportó con el hombre que la dejó plantada. No quería pensar que él tuviese poder sobre ella, o que ella siguiese enamorada de él. Seguía dándole vueltas a la relación que había observado entre ellos. Nunca había conocido a nadie que se llevase bien con su ex, ni siquiera por el bien de sus hijos.

Arancha decidió ir a desayunar con Iñaki y Aline para sacarse de la cabeza a Óscar. ¿Qué hacía con él si eran tan diferentes? Era un hombre recto, que necesitaba una vida programada; saber qué iba a pasar cada día, cada hora; que buscaba una mujer diferente a lo que ella podía ofrecerle. Dudaba si encajaría en la vida de un policía, de Don Manual.

Iñaki le preguntó por la cita; ella le respondió con un escueto «bien» y le indicó que hablarían después, en el trabajo. Era una suerte trabajar con él y con Gema porque siempre tenían tiempo para hablar de lo que no podían delante de los peques.

Arancha los observaba mientras Iñaki le servía el café a Gema. Ella quería eso, una relación sin problemas. No se ocultaban una vida pasada. Recordaba la primera vez que se fijó en cómo Iñaki miraba a Gema. Nunca la había mirado así a ella. Después de ese día, prestó más atención a la relación que veía que iba naciendo entre ellos. Conocía a Iñaki y su fuerte sentido de la responsabilidad; podría estar completamente enamorado de Gema y no hacer nada, vivir en silencio ese amor por miedo a fallar a su familia. Iñaki venía de una familia rota, un padre alcohólico que los abandonaba y regresaba con palizas, y una madre que lo soportaba medicada. «Antes muerta que cargar con el estigma de ser divorciada», le decía su madre las veces en que Iñaki le pedía que huyeran. Cuando llegó Aline y la tuvo en sus brazos, se prometió que nunca la abandonaría, que ella sería lo primero en su vida.

Enamorarse de Gema era algo con lo que no había contado, su deber era su familia por encima de lo que él pudiese sentir. Arancha solo deseaba la felicidad de él, que uno de los dos pudiese conocer el amor. Entre ellos existía una relación creada por la necesidad de sobrevivir, de no sentirse solos en un mundo que siempre había sido hostil con ellos. Confundieron sus sentimientos cuando se conocieron, poco a poco se fueron dando cuenta de que ellos no eran una pareja al uso. El cariño que se tenían era eso: cariño, protección, seguridad. Él nunca la abandonaría, nunca haría nada que le pudiese hacer daño. Aline fue producto de una noche de no sentirse solos. Pero viendo cómo miraba a Gema, cómo se le iluminaba la cara cuando la tenía cerca, cuando hablaba de ella, no podía dejar que Iñaki renunciase al amor, a la felicidad por el miedo a fallar a su hija y a ella.

Una mañana, mientras tomaban el café en el centro y preparaban los cursos, le preguntó a bocajarro si estaba enamorado de Gema. Iñaki la miró a los ojos.

—Sí. Pero no va a haber nada entre nosotros. No te voy a fallar, ni a ti ni a Aline. —Arancha se levantó de su silla, se sentó frente a él y le cogió la mano.

—Nunca me has fallado, Iñaki. No lo vas a hacer por enamorarte.

—Te prometí que cuidaría de ti y te protegería.

—Cumpliste tu promesa. Has cuidado de mí, de Aline, y puedes seguir haciéndolo. Yo también quiero cuidar de ti. —Arancha le acarició la mejilla—. Te mereces ser feliz, conocer el amor.

—Ella... Yo...

—Eres un hombre maravilloso que ha sufrido demasiado. Iñaki, te mereces un ratito de felicidad. —Él le sonrió con tristeza. Un hombre con su pasado no podía estar al lado de nadie. Solo Arancha lo quería porque habían tenido un pasado, porque los dos venían de una vida terrible.

—Dejemos el tema —le pidió levantándose de la silla.

—Ella está loca por ti, lo he visto. —Iñaki se giró y se volvió a sentar, derrotado.

—No digas tonterías. No tengo nada que ofrecerle, ¿qué va a hacer con alguien como yo?

—Mi vida, eres un hombre maravilloso y no me voy a cansar nunca de decírtelo. Dices que no tienes nada que ofrecerle. Me ofreciste tu única prenda de abrigo el día que nos conocimos, me ofreciste tu cariño, tu abrazo, tu seguridad, tus risas. Lo das todo sin pedir nunca nada a cambio. Te has quedado sin comer para dármelo. No hay nadie mejor que tú.

Iñaki se levantó para irse y Arancha lo hizo detrás de él y lo abrazó. Iñaki la abrazó más fuerte.

—Estamos bien así, ¿para qué complicarlo?

—Podemos estar mejor, puedes estar mejor. Da miedo, sí. Es el momento de que vivas el amor, de que lo experimentes. Quiero ver siempre ese brillo en tus ojos cuando la miras.

Iñaki se soltó de sus brazos y se fue de la habitación, que estaba empezando a tomar forma de despacho. Necesitaba dar un paseo, despejar la cabeza. Vio a Gema y agachó la cabeza avergonzado. Pasó por su lado sin saludarla. No podía ofrecerle nada. Gema era perfecta, una sonrisa constante, no paraba quieta, siempre tenía ideas nuevas para el trabajo. Venía de una familia normal, sin problemas, sin traumas. Y sus ojos verdes, con los que había soñado desde la primera vez que la vio salir del despacho de Arancha. Lo volvían loco cómo los abría cuando se entusiasmaba con sus ideas. Quizás Arancha se había confundido al interpretar los gestos de Gema. Caminó durante varias horas por la playa, debatiéndose entre el riesgo de confesarle a Gema lo que sentía por ella y ser rechazado, o seguir con su vida tranquila y segura.

Arancha estaba decidida a ayudar a Iñaki. Fue en busca de Gema. Se hizo la encontradiza a la hora que sabía que tomaba un café. Gema se sintió incómoda al notar la mirada de Arancha, y recordó la no mirada de Iñaki esa mañana. Por un instante se imaginó que habían estado hablando de ella. Gema intentó recordar algún momento en el que hubiera hecho algo inapropiado. Estaba colada por Iñaki, pero creía que no se le notaba. Empezó a ponerse roja, pensando que Arancha podía haberse dado cuenta y habían discutido por su culpa, y por eso Iñaki había pasado de largo. Arancha la observó, se divirtió al ver que ella desaparecía rápidamente con su café. Quedaba mucho día por delante para hablar de ellos.

«¿Cómo se le ocurría enamorarse del marido de su jefa?», se repetía Gema dando vueltas por su despacho. No podía seguir así. Antes de acabar la jornada, acudió nerviosa al despacho de Arancha para comentarle que había conseguido otro trabajo en su ciudad y que lo iba a aceptar. Así evitaría los viajes. Arancha se divertía escuchándola. Gema estaba nerviosa e intentaba no tartamudear. Al terminar, le indicó que no aceptaba su dimisión. A ella le había encantado el proyecto cuando lo conoció. Si no le había pasado nada desagradable en el trabajo, y si solo era por los viajes, ellos podían hacerse cargo o ayudarle a buscar un piso en la ciudad. Gema se vio entre la espada y la pared. Admiraba a Arancha por todo lo que había logrado, lo amable que era con todo el mundo, con ella. Le dio su primera oportunidad laboral sin tener experiencia y desde el primer día se implicó al máximo en el centro.

—Estoy enamorada de Iñaki —soltó sin pensar y se tapó la boca. Arancha se quedó en silencio. Gema se quitó las manos de la boca—. Es horrible, lo sé. Él es maravilloso. Entre nosotros no ha pasado nada, de verdad, nada de nada; pero si sigo aquí, me voy a volver loca. No puedo seguir encontrándome con él. Por eso tengo que irme. No es porque haya estado incómoda. Tú eres maravillosa y eso lo empeora.

—Si no fuese maravillosa, ¿te hubieses acostado con él? —quiso averiguar Arancha.

—Puede ser, no lo sé... Lo siento. Siento decepcionarte. Has confiado en mí... Nunca me había pasado nada parecido, soy la peor persona del mundo.

—No me has decepcionado, estás siendo sincera... He hablado con él y siento lo mismo que tú, aunque no lo quiera reconocer. —Arancha observó la sorpresa de Gema en su rostro, cómo se le subían los colores a las mejillas—. Es un hombre leal y siento que me está traicionando, pero no es así. Nosotros no estamos enamorados. No sé si alguna vez lo hemos estado. Cuando te mira, se le ilumina la cara. Lo quiero mucho y quiero que sea feliz, Gema.

—No sé qué decir, me siento horrible, siento que está mal, que te haga daño a ti, a vuestra hija... —Arancha se levantó y se sentó a su lado. Le sujetó las manos con cariño.

—Siento cierta tristeza, miedo de pensar en comenzar vidas separadas después de muchos años juntos intentando sobrevivir. A su lado, sé que nada malo me va a pasar y sé que, si por él fuera, seguiría a mi lado protegiéndome y cuidándome, pero los dos hemos madurado. Ya no somos unos adolescentes, somos personas distintas a las que éramos cuando nos conocimos. Voy a necesitarlo siempre, pero no puedo ser egoísta y negarle la felicidad que puede tener a tu lado. He visto cómo te mira, sus ojos, su cara. No puedo retenerlo a mi lado.

—No sé qué decir. Parece que solo sé decir eso. —Se rio avergonzada con los ojos a punto de llorar, esa situación la estaba sobrepasando—. Te confieso que estoy enamorada de Iñaki, y tú me das vía libre y tu bendición. No puedes ser tan buena, esto no parece real.

—Si crees que yo soy buena, cuando lo conozcas más, descubrirás lo que es la bondad sin límites. Dime que vais a ser felices y que cuidarás de mi hija cuando esté con vosotros. Es lo único que necesito: saber que los dos van a ser felices.

—Sí, sí, te lo prometo —le aseguró nerviosa.

—Pues ya estaría. Os doy mi bendición, como tú dices —afirmó Arancha, entre risas. Se abrazaron. Cuando Gema se tranquilizó, salió del despacho.

Arancha no podía creer cómo habían pasado los años tan rápido. Recordaba aquel momento como si hubiera sido días antes. Ahora ellos estaban casados y Aline sería la hermana mayor de cuatro hermanos. Era feliz con la familia tan maravillosa que le habían dado. Feliz con lo bien que la había tratado siempre Gema y de no haberse equivocado con ella. Era su confidente, su mejor amiga, la hermana que nunca tuvo. La confianza entre ellas fue creciendo con el paso de los días. Arancha nunca le mintió sobre su relación con él, ni siquiera dormían juntos. Ella se quejaba de que él roncaba. Y a Gema le encantaba escuchar esos ruidos de Iñaki, a ella le ayudaban a dormir por más que la llamase rara. Habían creado una familia, rara como decía Iñaki, pero una familia unida.

Iñaki entró en la oficina de Arancha, quería hablar con ella antes de empezar la jornada. Cerró la puerta y se sentó enfrente.

—¿Qué ha pasado con Óscar?, ¿te ha hecho algo? —Se había quedado preocupado en el desayuno.

—No me ha hecho nada. Es que ya sabes que siempre se dice que la Policía, en general, es muy cerrada de mente.

—No se puede decir nada bueno de ellos —concluyó Iñaki.

—No sé si Óscar es así. Me habló de su mujer, de cómo tenían la vida organizada. Él trabajando, sin apenas saber nada de sus hijos; y ella, en casa, ocupándose de todo. No sé si eso es lo que espera de nosotros. Es absurdo, ¿no? No puedes pedirle a una desconocida que haga de madre de unos niños que no conoce. Además, creo que tiene problemas con sus suegros. Bueno, los abuelos maternos de los niños ya no son suegros, ¿o sí?

—¿Qué quieres tú? —atajó Iñaki antes de que Arancha empezara a divagar.

—Fácil, lo que tenéis Gema y tú. Una relación de igual a igual. Trabajar; no me voy a quedar en casa cuidando de sus hijos. Claro que los iré queriendo según los vaya conociendo, que tendremos complicidad, pero eso es algo que debemos construir con el paso de los días, de los años. De primeras, los voy a tratar muy bien, pero quiero lo mismo para Aline. No le puedo meter en casa tres niños que conoce de un cumpleaños y que invadan su espacio. Nuestra hija es maravillosa, pero no tiene por qué cambiar su vida y no quiero más hijos. Es muy complicado y apenas hemos empezado nada. Tú lo tuviste fácil.

—No quiero presumir, pero es que Gema es maravillosa. Y tú tuviste mucho que ver en que fuera así. Pero no fue fácil, yo venía con mis miedos y traumas y ella también tenía lo suyo, sobre todo al creer que había roto un matrimonio. Pensaba que Aline la iba a odiar, que tú también en algún momento. Hablamos mucho, lo seguimos haciendo. Cada pareja es distinta y nosotros también discutimos y nos enfadamos, nos has visto. Pero también nos amamos, y lo que tú quieres es algo normal, pero no va a ser fácil; tenéis que hablarlo abiertamente. Tienes que saber qué es lo que espera de vosotros, de ti. Si es tan organizado, ya lo tiene que saber. No creo que espere que cuides de sus hijos a tiempo completo, no estaría bien de la cabeza. No creo que los niños tampoco quieran. Tendrás que hablarlo. Las relaciones se construyen así, aunque, claro, estáis en el momento más divertido.

—Quiero que sea siempre divertido —dijo dejándose caer en la silla—. Me gusta, me siento muy bien a su lado. Siento esas mariposas en el estómago, y cuando me besa, todo mi cuerpo se despierta; es una locura. No es solo sexo, no me mires así. Sé que es amor porque me gusta cuando sonrío y el tenerlo cerca. Pienso en él todo el día y toda la noche. Lo necesito, y aunque cada vez que venga ese pensamiento quiera alejarlo, también he pensado en un futuro con él.

—Si en tan pocas veces que os habéis visto piensas en un futuro, eso es que estás enamorada, Arancha.

—Estaba segura de que no me pasaría.

—Eres humana y eso nos pasa a los humanos, nos enamoramos, tenemos dudas...

—No me gusta esto de ser humana.

—Seguro que no piensas lo mismo cuando estás con él. —Arancha le sacó la lengua.

—¿Te diviertes con la situación?

—Me gusta verte sonreír y cómo se te iluminan los ojos cuando hablas de él. Vete a tu ritmo y deja el miedo aparte. En principio, no parece mal tío y no puedo dejar de pensar en su espalda, ¡qué espalda! —bromeó Iñaki y Arancha le lanzó una bola de papel.

—También tiene un buen culo —replicó ella.

—Te doy la razón. —Se acercó a ella y le dio un beso en la cabeza—. Me encanta verte sonreír. —Salió del despacho sonriendo. Arancha se quedó atendiendo una llamada de teléfono. Pasó la mañana trabajando de un lado para otro, intentando no pensar en él. A última hora de la tarde llamó a Óscar. Necesitaba verlo aunque fuese un ratito.

—Hola —respondió Óscar, feliz de escucharla al otro lado.

—Hola, ¿qué te parece si os invito a cenar, a todos?

—¿A todos?

—Sí, estoy aquí con Aline, y estábamos pensando en cenar pizza. Podemos vernos en un rato en la pizzería que hay cerca de mi casa.

—Tengo que decir que no. Ya están bañados y con el pijama puesto, me queda secarles el pelo. Tenemos nuestras rutinas... Podéis venir a cenar aquí. —Se arrepintió nada más salió la invitación de su boca. Arancha tardó unos segundos en contestar.

—Vale —aceptó por fin. Óscar respiró—. Mándame tu dirección. ¿Llevamos algo? Bueno, da igual, llevaré algo de todos modos. Nos vemos.

Óscar colgó agobiado. Para la cena iba a hacer pasta con unas salchichas y tomate. Apenas tenía nada más en casa, no había tenido tiempo de hacer la compra. Si Arancha abría la nevera o cualquier armario, iba a pensar que era para eso por lo que quería una mujer, para que le hiciese la compra. Era un desastre. Le mandó la dirección y siguió secando el pelo a las niñas. Repasaba todo lo que tenía que hacer antes de que apareciera Arancha. El baño estaba destrozado y el resto de la casa estaba igual. Les pidió que recogieran sus juguetes, porque iban a cenar con ellos Aline y Arancha, las amigas del cumpleaños.

Óscar todavía no había puesto la mesa cuando llegaron. Arancha miró alrededor, la casa no parecía tan desastre como se había imaginado que debería estar con tres niños pequeños. El salón era amplio, sin apenas muebles. Un gran sofá ocupaba casi todo el espacio, una televisión grande también enfrente, varias cajas repletas de juguetes y cuentos y una mesa con el mantel puesto. Óscar la miraba fijamente esperando su reacción.

—Acabamos de ordenarlo todo, lo confieso —le dijo rascándose la cabeza.

—Menos mal que estás del lado de los buenos y que no tienes que ocultar secretos. —Le dio un beso en la mejilla—. ¿Me ayudas a preparar lo que he traído? —le preguntó a Oliver, que se había quedado mirándola. Oriana y Olimpia enseguida se llevaron a Aline a enseñarle las muñecas y su habitación. Oliver aceptó afirmando con la cabeza.

—Es por aquí —le indicó Óscar. La cocina estaba limpia, no le había dado tiempo a ensuciar nada porque no había empezado con la cena. Arancha se divertía observando a Óscar nervioso. Debía ser extraño tener a una mujer en su cocina, en su casa. No le había mentado, ella era la primera mujer con la que estaba después de quedar viudo. Oliver la miraba entre enfadado y curioso; para él también tenía que estar siendo difícil. Fueron sacando los quesos variados; ella los cortaba y Oliver los colocaba en un plato, probaban siempre un poco, e iban realizando una lista de sus preferidos. Hicieron lo mismo con los diferentes tipos de pan. Oliver se iba sintiendo más cómodo y Óscar también. Apenas hacía unos minutos había tenido un berrinche al contarle que ellas irían a cenar. Mientras él hacía la pasta, los escuchaba. Arancha le hablaba como si fuera un adulto, no hacía voces infantiles ni deformaba las palabras. No intervino en la

conversación; le gustaba escuchar a Oliver hablar de los sabores, parecía un experto y en casa apenas probaban el queso rallado y el de sándwich.

—Ya está la pasta. Avisa a tus hermanas y a Aline, por favor —le pidió a Oliver. Miró a Arancha. Sabía que se estaba volviendo loco porque había más luz en su cocina; ella la iluminaba. Sentía que esa luz le iluminaba también a él, que le hacía sonreír sin motivo. Movi6 la cabeza negando lo que pasaba por su cabeza, estaba loco.

—Siento que te hayas sentido obligado a invitarnos —le susurró ofreciéndole un trozo de queso—. Es el ganador de esta noche.

—No es eso. Bueno, un poco sí, quiero verte y tenerte cerca —le dijo rodeándole la cintura—. Soy un desastre, esto es lo único que tengo en casa, y, después de nuestra conversación, no quedo muy bien —le confesó avergonzado, enterrando la cabeza en el hombro de Arancha. Ella le acarició la cabeza.

—Yo también soy un desastre con la compra, ¿o lo has olvidado? —Óscar hizo un esfuerzo por levantar la cabeza del hombro de Arancha y buscó su mirada.

—Arancha, no dejo de pensar en ti, en estar todo el día a tu lado. Quiero estar contigo porque me haces feliz, no porque busque una madre o un ama de casa. —Arancha se separó suavemente. Los niños ya se estaban sentados en las sillas; se escuchaban las risas en el salón.

—Yo también pienso en ti, en estar todo el día a tu lado..., todas las noches; y también me haces feliz —le susurró y le guiñó un ojo. Cogieron las fuentes con la cena y caminaron hasta el salón. Cenaron hablando de su día, de lo que habían aprendido en el colegio, de sus amigos... Para sorpresa de Óscar, los tres se portaron bien. Hablaron por los codos con Arancha y ella los escuchaba atenta. Él se quedó absorto observándolos a todos, quería guardar ese momento en su cabeza para siempre; era el inicio de una nueva vida. Estaba completamente enamorado de ella. Sacudió la cabeza, alejando la idea de que estaba traicionando a Oana al dejar que ella estuviese allí, disfrutando de ese momento. Arancha observaba cómo le había cambiado la expresión y le tocó suavemente la mano que tenía apoyada en la mesa. Óscar la miró, sonrió y le agarró la mano.

La cena no acabó muy tarde, tenían que madrugar al día siguiente. Se despidieron con un beso en la mejilla, entre las risas de los pequeños. Arancha se subió en el coche con una amplia sonrisa. La cena había sido perfecta. No le resultó tan horrible la idea de tener una mesa llena de risas e historias.

—¿Qué te ha parecido la cena, cariño? —quiso averiguar Arancha.

—Ha estado bien. ¿Óscar es tu novio? —preguntó Aline con curiosidad.

—Sí, queremos ser novios, por eso me interesa tu opinión sobre él, sobre Oliver y las gemelas.

—¿Van a vivir con nosotras o nosotras con ellos?

—Todavía no hemos hablado de eso, llevamos poco tiempo juntos, pero a mí me gusta mucho nuestra casa. No quiero mudarme —reconoció Arancha.

—Yo tampoco. Me encanta mi habitación y papá y Gema viven cerca. Que se muden ellos; tenemos dos habitaciones que pueden utilizar. Aunque los baños serán un lío. —Aline lo organizó enseguida.

—¿Te parece bien que se muden?

—Tendría que poner normas. No sabes cómo tienen las muñecas, un desastre, mamá.

—Y Óscar, ¿qué te parece?

—Me cae bien; tendría que conocerlo más. Estaba un poco nervioso; pero, según pasemos tiempo juntos, supongo que se tranquilizará.

—Sí, yo también lo creo. Si decidimos seguir con la relación, que se muden, pondremos normas. La primera, tu habitación es tuya y no pueden cogerte nada sin permiso.

—Como en casa de papá y Gema, Aitor e Inar no pueden coger mis cosas ni yo las de ellos sin preguntar, es lo normal. Aunque creo que son demasiados hermanos pequeños para una sola hermana mayor, sobre todo cuando lleguen mis hermanas.

Arancha escuchó su conclusión con una sonrisa. Ella también creía que eran demasiados hijos para una sola madre, aunque Aline salía ganando en número de hermanos y hermanas pequeñas.

—Lo harás bien, se te da bien mandar y organizar —bromeó Arancha con una sonrisa y le guiñó un ojo. Aline le devolvió la sonrisa.

Arancha telefoneó a Óscar después de leer un cuento a Aline. Como su hija había notado, él estuvo nervioso durante la cena. Descolgó al primer tono.

—Dudaba si llamarte o no. ¿Qué tal Aline? ¿Se lo ha pasado bien? ¿Le ha gustado la cena? Eran solo macarrones...

—Está bien, piensa que son demasiados hermanos pequeños para una sola hermana mayor, pero todo lo demás le ha gustado, incluido tú. Tenemos el visto bueno.

—¿No quieres saber qué opina Oliver?

—No me hace falta, le caigo muy bien; tiene sus reticencias, como es normal, pero nos llevaremos bien. Y con Olimpia y Oriana, tengo a Aline, que las dejó alucinadas. Así que yo también les caeré bien. Y tú, ¿cómo estás?

—Me ha gustado tenerte aquí, cenar contigo. Sé que es una locura, pero quiero esas cenas muchas veces, Arancha, y que después no tengas que irte... Pero vamos a ir despacio, tenemos tiempo.

—Ir despacio es bueno. ¿Qué llevas puesto? —Escuchó la sonrisa de Arancha al otro lado.

—¿La verdad o lo que quieres oír? —Óscar soltó una carcajada.

—La verdad.

—El mismo pantalón de pijama, pero está limpio, lo acabo de sacar del armario.

—Tendrás que renovar los pijamas.

—No llevo camiseta, no me ha dado tiempo a ponérmela, soy un desastre.

—Me gusta más esa imagen, me gustas sin camiseta.

—Por eso quiero dormir contigo, porque me lo tendrías que decir mirándome a los ojos con esa voz que acabas de poner y...

—¿Qué pasaría?

—Te quitaría la tuya.

—No llevo.

—¿Qué llevas?

—Un camisón corto. —Óscar se quedó en silencio imaginando la mañana que la vio en camisón, el tirante resbalando por su hombro, su pelo suelto.

—Quiero verte mañana; desayunar, comer, tú eliges. —Arancha sonrió al otro lado. Se imaginaba a Óscar excitado al pensar en ella.

—Comer; tengo una reunión a primera hora y no la puedo cancelar. ¿Te quedarás con hambre ahora?

—Aguantaré hasta mañana. Prefiero tenerte entre mis brazos cuando hablamos. No soy nada moderno.

—Me gusta cómo eres. Esperaré hasta mañana.

Capítulo 12



Óscar se despertó con la presencia de los abuelos maternos en casa; habían entrado con su propia llave. Él salió de la cama al escuchar el ruido de la puerta. La abuela estaba en la cocina preparando el desayuno. Sin darle tiempo a que les pidiera explicaciones de qué hacían allí, le preguntaron quién era la mujer que había estado por la noche en su casa.

Óscar se puso tenso y les respondió que era una amiga. No le gustaba nada el tono inquisitorio que estaba utilizando su exsuegra. Comentaron lo rápido que había olvidado a su hija y metido a una cualquiera en casa. Óscar decidió hacer como que no la había oído; no quería discutir delante de los niños, que estaban empezando a desayunar. En ese momento tomó la decisión de que Arancha no volviera a su casa al menos en las próximas semanas. No quería problemas con ellos. Le costó hacer que los niños salieran de casa para ir a la parada del autobús. Sus abuelos insistían en que se quedaran, con la excusa de que hacía mal tiempo para ir al colegio.

Había empezado muy mal el día. Una sensación desagradable se apoderó de él cuando cerró la puerta al salir. Tenía que deshacerse de esa casa, la odiaba con todas sus fuerzas. Los observó cuchicheando en la acera y supo que algo estaban tramando; sus hijos lo llamaron para que se diera prisa.

Permaneció en el coche unos minutos más antes de entrar a trabajar. No quería dejarse llevar por el mal humor y discutir por tonterías; solo iba a pensar en que vería a Arancha a la hora de la comida. Pensar en ella le sacó una sonrisa. Sabía que no podían hacer eso todos los días; pero mientras Manu no se quejase, aprovecharía el rato de la comida para estar con ella.

Nada más entrar, le entregaron los nuevos turnos. Una baja de un compañero los había llevado a tener que cambiarlos. Óscar repasó la hoja, le tocaban varios turnos de noche y de fin de semana. Se quejó. Conocían su situación, no era justo que le tocasen todos los fines de semana y la mayoría de las noches. Ni siquiera tenía tiempo a organizarse, porque esa misma noche trabajaba. Lo dejaron solo, quejándose. Llamó a sus padres, tenían que ir a recoger a los niños y quedárselos. Sacaría un rato para ir a verlos antes de que se quedasen dormidos. Le daba igual tener problemas, pero no iba a pasar sin verlos todo el día. Siempre les explicaba cuál era su horario y se divertían preparando lo que iban a hacer. Oliver y él combinaban sus horarios: las

gemelas, aunque todavía no tenían extraescolares, también participaban. Su madre lo calmó; lo llamarían en cuanto estuviesen en casa.

Sus padres no querían ir al chalé. Óscar se alegró porque fuese su madre quien tomase la decisión, así no tendría que dar explicaciones de por qué prefería que se quedasen con ellos.

Arancha lo llamó a las pocas horas para anular la cita. Estaban con una inspección en el trabajo. Habían aparecido varios coches de policía y estaban revisando todas las aulas y los despachos e identificando a los que estaban allí. No sabía cuánto tardarían en cansarse e irse. Se tenía que quedar para que todo se realizase con tranquilidad; lo llamaría en cuanto hallase un hueco para tener su cita.

Óscar no se sorprendió; en ese lugar podrían encontrarse varias personas que detener, entre ellos, Iñaki. Era una buena forma de asegurarse unas detenciones. No le gustaba que Arancha trabajase en ese sitio. ¿Cómo encajaría ese trabajo con una familia? No iba a dejar que sus hijos fuesen por allí. ¿Qué pasaría si en el trabajo se enteraban de quién era ella? No quería pensar en lo que Amadeo y el resto de los compañeros podrían decirle. Quizás era una señal para que dejase de imaginar un futuro y fuese despacio. No podía hacer desaparecer las ganas de estar con ella, la necesidad de sentirla cerca. Su móvil sonó, Arancha le llamaba; ya se habían ido. Él le contó que también lo iba a tener complicado porque le habían cambiado todo el horario por falta de personal.

—¿Por qué no te acercas aquí, al trabajo? Un sándwich rápido en mi oficina —le propuso Arancha.

—¿Ahora se dice así? —Arancha se rio y él se contagió de su risa.

—Tenemos cocina, te lo hago enseguida, y al menos nos vemos un ratito.

—Voy para ahí.

Cuando llegó, todos seguían preocupados y lo miraron mal al verlo. Iñaki apenas vio el uniforme, fue directo hacia él. Cuando se percató de que era Óscar, se disculpó.

—Arancha me ha contado lo que ha pasado y he venido a verla —se justificó Óscar. Se fijó en las pintas ridículas de Iñaki. Vestía una camiseta con chaleco y estaba todo lleno de tatuajes. No le extrañaba que la Policía hiciese visitas por allí.

—Supongo que quieren que sepamos que nos vigilan. Suele pasar de vez en cuando, depende de quién mande. —Arancha apareció y le dio un suave beso en los labios que hizo que Óscar se ruborizase. Iñaki se fue riendo al ver a Óscar cortado.

—¿Estás bien? —le preguntó Arancha acariciándole la mejilla—. ¿Te he molestado?

—Sorprendido, no me lo esperaba —contestó mirando alrededor cómo la gente los observaba.

—Venga, cada uno a lo suyo, dejad de mirar a mi chico —les gritó riéndose—. No estás en territorio hostil, todavía. —Arancha se rio.

—No sé si los demás opinarán lo mismo. —Ella le cogió la mano y lo llevó hasta su despacho, no sin antes colocarle un identificador de visita. Entraron y Óscar vio un despacho grande, lleno de cajas, carpetas y, en un hueco de una mesa redonda, unos sándwiches y unas bolsas de patatas fritas con unos refrescos.

—Sé que no es el mejor menú, pero nos quitará el hambre. —Él la rodeó por la cintura y ella se giró para mirarlo a los ojos.

—Lo único que necesito hoy es esto. —La besó despacio, saboreando cada segundo que la tenía entre los brazos. Arancha se separó con una sonrisa y lo abrazó. Los dos se fundieron en un abrazo.

—Va a ser difícil estar sin ti —le susurró Arancha.

—Solo serán unas semanas, y siempre podemos sacar huecos como este —le sugirió Óscar, todavía abrazado.

Se sentaron a comer y él observaba el despacho. Había varias fotos de Aline y de los hijos de Iñaki; pero las de Aline le llamaron más la atención. Óscar se sintió descubierto.

—¿Cómo tienes fotos de ella? Puede verlas todo el mundo.

—Solo quien entra en mi despacho.

—No es seguro. Has visto la pinta que tiene la gente; es peligroso para ella. Ni siquiera yo tengo fotos de mis hijos.

—Sí, veo la pinta de la gente todos los días, trabajo aquí, y siempre he tenido fotos de mi hija, de Aitor y de Inar; son la alegría de mis días. Miro las fotos y ya sonrío.

—No me parece bien, no quiero mentirte; no es seguro.

—Este es un lugar seguro, para eso trabajamos. El pasillo que hay en la zona médica está lleno de fotos de los niños y las niñas que han nacido desde que empezamos con la fundación, de sus padres y madres, de toda la vida nueva que hemos ayudado, y ellos están allí también. —Óscar movió la cabeza negando lo que Arancha le contaba—. Nunca pondría en peligro a Aline. Podrías trabajar conmigo y te darías cuenta del trabajo que hacemos aquí; los horarios serían mucho mejores —le ofreció guiñando un ojo. Óscar agachó la cabeza con el comentario de Arancha.

—No creo que pudiera trabajar en un sitio así —reconoció negando con la cabeza.

—¿Así cómo? —lo interrogó Arancha. Su tono de voz cambió. Óscar la estaba empezando a cabrear.

—No me hagas decirlo.

—Es necesario que lo digas, Óscar. Esta es mi vida. No es solo un trabajo, me apasiona lo que hago y aquí también está mi familia.

—¿Te metiste en esto por Iñaki?

—¡¿Qué?! —preguntó sorprendida.

—Se ve que su pasado... Ha estado en las drogas. Que las habrá dejado y estará reinsertado, pero... es un drogadicto. —Óscar tuvo miedo de verse descubierto.

—Uff...

—Arancha, sé que le tienes cariño, pero...

—No sigas, Óscar. ¿Has mirado los antecedentes de Iñaki? —Óscar afirmó con la cabeza. Arancha se puso de pie y empezó a caminar por el despacho—. ¿Y los míos? —Óscar negó con la cabeza—. Yo también he sido como la gente que detestas, una drogadicta, y sí, Iñaki y yo nos conocimos en ese mundo. —Arancha movió los brazos y encogió los hombros—. Supongo que hasta aquí hemos llegado.

—Así que por eso has acabado en este sitio.

—No voy a seguir hablando contigo; hablando no, justificándome. Tengo un pasado, sí; todos tenemos uno. El tuyo se ve que ha sido impecable y eso es tener mucha suerte en la vida. Te

acompañó a la entrada. —Arancha abrió la puerta del despacho y Óscar se levantó de la silla sin decir nada.

—Sé dónde está la salida. —Cuando salió, Arancha cerró la puerta. Se limpió las lágrimas que se deslizaban por el rostro sin que ella se hubiera dado cuenta antes. En la puerta, Iñaki se despidió de él. Óscar se fue dedicándole una mirada con desprecio. Iñaki subió al despacho de Arancha.

—¿Qué ha pasado?

—Que soy una basura para él. Una drogadicta —le dijo intentando dejar de llorar; su mirada la había hundido.

—Exdrogadicta.

—Para él, no. Su cara cambió totalmente. Yo creo que salió de aquí y se fue a hacer pruebas por si le he contagiado algo. He sido una idiota, una ilusa. Pensé que el amor lo podría todo, que él me querría a pesar de todo. Y estoy aquí llorando sin poder parar y él me desprecia.

—Parecía distinto. Arancha, tú no has hecho nada malo. —Iñaki le ofreció sus brazos. Arancha se refugió en ellos.

—¿Te parece poco confiar en él, creer que saldría bien? —Ella se separó, caminó por el despacho. Iñaki la sujetó del brazo y la volvió a abrazar. Le acarició la cabeza. Gema abrió la puerta y los vio. Arancha miró con la esperanza de que fuera Óscar y se sintió peor. Gema abrió los brazos y Arancha fue a ellos. De repente, la mujer fuerte y que admiraba se había convertido en una adolescente rota. Iñaki se limpió una lágrima, se acercó a Gema y le dio un beso en la cabeza; salió del despacho. Sentía la necesidad de salir en busca de Óscar y destruirlo. Respiró profundamente apoyado en la pared. Bajó en busca de Pía; necesitaba que le ayudara a controlar su ira para no estropear la situación. En ese momento, su prioridad tenía que ser Arancha.

Arancha se soltó de Gema y le acarició el vientre.

—Estoy aplastando a mis sobrinas. —Gema le limpió la cara con las manos.

—Los abrazos no les van a hacer daño. Lo siento mucho, Arancha.

—Mejor ahora, ¿no? Todavía no habíamos dado ningún paso serio. Yo no era lo que él buscaba en una mujer. Ya está. Nadie sufre, ni Aline, ni sus hijos. No salió bien. Me ilusioné demasiado deprisa, no controlé mis acciones, tenía que...

—Se acabó, no has hecho nada malo. Ilusionarte, dejarte llevar, disfrutar, nada de eso son acciones malas, él es un gilipollas y ya está. Se acabaron los policías. Si tienes que poner un uniforme en tu vida que sea el de bombero. —Arancha se empezó a reír—. Voy a por mi bolso y salimos a emborracharnos.

—Sería mejor a comer helado y hamburguesas. Con esas dos dentro, no te veo de borrachera. —Arancha se volvió a abrazar a ella—. Gracias.

—Puedo tirar de la alarma de incendios.

—No quiero más uniformes por hoy. —Pía entró en el despacho—. Ya te lo ha contado Iñaki; tendré que poner una nota en el tablón. —Pía se acercó y le acarició la mejilla.

—Quéjate cuando no tengas a nadie que se preocupe por ti, mi niña. —Arancha volvió a llorar.

—Me siento estúpida, llorando así, no me gusta llorar.

—Siempre dices que es bueno llorar y... —le recordó Pía.

—Los demás. Voy a buscar a Aline, Aitor e Inar. Vamos a comer hamburguesas y a pasear por la playa. No me van a dar tiempo de pensar en nada, ¿te parece bien? —le preguntó a Gema.

—Me apetecen hamburguesas. Déjame unirme a tus planes —le pidió.

—Nos vemos en la entrada en una hora. —Gema salió a por su bolso y a buscar a Iñaki. Pía se acercó a Arancha y esta abrió los brazos.

—Venga, que lo estás deseando —le dijo con una sonrisa triste.

—Gracias. Esto pasará, Arancha. —Se abrazaron unos minutos, en los que Arancha se tranquilizó. Solo el abrazo de Pía le daba ese calor de hogar, de madre, que tanto tiempo había necesitado—. Te llamo por la noche —le dijo al separarse. Arancha afirmó con la cabeza.

Gema buscó a Iñaki; estaba hablando con unos chicos. Él se acercó al verla con el bolso. Gema le dio un beso en los labios y se separó con una caricia en la mejilla.

—Vamos a buscar a Aline y a los chicos, y vamos a comer hamburguesas y a pasear; así que luego llegaremos todos diciendo que nos duele el estómago.

—Llámame con cualquier molestia que tengas. —Le acarició el vientre—. No vayas a ponerte de parto para que Arancha se olvide del imbécil. —Gema se rio.

—No se me había ocurrido. Si la situación se pone rara, a lo mejor lo hago. —Lo abrazó y los dos se quedaron unos minutos disfrutando del calor del abrazo. Arancha los vio y sonrió.

—Venga, suéltala ya, que hoy la necesito yo.

—Tened cuidado —les pidió y siguió con su trabajo. Con ellas fuera, estaría más ocupado.

Salieron cogidas del brazo en busca de los niños, que se pusieron felices con la comida que les esperaba. La tarde fue a mejor con las historias del pequeño y su sueño sobre una ardilla. Pasearon por la playa, disfrutando del olor a sal, de la arena en sus pies.

Arancha observaba a Aline; ella era el amor de su vida, se había esforzado tanto en ser una buena madre, en que nadie nunca pudiera decirle nada que le hiciera sentir vergüenza de ella. Y en cuanto bajó las defensas y se dejó llevar, él se avergonzó de ella, le hizo sentir una basura con solo una mirada. Gema la abrazó por la cintura y la acercó a ella. Arancha sonrió, era una suerte tenerla en su vida. Aline se acercó y cogió de la mano a su madre. Los pequeños corrían por la arena. Aline empezó a contarles su día y lo que quería hacer el fin de semana: visitar una librería, comer helado... Arancha sonreía mientras la miraba. Todo el camino que había recorrido hasta ese momento no podía menospreciarlo por el rechazo de un hombre. Gema hizo un pequeño ruido y la miraron.

—No estoy de parto, estoy agotada. Vamos a casa. Compramos algo de cena y terminados la noche viendo una película en casa. —Las dos asintieron, llamaron a los pequeños, y se fueron para casa. Cuando llegaron, Pía e Iñaki ya habían preparado la cena. Se sintió una mujer afortunada por la familia que tenía a su lado.

En casa, después de cenar y cuando el silencio lo inundó todo, pensó en Óscar. En su mirada cuando le confesó su verdad. El desprecio con el que la miró cuando salió por la puerta. En su mirada unas horas antes, en su abrazo, en sus palabras cuando le confesaba su amor. En los

planes de futuro que él le pedía que hicieran. «Se ha acabado», se dijo. «Se ha acabado. Ya no hay un nosotros, ni un futuro».

Miró el móvil de nuevo, y no encontró el mensaje que esperaba. Algo como «Necesitamos hablar, fui un imbécil». Pero no había nada. Le costaba pensar que entre ellos no hubiese quedado nada, que él pudiese borrarla tan rápido de su vida. Que no necesitase una explicación, o volver a verla. Ella no podía olvidarlo; especulaba con maneras diferentes de contarle su pasado, pero, en todas, el final era el mismo.

Óscar estaba inaguantable, no había tenido un minuto de descanso. Su nuevo horario le había hecho enlazar la mañana con la noche. Fue a hacer una visita rápida a sus hijos, los acostó y siguió con el trabajo. No quería hablar con nadie de lo que había sucedido esa mañana. Miraba el móvil esperando que apareciera algún mensaje de ella, un «Tenemos que hablar, tengo que contarte por qué», algo que le hiciera volver a verla, conocer por qué había acabado en un sitio como ese. Por un imbécil como Iñaki. Estaba seguro de que él la había metido en ese mundo y por eso seguía allí.

Sentía que lo había engañado como un tonto con lo de «tengo un pasado». Nunca se imaginó que fuera algo así, ese tipo de pasado. Una mujer como ella, dulce, trabajadora, con carácter, ¿cómo podía haber acabado involucrada con un hombre así? Quería llamarla, pedirle explicaciones, hablar. Pero su orgullo se lo impedía, él no iba a dar el primer paso. Le dolía que ella no se disculpara por mentirle que le hubiese echado del despacho. Acabó su turno agotado. Fue a buscar a sus hijos para llevarlos al colegio y abrazarlos unos segundos. Después, pasó por enfrente del portal de Arancha. Se quedó unos minutos aparcado esperando verla, que ella le viese, que todo hubiese sido un malentendido. Regresó a casa de sus padres, quería descansar. Dormir y dejar de pensar en ella eran sus planes más inmediatos.

Óscar daba vueltas en el colchón, el cansancio no lo dejaba dormir. ¿Por qué se enamoró de alguien como Arancha? ¿A cuántos habría intentado engañar como a él? «Eres idiota», se dijo. Cerró los ojos recordando su calor, el tenerla entre sus brazos, acariciar su mejilla, su sonrisa. No se veía capaz de estar con alguien con el pasado de Arancha. Volvió a mirar el móvil; la última hora de conexión de ella había sido hacía un par de minutos. Se había conectado y no le había escrito nada. Al menos no estaba bloqueado, eso le podía dar esperanzas. «¿Esperanzas para qué?», se preguntó. «No te conviene, Óscar. Olvídala, déjala ir». Apagó el móvil. Tenerlo apagado le daría tranquilidad para dormir y no esperaría ansioso a que sonase un mensaje de ella.

Óscar se ahogaba al pensar que se había acabado, que no volvería a verla. Se mezclaban sentimientos en su interior, la tristeza de no volver a verla con la rabia que sentía al estar seguro de que se habían reído de él. Se levantó sin poder dormir. Su madre le preparó un buen desayuno y él se fue con su padre al salón a ver una película,

—¿Quieres hablar?

—No —le respondió sin quitar la vista de la televisión.

—Esta es muy buena, hace poco que la han estrenado y tenía ganas de verla.

Óscar se quedó dormido a los pocos minutos de empezar la película. Su padre bajó el volumen y su madre lo cubrió con una manta. Los dos se miraron. Su hijo tenía mal de amores. Se fueron a la cocina, hablaron de sus nietos y prepararon la comida, todo en silencio para no despertar a su pequeño.

Capítulo 13



Óscar fue a recoger a sus hijos al colegio. Desde que tenía los cambios de turno, había decidido ir a buscarlos para pasar más tiempo con ellos. Veía cómo todos iban saliendo, pero sus hijos no aparecían. Se iba poniendo nervioso, algo estaba pasando. Se acercó a las profesoras, que le observaban sin acercarse. La directora del colegio salió en cuanto escuchó las voces de Óscar, después de que le dijeran que no estaba autorizado a estar allí y tampoco a recibir información de sus hijos. Acompañada de dos vigilantes del colegio, se puso enfrente de él. Sus abuelos maternos se los habían llevado. Tenían su custodia con carácter de urgencia, por situación de desamparo. Aquella mujer se lo comunicó en la entrada del colegio, delante de los demás padres y madres. Óscar notó las miradas en su espalda, no levantó la mirada y se metió en su coche. Condujo unos metros, se paró, y golpeó el volante con rabia. Gritó hasta que las lágrimas aparecieron. Cuando sintió que controlaba su rabia, se dirigió a la casa de los abuelos maternos. No iba a permitir que le quitaran a sus hijos. Habían estado esperando un fallo para actuar en su contra.

Aparcó frente a la casa y salió del coche dando un portazo. Antes siquiera de llamar, la puerta se abrió y apareció triunfante Marcial, el abuelo. Le enseñó los papeles y una orden de alejamiento. Los niños no estaban en la casa, se los habían llevado a un lugar seguro, alejados de él y de la drogadicta con la que andaba.

—Ella ya no es una drogadicta, lo fue. Es una psicóloga...

—Siempre lo será, ya has visto dónde trabaja. Allí seguro que se pasan droga y que todo es una tapadera —Marcial lo interrumpió sin perder la calma.

—No es una tapadera, es un centro donde ayudan...

—Ya te han engañado, nunca has sido muy listo. Mis nietos se quedan conmigo, no volverán a verte. Tus compañías no son nada recomendables —Marcial volvió a interrumpirlo.

—No puedes hacer eso. Piensa en ellos. ¿Por qué los vas a apartar de mí? Soy un buen padre.

—Óscar intentó controlar su voz; no podía derrumbarse delante de ese hombre.

—¿Buen padre? Te tiras a la primera que aparece como si mi hija no hubiese significado nada. ¡Una yonqui! No pueden estar contigo. Lo tengo todo de mi parte. No puedes hacer nada. Bueno, sí, no molestar y dejarnos vivir tranquilos, como tenía que haber sido desde el principio.

—Te has dado prisa en buscar los antecedentes de ella. —Se quedó en silencio unos segundos—. ¿Has tenido algo que ver con el cambio de horario? —le preguntó Óscar. A su cabeza vino también la inspección sorpresa en la fundación de Arancha. «Cómo no me he dado cuenta antes», se reprochó.

—Estoy retirado, Óscar. ¿Crees que puedo hacer algo? Soy un viejo jubilado.

—No va a quedar así. Voy a luchar por mis hijos, no voy a dejar que me los quites.

—¿Cómo vas a hacerlo? No tienes dinero, no tienes nada. —Se rio de él—. ¿Has visto tu casa? Porque los trabajadores sociales sí. No tenías comida y estaba hecha un asco. ¿Cuánto hace que no limpias?

—¿Mi casa? ¿Trabajadores sociales?

—No voy a hablar más contigo, es muy tarde y quiero descansar. También deberías llamar a comisaría, creo que tienes algún problema. —Óscar puso el pie para evitar que le cerrara la puerta en las narices.

—Tu hija te odia por lo que estás haciendo, nunca fuiste un buen padre y nunca serás un buen abuelo. Te tenía miedo y por eso accedía a hacer lo que le decíais, pero eso no era cariño. Y volverá a pasar lo mismo con mis hijos; después de esto no querrán volver a tenerte en sus vidas. —Óscar quitó el pie de la puerta, Marcial cerró de un portazo.

Sabía que ella adoraba a sus padres, pero en ese momento Marcial estaría preguntándose si eran ciertas sus palabras. Al menos había conseguido hacerle un poco de daño.

Caminó hasta su casa, a pocos metros de la de ellos. Nada más entrar, vio que todo estaba patas arriba: ropa de los niños por el salón, tazas, platos de comida... Esa no era la casa que él había dejado unas horas antes. ¿Cómo se podía haber torcido todo de esa manera? Se sentó, abatido, en una silla de la cocina. Todo era culpa de ella. ¿Cómo se atrevió a meterse en su vida? Lo había engañado desde el principio. Todo era culpa de ella.

Miró de nuevo a su alrededor, cogió el móvil y llamó a un cerrajero; cambiaría la cerradura antes de irse. No dejaba de pensar en Arancha, en Iñaki, en sus hijos... Los había perdido. Le cambiaron la cerradura mientras él intentaba sacar la basura que habían desperdigado por la casa. Era demasiada basura, tendrían que haber estado días guardándola o haberla cogido de algún sitio. Fue sacando sacos grandes. Un coche patrulla aparcó enfrente. Marcial les había avisado. La orden de alejamiento le prohibía estar allí. Óscar mantuvo la calma; vio salir a Amadeo y a Manu.

—Estoy recogiendo ropa, me voy en unos minutos.

—Te esperamos —dijo Amadeo—. Tienes que tener cuidado con ese —dijo con un movimiento suave de cabeza señalando a casa de sus suegros. Óscar los miró. Miró para la puerta de su chalé.

—No necesito nada. —Cerró la puerta con la nueva llave y caminó junto a ellos. Antes de subirse a su coche, Manu se acercó y le tocó la espalda.

—Te esperamos en el bar —le indicó Manu.

A los pocos minutos estaban en el aparcamiento de aquel bar. Óscar seguía dentro del coche, Amadeo tocó a la ventanilla y Óscar la bajó.

—No me apetece entrar.

Manu, sin decir nada, caminó hasta la entrada y sacó unos cafés a la calle. Óscar salió del coche y se apoyó en el maletero.

—Dime lo que estás pensando. Ya llevas mucho callado y te va a dar algo —le dijo a Amadeo.

—Te dije que no me gustaba y seguiste con ella. Así que estás enamorado o encaprichado o yo qué sé y con eso no puedo hacer nada, porque no vas a entrar en razón, pero lo que ha hecho Marcial no tiene nombre. Eres un imbécil, sí, pero quitarte a los niños montando todo este espectáculo, yo no lo entiendo. Pensé en Oliver y la adoración que te tiene... —Se quedó en silencio al ver cómo los ojos de Óscar empezaban a llenarse de lágrimas—. Me tienes para lo que necesites, Óscar. Declararé que eres un buen padre, que lo que pasó fueron casos aislados, lo que necesites. —Le puso la mano en el hombro.

—A mí también me tienes para lo que necesites. Fíjate que no te he pedido el dinero del café —bromeó Manu y todos sonrieron—. Lo que vi en la comisaría cuando apareció me dejó sorprendido. Todos haciéndole la pelota y nadie dijo nada en contra. Me sentí vendido; que estamos solos.

—¿Todo el mundo lo sabe? —preguntó Óscar abatido.

—Sí.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Amadeo.

—No lo sé, no sé por dónde empezar. Apenas tengo dinero para el día a día, tendré que pedírselo a mis padres, buscar un abogado, no sé...

—¿Y ella?

—No me quiere ni ver, hemos acabado.

—Si ella te ha metido en este lío, que te saque de él —mencionó Amadeo.

—Me he metido yo solo, nunca debí fiarme de ellos.

—No sé cómo eres tan imbécil, te avisé, y por unos polvos mira lo que te ha pasado. No te convenía. Si hubiera sido otra, esto no hubiese pasado.

—Estoy enamorado de ella, y creo que hubiera pasado igual; ya lo tenían pensado.

—Yo también lo creo —intervino Amadeo—. Y tú les has ayudado. Yo tampoco querría a alguien como ella con mis nietos.

Óscar movía la cabeza negando. En su cabeza estaba ella sonriendo con sus gemelas mientras les cambiaba las camisetas sucias, con Oliver en la cocina, con él abrazado. Él sí la quería en su vida, aunque fuese demasiado tarde.

—Me voy.

—¿A dónde vas a ir?

—Conduciré un rato para despejarme, necesito pensar, estar solo. Y vosotros ya hacéis bastante estando aquí conmigo. No quiero que os metáis en algún lío.

—El único que no tiene que meterse en líos eres tú. Vete a casa de tus padres, hablaré con mi chica, creo que conoce a algún abogado —intervino Amadeo.

—No hagas locuras, Óscar. Cualquier cosa nos llamas. En unas horas estamos libres, ¿vale? —le pidió Manu.

—Vale, gracias. —Se subió en su coche y arrancó. No tenía a dónde ir. Sí podía ir a casa de sus padres, pero no se sentía con fuerzas para enfrentarlos en ese momento.

Dio vueltas por la ciudad hasta llegar a su portal. Ella abrió la puerta angustiada ante los insistentes toques al timbre. Óscar, al verla, se abrazó fuerte y comenzó a llorar. Ella lo abrazó con fuerza. Después de unos minutos, lo cogió de la mano y lo hizo entrar.

—¿Qué ha pasado? —quiso saber Arancha limpiando unas lágrimas.

—Se han llevado a mis hijos. Mis suegros, sus abuelos maternos. Me han quitado la custodia de forma preventiva porque soy un mal padre, violento, descuidado, negligente y...

—Ha sido mi culpa —concluyó Arancha ante el silencio de él.

—Han visto una oportunidad y la han aprovechado. —Arancha se abrazó de nuevo a él, y él se aferró con fuerza a ella, respiró su olor—. Gracias por no echarme a patadas —le dijo separándose de ella. Arancha le limpió la mejilla.

—Óscar, siento lo que está pasando, todo es culpa mía.

—No, el único culpable soy yo. —Esta vez él la acarició—. Nunca debí dejar que ellos manejaran mi vida. Lo que vi en mi casa hace unas horas no fue algo que se les ocurrió de repente. Toda la basura esparcida... La ropa sucia de las gemelas; no recordaba cuándo fue la última vez que la vi. Se aprovecharon de que estaba perdido para ir organizándolo todo. Y en el momento que menos esperase, hacer su voluntad.

—¿Tienen tanto poder? Todo ha sido muy rápido. —Arancha no lograba entender cómo en unos días lo habían conseguido.

—El suficiente. Él ha hecho que me cambien el horario. Estoy seguro de que también mandó a la policía a la Fundación. Ha utilizado unos expedientes que él había hecho desaparecer...

—¿Unos expedientes? ¿De qué tipo? —preguntó preocupada.

—Unas peleas —confesó Óscar casi en un murmullo. Arancha se quedó callada—. Son antiguos, no soy el mismo que en aquellos años, —Óscar se sentó en el sofá, desalentado.

—Y yo he ayudado a completar el trabajo. —Arancha caminó por el salón. Se sintió culpable de lo que le estaba sucediendo a Óscar.

—No sé qué hacer, ni adónde ir. No tengo a nadie. Nadie se va a enfrentar a él. No se lo puedo contar a mis padres, se volverán locos si no los vuelven a ver. Estoy solo.

—¿Me ayudas a hacer la cena?

—¿Qué? —le preguntó sorprendido. Parecía que no lo había estado escuchando.

—Hay que cenar. Aline está a punto de llegar de piano con sus hermanos. La trae Iñaki. Hoy me toca la cena semanal. —Lo cogió de la mano y lo llevó hasta la cocina. Óscar se soltó.

—Es mejor que me vaya, Arancha. No sé qué hago aquí, no entiendo nada. Te acabo de contar... —Arancha le acarició la mejilla.

—Confía en mí, por favor. Hacemos la cena, los dejamos cenando y vamos a buscar a la persona que nos va a ayudar. Es pronto y prefiero encontrarlo de buen humor. Es mejor darle unas horas después de salir del trabajo para que se relaje. Ve al baño a lavarte la cara.

Óscar se miró en el espejo del baño. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Estaba loca o le iba a ayudar? ¿No tomaba en serio su dolor? ¿Cómo actuaría si fuese Aline la que estuviera en esa situación? Se había equivocado al estar en ese lugar.

Escuchó la puerta y el alboroto de los niños. Salió apesadumbrado. No podía esconderse en el baño para siempre. Aline lo saludó con cariño y le preguntó por sus hijos. Él le respondió que no

irían, que estaban con sus abuelos. Iñaki se encontraba en la cocina con Gema y Arancha. Se quedaron callados al verlo.

—No estás solo, Óscar —le dijo Iñaki. Óscar se quedó callado. ¿Cómo un hombre como ese podía tener una familia perfecta y él, que lo había hecho todo bien en la vida, no había conseguido nada y lo estaba perdiendo todo?

—Es mejor que me vaya, no puedo estar aquí —contestó Óscar notando cómo se iba cabreando al tener a Iñaki tan cerca.

—Te acompaño.

—Sé que lo ves todo negro, pero confía en Arancha —le pidió Iñaki tocándole el hombro. Óscar hizo un gesto de desagrado y se apartó.

Iñaki no estaba de acuerdo en que Arancha se fuese con él después de lo sucedido en el centro, pero ella estaba decidida a ayudarlo, no lo iba a abandonar. No podía dejar solos a los niños y a Gema, y su presencia solo haría que las cosas empeorasen.

Salieron en silencio, quería controlar el enfado que estaba empezando a crecer dentro de él. Óscar fue a buscar su coche, pero Arancha prefirió ir dando un paseo. Lo ayudaría a calmarse. Soltó un bufido y se dio la vuelta para quejarse.

—¿Te crees que no he visto cómo miraste a Iñaki y el gesto cuando te ha tocado? Es mejor que paseemos.

—¿Puedo saber a dónde vamos?

—Sí, a la zona de bares...

—¿De bares? —interrumpió Óscar.

—Allí estará la persona que puede ayudarnos. Seguro que ya está allí y le hemos dado tiempo a que se tome una cerveza.

—No sé qué pensar. Si te estás riendo de mí, si esto es una venganza porque lo hemos dejado. No entiendo cómo un borracho me va a ayudar a recuperar a mis hijos. —Arancha se paró, le cogió del brazo y lo obligó a encararla.

—Sé que no me conoces, que no nos conocemos apenas. Que para ti soy una basura. Has venido a buscarme; no sé por qué, pero te voy a ayudar. No me estoy riendo de ti, nunca utilizaría tu sufrimiento para hacerte daño, es que es ridículo. ¿Quién crees que soy?

—Nunca he dicho que seas una basura, no pienso eso de ti. Primero me dices que te ayude a hacer la cena y ahora me estás diciendo que vamos de bares para buscar a quien puede ayudarme. ¿Qué quieres que piense? ¿Qué es un sicario? ¿Uno de los tuyos?

—No sigas hablando porque me doy la vuelta y entonces sí que estarás solo. Creo que debemos hacer el camino en silencio. —Escuchó un «lo siento» que salía de los labios de Óscar sin mucha convicción.

Casi llegando al lugar, se pararon.

—No seas imbécil, ¿vale? Escucha, responde e intenta mantener las formas. Somos algo más que nuestro pasado, aunque tú no lo puedas entender.

—De acuerdo. —Se encogió de hombros. El paseo le había venido bien, se notaba un poco más tranquilo. Observaba a Arancha seria, no lo miraba. Estaba seguro de que estaría pensando que era un gilipollas. Intentó decir un «lo siento», pero no pudo.

Arancha siguió caminando hasta llegar a la puerta. Lo miró, respiró hondo y Óscar entró detrás de ella. Nada más ingresar, el local le dio muy mala impresión. Estuvo a punto de darse la vuelta. Era pequeño, oscuro, lleno de gente hablando por encima de la música. Todos con pintas *hippies*. Lo único que le faltaba era estar metido en otro lío por estar en ese lugar. Arancha se acercó a la barra para preguntar por Bruno. El camarero le señaló al fondo.

—Espérame aquí y no hables con nadie. —Óscar le hizo el gesto de cerrarse la boca y tirar la llave. Arancha sonrió al verlo, parecía un crío. El camarero le sirvió una cerveza.

—Las ha pedido Arancha.

«¡Qué bien!», pensó Óscar. Era una asidua de ese bar. Observó cómo ella saludaba a un hombre con pinta de *hippy* pasado de moda. Bebió un trago de su cerveza. La noche solo podía ir a peor. Vio cómo Arancha y el hombre se acercaban. Salieron a la calle sin apenas mirarlo. Si no llega a ser porque ella le cogió de la mano para que la acompañase, sería un fantasma. Aprovecharon para sentarse en una mesa vacía. Óscar observaba al hombre que debía tener unos sesenta y cinco o setenta años, pelo blanco, largo, recogido en una coleta. Era delgado, pero no demacrado por las drogas. Quizás se había cuidado mejor que otros.

—¿Qué has hecho? —le preguntó directamente a Óscar, que se había quedado sin palabras—. Para que ella esté aquí a estas horas y contigo, que no te conozco de nada, tienes que ser tú el culpable. Mi Arancha ya no es de las que trasnocha.

—Sí, viene por mí, pero no entiendo en qué nos puedes ayudar. —El hombre sonrió ante la expresión, mezcla de soberbia y de confusión, de Óscar.

—Si Arancha te ha traído es que sabe que puedo ayudarte. Soy el mejor en lo mío. —Óscar miró a Arancha.

—Perdona por venir a estas horas —se disculpó ella—. Sé que interrumpo tu momento de ocio.

—Sabes que estoy para ti y para Iñaki a cualquier hora. —Le cogió la mano suavemente y Arancha le devolvió el apretón—. Al grano, ¿qué pasa?

—Asunto principal: la custodia de sus hijos. Tiene tres niños, es viudo y los abuelos maternos le han quitado la custodia. Han averiguado que sale conmigo, una exyónqui y él tiene antecedentes por peleas, no me ha aclarado de qué tipo. —Arancha miraba a Bruno y Óscar permanecía en silencio—. Lo mezclas todo y no suena nada bien —concluyó Arancha.

—¿Cuándo fue? Le pregunto a él, porque sabe hablar, ¿verdad? —le dijo Bruno a Arancha.

—Esta tarde —respondió Óscar.

—¿Quiénes son ellos?

—Él era comisario y tiene amigos importantes. Cuando tuve los incidentes, él me dijo que se encargaría y así fue, nadie volvió a hablar de ello. Por eso, tengo una orden de alejamiento. No puedo acercarme a ellos ni llamarlos. Soy policía...

—Hueles a eso, no hacía falta la aclaración. Ya me contará Arancha qué hace con un madero violento. Iñaki estará contento —le dijo a ella sonriendo a modo de reprimenda—. Por tu edad, el nombre de tu suegro debe ser Marcial.

—Sí —le respondió un sorprendido Óscar.

—Mala persona. Siempre se creyó ministro del Interior. Fueron años muy turbios cuando estuvo al mando, pero siempre tuvo muy buenos amigos a los que les convenía que siguiese en el

cargo. A nadie le extrañó que se comprara un chalé o el coche que conducía, o las vacaciones que se pegaba siempre. Se excusaban con que era herencia de la mujer. Esa es otro bicho, una que no tenía dónde caerse muerta. En cuanto tuvo poder, amargó a todo el que se cruzaba con ella. Incluso dejó deudas en varias tiendas de Gijón que nadie se atrevió a reclamar. Vaya ojo tuviste. Espero que la hija valiese la pena.

—Fue una mujer maravillosa y una madre increíble —se defendió Óscar.

—Tampoco vamos a hablar mal de los muertos, ¿verdad? —le dijo Bruno.

—No te miento, no tenía nada que ver con sus padres —respondió Óscar.

—Mañana voy a buscar los documentos de la custodia, de la orden de alejamiento y tus papeles de agresión, ¿me voy a encontrar solo dos?

—Sí. La primera fue cuando entré en el cuerpo. Una detención que no supe controlar de forma reglamentaria. Estaba empezando y...

—Siempre tenéis una excusa —lo interrumpió y le hizo un gesto para que siguiera hablando.

—La otra fue una noche de fiesta, un empujón que se fue de las manos. No estaba en un buen momento. Un mal comentario y... —Bruno lo volvió a interrumpir.

—No me lo estás poniendo fácil, ¿has pegado alguna vez a tus hijos?

—No, nunca.

—¿Ni una cachetada, un azote? ¿Levantar la voz? ¿Algo por lo que te puedan tener miedo?

—No, nunca —repitió.

—Le he visto con sus hijos, no es agresivo ni le tienen miedo —intervino Arancha.

—Una cosa es lo que tú veas en el escaparate, Arancha, y otra, lo que hay en el almacén. Te lo he dicho muchas veces. ¿Acaso sabías que tenía expedientes por violencia cuando lo conociste?

—No.

—Si fueras otro, te pediría todo lo que pudieras aportar en contra de ellos, pero siendo quienes son, no sé si encontraré algo. Tampoco creo que ellos entren en razón y quieran devolverte a tus hijos ahora que los tienen. Va a ser difícil, pero puedo encontrar gente que quiera cobrarles alguna deuda. Tendremos que buscar enemigos comunes.

—¿Ya tienes a alguien en la cabeza? —le preguntó Arancha al ver su mirada.

—Sí. Hay un chico que está empezando en los juzgados. Es juez, y el comisario amargó a su padre hasta que pidió el traslado. Ahora el chaval es el que tiene el poder. Ha hecho grupo con otro chico y una chica. La nueva generación no se va a andar con miedos, y todos lo tienen de enemigo común por diferentes motivos. En principio, voy a pedir una orden para que no los puedan sacar de España, ni de Gijón siquiera. —Bruno apenas lo miraba, tenía sus ojos fijos en el móvil y no paraba de escribir.

—Sé que no están en el chalé, pero pensé que estarían en la ciudad. No pueden sacarlos de Asturias y menos de España. —Óscar sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo ante la idea de perder a sus hijos, de que los alejasen de él, de no saber dónde estaban o dónde los podían llevar.

—Sí que pueden. Teniendo su custodia, orden de alejamiento, y siendo tú un violento y siendo él quien es, sí, puede. ¿Sabes dónde pueden estar?

—Tienen una casa en Llanes.

—¿Algún sitio más?

—Que yo sepa no —respondió Óscar intentando pensar en alguna conversación donde pudieran nombrar otro lugar—. Conocen mucha gente...

—Dime la dirección de esa casa. —Bruno marcó un número, la repitió por teléfono, dio unas instrucciones que Óscar no llegó a entender, y colgó la llamada—. He llamado a un amigo que va a estar pendiente de que no se muevan de esa casa —aclaró ante la mirada de Óscar—. Tiene narices que sigan viviendo en el chalé de aquí y encima tengan otra casa. Me voy, paga tú —le dijo a Arancha. Se acercó a ella y le dio dos besos. A Óscar le puso la mano en el hombro—. No hagas nada, pero nada, ni llamadas, ni verlos de lejos, ni mensajes, nada, ¿me has entendido? —Óscar asintió con la cabeza—. Quiero que me lo digas, ¿me has entendido?

—Te he entendido.

—Vigílalo —le pidió a Arancha, y se fue. Ella entró a pagar y salió enseguida. Óscar la esperaba quieto en la puerta del bar. En su cabeza se repetían las preguntas de Bruno. Nunca había pegado a sus hijos, no le tenían miedo, no recordaba haber levantado la voz nada más que para llamarles cuando se alejaban. Esa noche no les metería en la cama, no se levantaría a darles agua, no sabía dónde estaban, ni siquiera si seguían en Asturias. Arancha, al verlo desamparado, se colgó de su brazo.

—Es de los buenos —le susurró al oído. Él seguía parado.

—No había pensado que se los pudieran llevar de aquí, y menos fuera de España. —Necesitaba salir corriendo, encontrar dónde estaban. Arancha le cogió la cara entre las manos; vio su mirada angustiada.

—En unos minutos estarán vigilados y sabrás dónde están. Si pasa algo, estoy segura de que sabrán qué hacer. Vamos a casa. —Arancha paró un taxi. No creía que Óscar pudiese mantenerse en pie por mucho tiempo. Subieron al vehículo y ella recibió un mensaje de Bruno: «Óscar está suspendido de empleo y sueldo. No sé si lo sabe». Arancha levantó la mirada.

—¿Qué ocurre? —preguntó asustado.

—Estás suspendido de empleo.

—No me comentaron nada. —Recordaba la conversación con sus compañeros—. Él me dijo que tenía problemas en el trabajo, pero pensé que era por... Me ha dejado sin trabajo. Estoy hundido. —El móvil volvió a sonar. Le confirmó que estaban en el chalé de Llanes. Bruno le repitió que lo vigilase, cualquier pequeña acción de Óscar podía empeorar las cosas. Lo mejor era que se quedase en casa.

—Están en Llanes, no es mucho, pero sabes dónde están. —Óscar le apretó la mano sin quitar la vista de la ventanilla, no quería ponerse a llorar en el taxi.

Llegaron en apenas unos minutos. La casa estaba en silencio. Lo llevó hasta su dormitorio y ella salió; necesitaba comprobar que Aline estaba durmiendo. Le dio un beso en la frente, la arropó y volvió al lado de Óscar.

—¿Está dormida?

—Sí, siento mucho ser la causante de tu dolor, del dolor de tus hijos. No puedo imaginar qué sucedería si no pudiera ver a Aline, si no supiera dónde está. —Arancha se sentó a los pies de Óscar. Él le cogió la mano y la levantó. Le indicó que se sentase a su lado. Y la rodeó con su brazo. Ella se abrazó a él. Saber dónde estaban sus hijos le había dado una paz que necesitaba. Sentir el abrazo de Arancha hizo que su cabeza parase por unos segundos.

—¿Te acuerdas de que era un gilipollas? Tengo que dejar de serlo. Nunca se me pasó por la cabeza que podrían hacer esto. Acepté muchas situaciones porque compartíamos un dolor, una pérdida. Su única hija había muerto; solo le quedaban sus nietos. Si hubiese sucedido al poco de fallecer ella, es muy posible que no hubiese hecho nada. Estaba seguro de que estarían mejor sin mí; era un padre horrible. Pero ahora sé que soy un buen padre, que me quieren y que yo voy a dar mi vida por volver a tenerlos a mi lado. —Arancha levantó la cabeza buscando la mirada de Óscar, le acarició la mejilla y le sujetó la mano—. Espero que tu *hippy* me ayude. —Arancha le golpeó el hombro y él sonrió—. Gracias por no dejarme solo. —Le dio un beso en la frente y Arancha se levantó de su lado.

—Dúchate. Tengo esta ropa vieja que te puede quedar bien. Es mía, no sé si te importa. Antes me gustaba llevar toda la ropa ancha. No te veo pidiéndole ropa a Iñaki. —Óscar levantó la cabeza y sonrió.

—Tengo que ir a casa de mis padres a hablar. No quiero que se enteren por ellos.

—Están durmiendo, déjales unas horas de tranquilidad. Dúchate y preparo el desayuno.

—Así que me tienes vigilado —le dijo mirándola a los ojos.

—Es mi trabajo. —Óscar se acercó para darle un beso, pero Arancha lo paró al ver sus intenciones—. No es el momento. Cuando estés con tus hijos hablaremos de nosotros. Vamos poco a poco. —Arancha salió del dormitorio sintiendo ese cosquilleo que él le hacía sentir en todo su cuerpo, su calor tan cerca. Tenía que poner distancia. Óscar estaba en un momento vulnerable, no podía dar un paso del que luego se arrepintiese. No podía dejar que la rechazase dos veces.

Él se duchó, se puso ropa limpia y se tumbó en la cama. Se quedó dormido al instante. Arancha lo cubrió con una manta cuando fue a buscarlo para desayunar. Lo observó, era tan perfecto mientras dormía. Todo lo vivido en las últimas horas lo había superado. No sabía si sería capaz de estar con alguien que tuviera antecedentes por violencia. Con sus hijos era un amor, pero si unas horas antes Iñaki le hubiese dicho algo más, ¿habría sido capaz de pegarle? Arancha sonrió. El perfecto Óscar tenía un pasado nada perfecto. Lo dejó descansar. Por el momento no podían hacer nada más. Regresó a la cocina. Necesitaba recuperar fuerzas; sería un día complicado.

Capítulo 14



Iñaki ya estaba en la cocina cuando ella entró. Arancha se asustó al verlo, tendrían que hablar de los antecedentes de Óscar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó preocupado.

—Está difícil. Su suegro es un conocido comisario de aquí y no es conocido por ser buena persona. Y él también tiene antecedentes por... violencia.

—¿Qué?! —Iñaki dejó la taza en la encimera y se acercó a ella.

—Pegó a un compañero y a un detenido; fue hace muchos años.

—Arancha...

—No es... —intentó defenderlo, pero Iñaki la interrumpió.

—No digas nada, no quiero a alguien así a tu lado, ni al de mi hija. Ya le has ayudado bastante. Su tema ya está en manos de Bruno, no tiene nada que hacer aquí, que se vaya...

—No es tan fácil, Iñaki. Está solo y yo... Todo es culpa mía —susurró Arancha. Iñaki la observó unos segundos.

—Arancha, nada es culpa tuya. Esa gente habrá conseguido la forma de hacerse con la custodia de una forma nada legal. Sabemos lo que tardan las cosas, y que en un par de días tenga todos los papeles... no me gusta, es peligroso.

—Bruno se va a ocupar de todo. Si hubiese peligro, me lo dirá. ¿Por qué no os quedáis con Aline unos días?

—¿Se va a quedar aquí?

—Sí, al menos esta noche. No puedo dejarlo solo, y me siento culpable por mucho que él ha dicho que no y que tú también lo digas. Tengo que ayudarlo.

—Arancha y su necesidad de recoger a todos los cachorritos indefensos. —Iñaki colocó la mano encima de la de ella, que descansaba en la encimera. Arancha la apretó.

—Lo aprendí de ti —se defendió con una sonrisa.

—No me gusta. Voy a respetar tu decisión, pero estaré pendiente de él. No me sirve con llevarme a Aline. También me preocupas tú y quiero conocer los expedientes.

—De acuerdo. Cuando Bruno los tenga, le diré que te mande una copia. —Arancha se soltó de Iñaki—. Voy a despertar a la familia. —Salió nerviosa de la cocina, no le gustaba discutir con

Iñaki y más si sabía que tenía razón. Siempre había tenido buena intuición y estaba segura de que podía confiar en Óscar. Deseaba que lo que sentía por él no la llevase a cometer un error. Entró en la habitación de Aline, que ya estaba despierta y jugaba con sus hermanos. Se habían quedado a dormir en la habitación de invitados, para darle algo de normalidad a la situación de encontrarse allí a Óscar y a la marcha precipitada de ambos. Ayudó a Gema a incorporarse; cada día se sentía más pesada.

Desayunaron todos juntos mientras Óscar seguía durmiendo. Arancha iría más tarde a trabajar. Iñaki y Gema llevarían a los niños al colegio y así ella vigilaría a Óscar. Después de comprobar que seguía en la misma posición, regresó al salón y se tumbó en el sofá para no molestarlo. Se quedó dormida. No duró mucho; escuchó la voz de Óscar. Estaba alterado y hablando por teléfono. Su madre se había enterado de lo que había ocurrido porque su consuegra la había llamado para preguntarle por la marca de leche preferida de las gemelas. Intentaba tranquilizar a su madre, diciéndole que ya estaba todo en manos de abogados y que no podían hacer nada por el momento. Solo esperar y no perder la calma. Le contó que estaba con una amiga que lo estaba ayudando. Óscar se dio cuenta de que Arancha estaba en la puerta, mirándolo.

—Me pasaré en un rato por ahí. No hagáis nada, y quedaos tranquilos —se despidió de sus padres—. La ha llamado para que se enterara. Es...

—Café y unas tostadas —le interrumpió Arancha poniéndole el dedo en los labios.

—¿Y un abrazo? Lo necesito —le pidió Óscar. Arancha se abrazó a él y Óscar la apretó con fuerza.

—Necesitas comer algo. —Le cogió de la mano y caminaron hasta la cocina—. Pronto estarán contigo, volverán a comer arena, a volverte loco para bañarlas. Volverá la normalidad.

—No deseo otra cosa. Voy a aprender a cocinar para hacer todas las mañanas pasteles, galletas, magdalenas. Cenaremos helado y les compraré un perro. Oliver siempre ha querido uno y le he estado dando largas. Los peces siempre se nos mueren. Espero que un perro sea más fácil de mantener vivo.

—Que aprendas a cocinar me parece bien, te ayudaré con los menús; pero lo de comprar un perro me niego; lo adoptarás. —Óscar sonrió en ese momento.

—¿Eso significa que todavía me quieres en tu vida?

—Siempre voy a querer en mi vida alguien que sepa cocinar. Y más si son dulces. —Óscar se acercó a ella.

—Gracias por estar a mi lado, después de haber sido un imbécil contigo. Nadie más me hubiese abierto la puerta.

—Me siento culpable, no tienes que darme las gracias; es mi trabajo, me dedico a esto, a solucionar problemas, a encontrar a la mejor persona para resolver el peor problema.

—También los traes a casa. —La miraba. Había puesto distancia entre ellos.

—Si es necesario, sí. —Se encogió de hombros.

—Ya —murmuró él. Ella se acercó y le acarició el pelo. Se quedaron en silencio, en calma. Se separó de él y le sonrió. Le dio un beso en la mejilla; no podía dejar de tocarlo.

—Vamos a tomar café a la Fundación, a mi trabajo —propuso Arancha. No podía estar a solas con él—. Tienes que portarte bien y ser amable con todos, y con Iñaki. —Óscar resopló y ella salió de la cocina riéndose—. Venga, que no es tan difícil. —Óscar salió detrás—. Te prometo

que no te van a obligar a comprar droga, o a tomarla. No sé qué hay en tu cabecita. Al café solo le echamos azúcar; bueno, los hay que le echan edulcorante. —Le dio toquecitos en la frente con el dedo índice. Arancha se ruborizó al sentir la mirada fija de Óscar, que se había puesto tan serio que sus ojos la traspasaban. Él le acarició la mejilla y le dio un pequeño beso en los labios. Arancha se separó.

—Tengo que ir a ver a mis padres.

—Te acerco a su casa y luego vamos al centro.

—No me vas a dejar solo.

—No. Eso sí, te espero en el coche; no creo que les caiga muy bien.

Óscar no tenía ganas de verlos, pero no le quedaba otra opción; tenía que pedirles que se mantuvieran tranquilos. Aprovechó para cambiarse de ropa y coger una pequeña bolsa con algo más. No sabía si pasaría la noche en casa de Arancha. Miró la bolsa cerrada. Ella no le había dicho nada; decidió dejarla encima de la cama. Se despidió de sus padres, les hizo prometer que no harían nada. Era mejor que ni atendiesen al teléfono, porque les pondrían nerviosos con preguntas de todo tipo. Su exsuegra siempre había sido una bruja y estaba seguro de que los llamaría para atormentarlos.

En apenas un rato ya estaban en el trabajo. Todos fueron amables con Óscar. Iba sin uniforme y con el pelo sin gomina; parecía más amable. Iñaki se acercó.

—Aquí no eres policía, y no toleramos la violencia de ningún tipo. Tenemos una conversación pendiente. Voy a estar vigilándote. ¿Te queda claro?

—Sí —respondió Óscar. Aquel hombre lo impresionaba, más en ese momento que él no llevaba uniforme; se sentía desprotegido en ese ambiente. Se quedó mirándolo mientras este se alejaba. Iñaki podía temer su conducta con Aline y con Arancha. Ahora era él quien podría no quererlo cerca de su familia. Cómo había cambiado la situación en apenas unas horas.

—¿Estás bien? Es que... —Óscar asintió con un gesto de cabeza.

—No tienes que disculparle. Entiendo lo que está pasando por su cabeza.

—Vamos a dar un paseo por el edificio. —Se cogió de su brazo. Lo presentó a toda la gente que trabajaba allí y a algunos usuarios.

Se encontró con Pía, que lo recibió seria. Arancha la disculpó abrazándose a ella.

—Es mi madre adoptiva. Claro que no tiene edad para tener una hija tan mayor, apenas es unos años mayor que yo —bromeó.

—Iñaki me ha contado lo que te ha pasado con tus hijos. Estás en buenas manos, pero tienes que armarte de paciencia y no cometer ninguna estupidez. Sabes que tus hijos van a estar bien, eso es lo más importante. Así que toca esperar. Tenemos unos cursos de control de la ira, Iñaki ya te ha apuntado; empiezas esta tarde. Después Arancha te dice dónde se imparten.

Óscar miró a Arancha; los secretos no formaban parte de su vida, todas las personas de su alrededor debían conocer ya sus antecedentes. Arancha le apretó el brazo con cariño.

—Es a las cuatro. Ya conoces a la profesora, es Gema —le informó Pía.

—Vale —aceptó Óscar sin saber muy bien qué pintaba en esos cursos. Para él solo había sido algo puntual.

—¿En qué tienes pensado trabajar? —le preguntó Pía, que no le quitaba la mirada de encima.

—En lo mío. Esto serán unos días, unas semanas, y luego volveré.

—Vete pensando en otro trabajo. Si te han vendido una vez, te venderán más. Esos expedientes no han salido solos; tiene que haber varias personas detrás que estuvieron de acuerdo. A partir de ahora te convertirás en la diana de todos los problemas. Y no te conviene, estás luchando por la custodia de tus hijos. Necesitas algo estable, horario fijo.

—No lo había pensado. —Óscar estaba confundido y preocupado porque esa mujer tenía razón. Habían sacado unos expedientes olvidados de hacía seis años y le habían sancionado por ellos. Amadeo y Manu se lo dijeron, aunque en ese momento apenas los escuchaba. Todo el mundo le hacía la pelota. Toda su vida se estaba desmoronando en cuestión de horas. Se rascó la cabeza, que estaba empezando a dolerle.

—Ella es nuestro pepito grillo y, como siempre, creo que tiene razón —le contó Arancha dándole otro suave apretón en el brazo—. ¿Crees que hay algún puesto para él?

—¿Aquí? —le preguntó Pía incrédula.

—Sí —intentó parecer segura.

—Arancha, no lo veo trabajando aquí.

—No tienes buena opinión de mí, yo tampoco la tendría. Te entiendo —la interrumpió Óscar.

—Primero, tiene que hacer el curso. Después de la evaluación, lo decidiremos. Puede ayudar a Rodrigo; necesita un ayudante, siempre se está quejando, pero no sé si él encaja en el puesto o es muy arriesgado, o lo podemos mandar al campo. Tienes buenos brazos para trabajar,

—¿Al campo? —preguntó Arancha.

—Arancha, es que lo único que tengo es con Rodrigo. ¿Tienes estudios?

—No.

—Lo suponía, no te ofendas —le dijo a Óscar al ver el gesto que hizo de sorpresa. Llevaban unos minutos hablando como si él no estuviera—. Supongo que hay personas que prefieren tenerte cerca —dijo Pía observando la expresión de Arancha. Los dos se sonrojaron como adolescentes.

—Es por lo de sus hijos —se excusó Arancha.

—Sí, claro. Entonces Rodrigo, con las clases de defensa personal, es la opción que queda. Si no aprueba el curso o Rodrigo no lo ve preparado, se queda fuera, ¿está claro?

—Sí —respondieron los dos la vez.

—Rodrigo te puede enseñar cómo lo hace él. Las clases son solo para mujeres, aquí la mayoría son mujeres —le informó Pía—. Puedes ir viendo cómo lo hace, y si todo va bien y él te ve preparado, lo cubres en vacaciones.

—Me parece estupendo —intervino Arancha feliz.

—Nunca he dado clases, no creo que se me dé bien... —confesó Óscar.

—Rodrigo es muy buen profesor, puedes aprender de él. —Óscar la miró. Confiaba más en él de lo que él confiaba en sí mismo. Los dos sonrieron.

—Siento interrumpir el momento, pero hay que ir paso a paso. Puedes asistir de espectador y vamos viendo. En principio, si todo va bien, sería a jornada completa, e iríamos variando. Hay niñas que les apetece venir los sábados y domingos. Así que podrías descansar lunes y martes. Y les daríamos la opción de venir por las tardes, podemos poner nuevos cursos —les propuso a Óscar y a Arancha.

—Me parece muy buena idea. Voy a mirar el calendario, horas, y lo consulto con Iñaki —aceptó Arancha.

—Ya sabes, tenemos un puesto, de ti depende, y aquí no juzgamos a nadie, es un lugar seguro donde aprender a construir un futuro a pesar del pasado. Aquí dejarás de ser policía. Arancha será tu jefa, al igual que Iñaki y yo. Piénsalo detenidamente. Y no te olvides, a las cuatro tienes una clase. Os veo luego. —Se fue sin darle opción a decir nada.

—Me encantaría que trabajaras aquí, pero solo si te ves capaz. Rodrigo tiene clases hoy, le diré que estarás de espectador, puedes pasear por el centro. Pero primero vamos a desayunar, que estoy muerta de hambre. —Arancha se volvió a coger de su brazo para guiarlo hasta el comedor.

Óscar se sentía como un adolescente en el primer día de instituto, se sentía observado y, a pesar de que Pía le había dicho que allí no se juzgaba, sentía que lo estaban juzgando o quizás juzgaban a Arancha por estar con él. Ella, una luz en la oscuridad, ¿qué podía haber visto en alguien como él? Las personas con las que se encontraban la saludaban con cariño y ella se lo devolvía con una sonrisa. En el comedor preparó unos cafés y unos bocadillos que devoró en minutos. Se despidió de él. Si la necesitaba, estaría en su despacho. Mientras, podía conocer el centro.

Óscar se quedó parado en medio de la entrada de aquel edificio, mirando a la gente pasar. Estaba abrumado. Un curso en unas horas y que no sabía de qué iba, un nuevo trabajo del cual dudaba que sirviese para eso. No estaba acostumbrado a tomar decisiones él solo. Siempre las habían tomado por él. Primero, sus padres; después, su esposa y sus suegros. Ser policía era algo que había querido desde siempre, un trabajo fijo. Su esposa le había hablado de lo bien que vivían sus padres, de que para él sería fácil entrar. Sintió una fuerte palmada en la espalda que lo sacó de sus pensamientos.

—Tú debes ser mi sustituto, soy Rodrigo. Me dijeron que buscara a un tipo fuerte parado en la entrada.

—Sí, soy yo, pero no lo tengo decidido y todavía tengo que hacer un curso —se disculpó Óscar. Rodrigo lo observó de arriba abajo y esbozó una sonrisa.

—Muy mal tienes que estar para no pasar el curso. Ven, ¿por qué no observas una clase? Tengo el grupo de las que siempre me corrigen, pero bueno, los hay peores —le contó Rodrigo.

—¿Por qué le corrigen?

—Todas han vivido malas experiencias en la calle, así que ya saben el factor que juega el miedo cuando alguien te ataca. Y trátame de tú, que no soy tan mayor. Gran parte del tiempo de clase es como una terapia, hablan de sus experiencias. El ritmo lo marca el momento; es algo que tienes que aprender, escucharlas y, con el tiempo, aprenderás qué necesitan.

—Sí, vale.

—Lo bueno de que vengas de la Policía es que ya habrás vivido muchas tragedias, y tienes un fondo hecho para no ponerte a llorar. —Óscar se dio cuenta de que las noticias corrían rápido en ese lugar.

—No sé qué decirte.

Entraron en el gimnasio, donde se escuchaba a las chicas alborotar y saludar con cariño y bromas a Rodrigo. Lo presentó como un observador, para decidir si le sustituía en verano. Todas lo saludaron divertidas y con comentarios de lo bueno que estaba. Rodrigo les avisó de que no se

entusiasmaran porque era el chico de la jefa. Empezaban la clase hablando del día anterior, recordando lo que habían aprendido, hacían estiramientos y hablaban de algún ataque que habían tenido y cómo podían solucionarlo. Óscar escuchaba atento a las chicas mientras las observaba. Tendría como mucho veinte años la más mayor. Todas habían sufrido algún tipo de abuso o violación. Óscar se estremeció solo de imaginar que sus hijas pudiesen vivir algo así cuando fuesen creciendo. No eran noticias de un periódico o sucesos que le comentaban los compañeros; eran mujeres reales, niñas a su lado. Se estremeció al escuchar a una de las más jóvenes contar su historia. Arancha lo encontró absorto, mirando la clase; se acercó y le tocó suavemente el hombro.

—Bruno ha venido a verte, está en mi despacho. —Óscar se levantó y la acompañó en silencio. Cuando entraron, se estaba tomando un café.

—Te cuento, siéntate. —Arancha se iba, pero Óscar la retuvo cogiéndole la mano. Ella se quedó a su lado—. Ya tenemos la orden para que no los puedan mover de Gijón. Los tenían en Llanes, como dijiste. Estaban con la abuela. Esta tarde ya tienen que estar en el domicilio oficial de los abuelos. Se les acabó lo de cambiarles de dirección. Tú no puedes acercarte a tu casa. Hay algo que también quiero saber: ¿Cómo te has comprado ese chalé? Porque está a tu nombre, ella no aparece. ¿Por qué?

—Nos lo recomendó un abogado, amigo de la familia creo que era, no recuerdo el motivo, pero me pareció bien. Para la entrada, mis suegros y mis padres nos ayudaron y me he matado a trabajar, he estado días sin apenas dormir —se defendió Óscar.

—¿No hay nada ilegal? —preguntó mirándolo fijamente.

—No, todo es legal.

—Es que, con un sueldo, es bastante llamativo que pudieras comprarla, que te dieran la hipoteca.

—Fue una oferta, lo vimos como una inversión. Quería estar cerca de sus padres, por los niños...

—¿De verdad eres tan tonto? —quiso averiguar sin quitarle la vista de encima.

—No sé qué quieres decir, pero sí estoy empezando a pensar que debo ser bastante idiota. ¿Por qué lo dices?

—¿No te pareció que era demasiado barato, incluso con la rebaja del precio? Ese chalé era de tu suegro, de una empresa fantasma. Los adquirió hace años y los ha ido vendiendo. Supongo que por eso estaba solo a tu nombre, así su hija no aparecía por ningún lado y, en caso de que pasase algo, ella quedaría limpia. ¿Qué vas a hacer con el chalé? No sé si te puede tener pillado por ahí, y también necesitas una estabilidad, ser solvente y mejor si es solo con un trabajo y no dos. Por lo que he averiguado, no estás bien de dinero desde hace tiempo. —Óscar lo miró sorprendido—. Tengo mi forma de conseguir información.

—No sé si puedo venderlo. Tengo un lío de papeles. Me hicieron firmar documentos cuando ella murió. No sé ni lo que firmé. Fue el día del entierro. Llegó mi suegra con varios documentos, diciendo que todo era por el bien de mis hijos. No iba a dudar de una madre que acababa de perder a su única hija. Firmé todo lo que me dio, sin leerlo. Podría haberles dado la custodia, sin sospecharlo. Al año, intenté vender la casa, pero no pude por uno de los

documentos. Todo es un lío. No lo volví a intentar porque vinieron a reclamarme que si quería alejarlos de ellos, que era lo único que tenían. No quise problemas, no estaba para dramas.

—No me sorprende nada. Como te dije, ella es una arpía. ¿Tienes los papeles?

—Sí, en la casa.

—Dame las llaves, iré yo. ¿Dónde están? Tú no vas —exigió viendo que Arancha iba a intervenir—. No quiero que te metas en líos, esa gente no es buena. Le he prometido a Iñaki que te mantendrías alejada.

Óscar le dio las llaves y le indicó dónde podía encontrarlos. Le preguntó si necesitaba algo más de allí. Le pidió ropa y unas fotos de sus hijos. Bruno acudió acompañado de otras personas por si hubiese peligro. Y era una forma de advertirles de que Óscar no estaba solo, que tenía protección.

En pocos días, consiguió poner en venta la casa, aunque los abogados de los abuelos se lo pusieron difícil. Como Óscar le había dicho, utilizaron uno de los papeles que ellos le hicieron firma y en donde la propiedad del chalé quedaba un poco ambigua. La amenaza de investigar el patrimonio y el origen del chalé y el porqué de ese documento surtió efecto. En apenas unas horas dieron autorización para que saliera a la venta. Solo reclamaron el dinero que ellos habían puesto para la adquisición del hogar. La intención de Bruno era que Óscar se deshiciese de la casa, aunque no sacase dinero. Era mejor no tener ningún tipo de lío legal con ellos. Aceptó el trato en cuanto se lo propusieron. Solo quedaba que Óscar también aceptase.

Capítulo 15



Se despidieron a la salida de la fundación. Óscar iba a casa de sus padres. Había sido un día demasiado intenso. El curso con Gema le había dejado tocado y todavía le quedaba hablar con sus padres sobre por qué estaba suspendido de empleo. Esa mañana no lo había aclarado; le daba vergüenza hablar de ello delante de sus padres, que lo tenían como el mejor de los policías y siempre que tenían ocasión presumían de hijo. Su madre comenzó a llorar y su padre renegaba con la cabeza.

—Siempre te estaba metiendo en problemas.

—Mamá, fui yo el que se metió en las peleas; ella no tuvo nada que ver,

—No te estoy quitando la culpa, tú eres el único culpable. Pero ella siempre estaba metiendo cizaña, que si alguien la miraba mal, que si mira lo que me ha dicho, no vas a defenderme, eres un cobarde... Cuántas veces tuve que morderme la lengua para no meterte en líos con ella. Cuántos días me quedé sin verlos por no discutir. —Óscar la miraba incrédulo—. Sí, hijo, era una digna sucesora de su madre. Toda la ropita que encontré al fondo del armario y que nunca se las ponía porque les picaba, me decía. Y tu padre, cuántas humillaciones sufrió por parte del otro que se creía superior. ¿Y todo para qué? Para que nos los quiten y para que acabaras con expedientes por violencia.

—No sé qué decir, mamá.

—Qué vas a decir si estabas cegado por ellos y no parabas en casa —le reprochó su padre—. No te educamos así, no para que vayas de matón,

—Y no tuviste bastante con ella que te metes con otra peor. Cómo vas a meter a tus hijos en casa de esa. Normal que aprovecharan para quitarte la custodia, se lo has dado en bandeja de plata —intervino su madre.

—Sé que su pasado suena mal, pero es su pasado, ella está reinsertada, tiene una carrera, un trabajo y una hija.

—¡Pobre hija! —exclamó la madre.

—Dadle una oportunidad, me está ayudando.

—Es lo mínimo después de que ella sea la culpable.

—Los culpables son los abuelos; les hubiese dado igual la mujer, me habrían quitado la custodia igual... Estoy enamorado de ella, mamá; es una mujer maravillosa.

—Entiendo que estés enamorado, hijo, ¿pero no puedes elegir a alguien normal, sin problemas? Hazlo por tus hijos, necesitan un buen ejemplo. Piénsalo antes de dar ningún paso. No vuelvas a cometer el mismo error.

—Déjalo, si al final va a hacer lo que quiera —intervino su padre para terminar ya el asunto.

—Ella es diferente y sé que me vais a decir que todas son diferentes; pero, cuando la conozcáis, dadle una oportunidad, por favor.

Óscar salió de casa de sus padres con la cabeza a punto de explotar, le daba vueltas a su relación con Oana. ¿De verdad era como le decían? Él recordaba la idea de una madre dulce, paciente y cariñosa. En su cabeza, empezaron a llegar momentos en los que salían de fiesta y tenía que controlar su carácter, cómo poco a poco solo salían con ellos algunos amigos de ella. Siempre tenían movidas donde iban. Pero no era culpa de ella, ¿o sí? Dudaba de cómo era su pasado. ¿De verdad le tenían lavada la cabeza, con sueños de ser alguien importante? Seguir los pasos de su suegro. Las dudas del pasado se le juntaban con las dudas del presente. Decidir si encajaba en un trabajo totalmente diferente, donde Arancha sería su jefa y también Iñaki. Si aceptaba, no podía abandonarlo, le había insistido en que necesitaban a alguien constante en quien poder confiar. Óscar fue a casa de Arancha.

—No podía estar con mis padres. Mi madre no para de llorar porque cree que no va a volver a verlos. Mi padre, de reñirme por lo que hice. Hasta mi hermana me ha llamado para recriminarme que me había advertido sobre ellos. Me he convertido en un adolescente pidiendo refugio. —Arancha se apartó y lo dejó pasar.

—Están preocupados, es normal. Son sus nietos, pasaban mucho tiempo con ellos. No poder hablarles ni verlos los angustia.

—Sí, lo entiendo, pero me agobia más estando allí. Es que hemos vivido dos pasados diferentes. Todo lo que me han contado sobre ellos, sobre ella, yo no lo viví así.

Arancha encendió una lámpara del salón para tener una luz tenue. Óscar se dejó caer en el sofá.

—¿Has cenado?

—No, me vieron y se pusieron a llorar. Luego vinieron los reproches...

—Espérame aquí.

Arancha apareció a los pocos minutos con un trozo de tortilla de patatas y un vaso de agua. Óscar lo devoró en apenas unos segundos. Ella volvió a traerle otro trozo. Y esta vez se lo comió más despacio. Lo observaba decidiendo si preguntarle de su pasado, a qué se refería con dos pasados diferentes, pero lo veía tan agobiado que dudaba si hacerlo.

—Gema me contó que ha ido bien la clase, que te costó al principio, pero que luego te abriste —confesó Arancha rompiendo el silencio—. Es normal que hablemos de los... pacientes. —Óscar escondía la mirada en el plato vacío.

—Me da vergüenza que habléis de mí. No quiero que haya secretos entre nosotros, pero...

—Lo entiendo, hablaré con ella. Gema se encargará de tu caso.

—Sé que necesitas, necesitáis saber que no va a ver peligro, que no soy un violento, pero fue la primera vez que... conté cosas íntimas, sentimientos; soy un idiota.

—No lo eres, es difícil abrirse y ese será tu lugar seguro.

—Tú eres mi lugar seguro —le confesó mirándola a los ojos. Arancha sintió cómo su cara se iluminaba y contuvo las ganas de tirarse a los brazos de Óscar—. Si me das una oportunidad, claro.

—Tendré que pensarlo. Tu pasado... No eras el policía perfecto que aparentabas —sentenció Arancha. Óscar la miró y ella esbozó una sonrisa.

—Me lo merezco. Te daré tiempo y aprobaré el curso; haré todos los cursos que queráis. Quiero una vida a tu lado.

—Cuando esto acabe olvidaremos nuestros pasados, tanto si tenemos una relación de pareja como de amistad. Nunca nos lo echaremos en cara en una discusión, ¿qué te parece?

—Me parece bien. Del único pasado del que quiero hablar es de cuando te vi enfrente de la mesa, diciéndome que mi cita estaba en el baño con su ex.

—Vale. Yo hablaré de que te gustan las canciones de Rocío Dúrcal y el *Equipo A*.

—Llegas tarde, Oliver ve el *Equipo A* con mi padre. Tengo fotos de él disfrazado de Murdock. —Óscar sacó el móvil y se las enseñó.

—Me encanta. ¿Cómo puede ser tan guapo? Podemos disfrazarlos a los cuatro el próximo carnaval. Tendrás que hablarle a Aline de la serie. —Óscar la observaba mientras ella pasaba sonriendo las fotos. La sujetó por la mejilla y la besó. Disfrutó de sus labios suaves, de sus lenguas deseándose. Arancha se separó—. ¿Qué tal con Rodrigo? ¿Te ves de profesor? —Recogió el plato y caminaba hasta la cocina—. Voy a calentar leche, te vendrá bien. —Óscar la siguió.

—No sé si serviré para eso. Escuché apenas dos historias de unas niñas; no las puedo llamar ni chicas ni jóvenes; eran unas niñas. Una contaba cómo un novio de su madre la había violado. Y ella se culpaba por no haber cerrado la puerta de su habitación. No sé cómo Rodrigo y tú podéis hacerlo. Es devastador. Soy policía, tendría que estar acostumbrado, pero lo mío son las multas, las peleas de borrachos. Nada así.

—Es un trabajo duro y a veces horrible. Pero no tienen a nadie más. Somos su esperanza, su lugar seguro —dijo Arancha sonriendo. Óscar le devolvió la sonrisa y le cogió la mano—. Necesitan que estemos a su lado. Como tú dices, son niñas. No te diré que te acostumbrarás, pero sí que aprendes a vivir con ello. Te sientes bien cuando las ayudas, cuando puedes darles un abrazo, cuando ves que tienen un futuro. Se sienten protegidas, y saben que vamos a cuidar de ellas. Pía te lo ha ofrecido y tiene que confiar en ti, en que no lo abandonarás.

—¿De qué os conocéis? Me sorprendió que dijeras que es tu madre adoptiva.

—Te lo vi en la cara. Ella fue la que me salvó la vida y la de Aline también. ¿Estás seguro de que quieres conocer la historia?

—Sí —dijo convencido.

—Fui a un centro de salud. Me encontraba muy mal, Iñaki estaba muy preocupado y los dos nos presentamos como unos cachorritos abandonados. Ella estaba allí, con su sonrisa amable. Me trató con el cariño y la educación que hacía mucho tiempo que nadie me brindaba. Me pidió que entrara con ella en la consulta y lo hice. Iñaki se quedó fuera, nervioso. Me hizo preguntas como cuándo había sido la última vez que había tenido la regla. No lo recordaba. Me hizo una prueba de embarazo, que salió positiva. Desde ese momento se convirtió en nuestro ángel de la guarda.

Nos ayudó a Iñaki y a mí a dejar las drogas y el alcohol; nos dio un hogar y nos acompañó a cada consulta. Y eso que apenas nos llevamos diez años de diferencia, pero desde el principio vimos en ella a una madre.

»Pía tenía una hermana mayor a la que adoraba, y que ella también adoraba, era su consentida, tenían una diferencia de edad de siete años. Se metió en las drogas y nunca recibió ayuda de la familia. Murió sola, en la calle. Sus padres nunca hicieron nada por ayudarla. Cuando Pía nos vio, vio a su hermana y sintió la necesidad de salvarnos. Tuvimos mucha buena suerte. Fue la primera vez que pudimos confiar en alguien, que nadie nos pedía nada a cambio, que siempre tenía y tiene una sonrisa y un abrazo. No te imaginas lo que cambiamos en apenas unos meses. Cuando nació Aline, nos ayudó mucho. La pequeña tuvo que pasar un tiempo en una incubadora, después de operarla. Si la vida no la hubiese puesto en nuestro camino, todos estaríamos muertos. No es una exageración. Iñaki y yo éramos unos desechos sin ninguna motivación, solo dos personas que sufrían, que no podían avanzar. Estábamos derrotados y lo habíamos aceptado. Cuando Iñaki me obligó a ir al médico, fui para no morirme en la calle. Para no causarle problemas. Pensé que era mejor en un sitio en donde sepan qué hacer si me muero. Pía me dio vida.

—Arancha, me he quedado sin palabras.

—Pues ya lo sabes, no puedes decepcionarla y tienes que obedecerla en todo. Siempre voy a estar de su parte. Tendrás que hacer muchos méritos para que pueda darte la razón. Pía siempre va a ganar. —Óscar se acarició la barbilla y se rio.

—Te lo prometo, no tendrá quejas de mí. Voy a ser un profesor perfecto... ¿y una pareja perfecta?

—Las dos cosas tendrás que ir trabajándolas. —Arancha le acercó el vaso de leche.

—¿Trabajáis juntas desde hace mucho?

—Sí, le encantó la idea cuando se la propuse, y ella conocía a mucha gente que nos ha ayudado desde el principio, como Rodrigo y Bruno. —Arancha se quedó en silencio unos segundos.

—La Fundación y lo que hacéis... ¿es idea tuya?

—La idea sí, llevarlo a cabo y que todo funcione es trabajo de todos. Sin Pía e Iñaki nada hubiese sido posible, y luego el trabajo y la implicación de todos los que has conocido. Lleva muchísimo trabajo diario, por eso necesitamos gente que también le guste lo que hace. Las situaciones muchas veces son muy duras, pero también tenemos apoyo externo para nosotros. Cuando termines los cursos, si no quieres seguir con Gema, tenemos psicólogos con los que también trabajamos...

—¿Y tú? —le preguntó rodeándole la cintura.

—¿Ahora quieres que sea tu psicóloga?

—Quiero tenerte cerca, no quiero que te alejes de mí.

—Seguro que no me haces caso en nada o no te atreves a contar algo que con un desconocido es más fácil. —Apoyó su frente en la de ella.

—Quiero contártelo todo. Bueno, tampoco tengo ya más secretos.

—Aunque nos lo contemos todo, cuando veas que no puedes, alguien de fuera siempre viene bien, te da otro punto de vista. —Respiró hondo el aroma de óscar. Y se separó.

—Dame unos minutos más —le pidió. Ella lo abrazó—. No quiero decepcionarte, Arancha. Tengo miedo de , según me vayas conociendo, ocurra eso. Tengo tu cara grabada cuando te conté lo de los expedientes —le confesó protegido en su abrazo. Ella era lo único que tenía seguro en ese momento de su vida.

—Tendremos que ir conociéndonos, ¿no? —Él la abrazó más fuerte. Ella le acarició el pelo.

—Te acompaño a la habitación —dijo separándose de él. Le cogió de la mano—. Tengo una habitación de invitados que tiene baño propio. Ven, vas a estar muy bien.

—Gracias...

—Dámelas cuando estés con tus hijos. Ahora, vamos a dormir. Descansa. —Lo besó en la mejilla.

Dejó a Óscar en la puerta, viendo cómo se alejaba. Habría sido tan fácil dejarse llevar, perderse en su boca, dejar que él la besara, sentir sus caricias, terminar juntos deshaciendo la cama. Pero no quería que fuese en un momento en el que se sentía débil, que sentía que le debía algo. Fue a la habitación de Aline, que dormía en paz; la arropó y se fue a su dormitorio. Se tumbó y se levantó de un salto. Tenía a un hombre durmiendo en su casa, en una habitación a pocos metros de ellas y no tenía miedo. Se sentía tranquila de tenerlo en casa. Sonrió. Le gustaba sentirse así con él en casa.

Si antes estaba enamorada de él, en ese momento no tenía dudas de tenerlo en su vida. El nuevo Óscar que estaba descubriendo le encantaba.

Él cerró la puerta del dormitorio y se tumbó en la cama. ¿Sería capaz de callar el pasado de Arancha? ¿Y el de Iñaki? ¿Olvidar todos sus prejuicios, sus miedos? ¿Amaba a Arancha lo suficiente? ¿Su pasado sería un obstáculo? Ella lo había metido en su vida sin problemas, sin recriminarle nada, sin miedos. La amaba más de lo que recordaba haber amado a nadie. La mujer que amaba era también con su pasado. Se estremeció al pensar en lo que Arancha podría haber vivido. Después de escucharla hablar de cuando conoció a Pía, ella le había dejado entrever que estaban solos en el mundo. ¿Qué habría pasado con sus padres? ¿Con los de Iñaki? Recordó el cumpleaños; no había ninguna figura de abuelo, todo eran personas de su edad. No recordó ver a Pía allí. Un pasado que había superado, que los dos habían superado. Quizás los antecedentes de Iñaki se debían a malos tratos. Su voz y su cuerpo actuaron muy diferente después de saber lo de sus antecedentes de violencia, nada que ver con el hombre tranquilo y relajado que le amenazó en el cumpleaños; eran dos hombres diferentes. Si lo aceptaba era porque quería a Arancha, al igual que todos allí.

Necesitaba un presente con ella, y un futuro. Pensó en sus hijos, los imaginó a su lado, a las gemelas abrazadas a él. A Oliver, moviéndose mientras dormía. Sabía que estaban bien, que no les iban a hacer ningún daño. Pero no podía evitar que le hablasen mal de él. Que les metiesen en la cabeza ideas de que él los había abandonado, que no los quería, incluso de Arancha. Solo quería volver a la noche de la cena, donde se reían y hablaban, y todos eran felices. Esa sensación de paz que sintió, de extraña felicidad al observar a las gemelas hablando con Aline, a Oliver haciéndole preguntas a Arancha. De nuevo sus ojos se llenaban de lágrimas. Los necesitaba; escuchar sus voces, sus peleas, sus abrazos, arroparles en la cama. Aquella noche dejó salir todo el dolor que había intentado ocultar para no salir corriendo. «Están bien, no pienses en ellos», se repitió muchas veces. Pero en ese momento no estaba con ellos.

Capítulo 16



A la mañana siguiente, Óscar escuchó a Aline y a Arancha hablando de su situación. Aline le decía a su madre que estaba segura de que el tío Bruno conseguiría que volviesen con Óscar. Sintió el ruido de una silla moviéndose y entró; no quería que saliera alguna persona y lo encontrara en la puerta escuchando. Dio los buenos días y se sirvió un café; se sentó al lado de Aline. Ella le ofreció una tostada de su plato que él aceptó con una sonrisa.

—El tío Bruno lo va a conseguir, pronto estarán contigo —afirmó Aline.

—Yo también espero que lo consiga; los echo mucho de menos. —Se limpió una lágrima.

—Puedes llorar, estás triste, no pasa nada. —Aline le dio una servilleta.

—Gracias, pero es que, si empiezo, me vendré abajo y no puedo.

—No pasa nada por verte abajo. Nosotras te ayudaremos a levantarte cuando no puedas.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó mirándola, incrédulo—. Yo diría que unos veinte o más. —Arancha y Aline se rieron.

—Tengo diez, voy a cumplir once; pero soy muy madura para mi edad, siempre me lo dicen —confirmó orgullosa.

—Espero que cuando los míos dejen de comer arena se parezcan un poco a ti.

—Todos somos diferentes y eso es lo bonito de la vida, nadie tiene por qué parecerse a otra persona. —Óscar la miraba alucinado—. Tus gemelas son muy diferentes entre ellas, una es tranquila y le gusta pintar, y la otra no para quieta, dejando todos los juguetes por medio.

—¡Bendito desorden! Cómo lo echo de menos —dijo Óscar y se rieron al escucharlo.

—Bruno es muy bueno. Si no pudiese conseguir la custodia, te lo habría dicho desde el principio; así que está seguro de que lo conseguirá —lo consoló Arancha.

—Yo voy a ser abogada como él, y trabajaré en su despacho. Quiero ayudar a todos los niños y niñas que necesiten un abogado.

—Me parece un buen trabajo, ¿no quieres trabajar con tu madre y tu padre?

—Ellos ya se ocupan de la Fundación; yo quiero hacer otra cosa. Además, puedo hacer las dos cosas.

Óscar se quedó observándola unos minutos. Miró a Arancha. Quería preguntarle a Aline sobre su relación, pero dudaba si Arancha estaría de acuerdo. Ella le acercó otra tostada.

—Aline y yo hablamos hace unos días de qué le parecería ser la hermana mayor, de nuevo, y le pareció bien. Cree que puede ser mucho trabajo cuando nazcan sus hermanas, pero lo ve viable. —Aline afirmó con la cabeza.

—Te ayudaré con el trabajo —le dijo Óscar con una sonrisa. Arancha le cogió suavemente la mano y él la apretó.

—¿Qué vas a hacer hoy? —le preguntó Arancha.

—Hablar con Pía. He decidido aceptar el trabajo y seguir con el curso hasta que Gema me apruebe. Necesito cambiar mi vida, mi cabeza, y estoy seguro de que las dos cosas me ayudarán. También lo hago por mis hijos. Si ven que he superado ese curso será algo que aportar para recuperar la custodia. También por vosotras; quiero demostraros que he cambiado, y no quiero que Iñaki se preocupe.

—¿Estás seguro de tenerme de jefa? Puedo ser un poco insoportable —bromeó Arancha.

—¿Tú? Eso es imposible. —Óscar miró a Aline.

—Sí puede ponerse pesada. Yo también tengo mis días. —Óscar se encogió de hombros.

—Acepto de todas formas. —Levantó su taza de café para brindar y ellas se unieron al brindis. Mientras recogían la mesa, Óscar se atrevió a contarle lo que tenía en la cabeza:

—Anoche no pude dormir y estuve dándole vueltas a ideas sobre las clases, una especie de curso.

—Dime —le animó Arancha intrigada.

—Cómo actuar cuando quieres denunciar, las preguntas que hacemos..., que hacen —se corrigió—. Cómo asegurarte de que está bien hecha. Las chicas son muy jóvenes y tienen que aprender qué decir, qué no decir... A veces es necesario saber qué no decir; solemos tener muchos prejuicios. Aunque eso está cambiando.

—Me encanta la idea. Creo que puede ser interesante para todos. Pueden ensayar contigo.

—Sí, puede ser.

—Vámonos ya —propuso Arancha terminando su café de un trago—. Quiero contárselo a Pía y a Iñaki.

Dejaron a Aline en el colegio, donde se encontraron con Iñaki y Gema. Óscar caminaba tenso, no sabía cómo actuaría Iñaki al verlo. Gema lo saludó y le dio dos besos. Iñaki permaneció unos segundos en silencio, haciendo que Óscar estuviera más incómodo. Se acercó a él y Óscar estiró la mano, pero Iñaki lo abrazó. Óscar se quedó sin saber qué hacer ante la mirada divertida de Gema y Arancha. «Bienvenido a la familia», le susurró al oído. Óscar respondió con un «gracias», nervioso.

—No lo estarás amenazando de nuevo —le advirtió Gema.

—Eres mal pensada. —Pasó su brazo por el hombro de Óscar—. Creo que podemos ser buenos amigos; está trabajando por cambiar y tiene todo mi apoyo.

—¿Habéis estado hablando de mí? —preguntó Óscar algo avergonzado. Arancha se acercó a Iñaki y le dio un beso en la mejilla. Iñaki soltó a Óscar y se cogió de la mano de Gema para ir al trabajo.

—Acostúmbrate —le dijo Gema entre risas.

—Me ha dicho que tienes solución; y ella es la mejor, nunca se equivoca —le contó Iñaki.

—Eso te lo voy a recordar —bromeó Gema. Iñaki la besó en los labios.

—No sé si me acostumbraré —confesó Óscar.

—La parte buena es que siempre te diremos cuándo hablamos de ti. No nos escondemos, ni vamos a criticarte cuando te des la vuelta. —Arancha se cogió del brazo de Óscar y él le dio un beso en la cabeza.

—Supongo que eso está bien. —Se quedó observando la pequeña familia que formaban los tres. Y donde él deseaba entrar. Era algo tan real. El buen rollo que había entre ellos, que no se podía fingir. Sintió vergüenza al recordar lo que le había contado a Gema, el niño flacucho al que siempre pegaban en el colegio, en el instituto lo mismo, y tuvo que aprender a defenderse. Todo lo que pasó en aquella época sin decírselo a nadie; sus padres trabajaban todas las horas que podían para pagarle un buen colegio, una buena educación, y él solo deseaba salir de allí. Su cabeza hizo un clic; él estaba repitiendo el patrón, un buen colegio, una buena educación y con esa idea en su cabeza los había matriculado en un colegio carísimo en el que apenas los podía ver. El dinero nunca llegaba. Pensó en su casa, en lo fácil que habría sido su vida si se hubiese negado a comprar una casa que estaba por encima de sus posibilidades, un colegio que no se podían permitir.

Arancha lo trajo de vuelta apretándole el brazo; estaba contándoles su idea, entusiasmada. Iñaki observó cómo la miraba Óscar, sin dejar de sonreír y con los ojos brillantes. Entonces, recordó lo que ella le había comentado de cómo él miraba a Gema. Se le iluminaba la cara mirándola.

—También puedes enseñarles cómo evitar una paliza —sugirió Iñaki. Gema le dio un pequeño golpe en el brazo y este sonrió—. Lo digo sin ánimo de molestar, pero creo que él sabe cómo pegan. Las niñas pueden aprender cómo cubrirse la cabeza, por ejemplo. No sé si pegan igual a una mujer que a un hombre. Si alguien las ataca, que puedan percibir si tienen instrucción de algún tipo. Todos los datos sirven para salir con vida.

—Sí, puede ser, pero no tengo ni idea de cómo organizarlo.

—Te ayuda Arancha, es una experta en hacer los cursos, los capítulos, los niveles. Ten paciencia porque te lo puede cambiar mil veces hasta que esté perfecto. No le importa echarle horas. Es la mejor —concluyó Iñaki.

—Me gusta que todo esté claro y ordenado —se disculpó ella.

Llegaron al centro hablando de los posibles niveles y cómo organizarlo. Arancha se fue con Óscar a la cafetería para seguir hablando de ello mientras tomaban un café. Gema acompañó a Iñaki a su despacho.

—Por un momento pensé que estabas celoso —le insinuó Gema al cerrar la puerta del despacho. Caminó hasta el sofá y se sentó. A esas alturas del embarazo, aquel paseo la había agotado.

—Lo estoy y me siento raro. No sé cómo llevaré tenerlo aquí, en sus vidas. Cuando Aline lo abraza, me muero. —Se sentó al lado de Gema—. Ayúdame, eres mi psicóloga.

—Es normal, eras el único gallito del corral. —Se rio.

—No me había fijado en cómo miraba a Arancha. Me recordó a cómo me dijo que te miraba a ti. Sentí una mezcla de todo, pena, celos, rabia. Es que... nunca le pude dar eso. ¿Y por qué él? Alguien que la despreció. ¿Y si vuelve a hacerlo? ¿Y si cuando recupere a sus hijos la deja? De

verdad que quiero tener buena relación con él. Voy a esforzarme. Ya me has visto. Está yendo al curso, va a trabajar aquí, pero...

—Va a estar en la vida de Aline —interrumpió a Iñaki. Él la miró con una sonrisa.

—No quiero que Aline sufra, es mi niña, es tan sensible, no quiero que vea a su madre sufrir, que les haga daño. Él ya viene con hijos. Estoy aterrado por lo que pueda pasar. Uf, es difícil. Sabía que algún día Arancha se enamoraría, pero podría haber sido de alguien fácil, sin problemas.

—Todos tenemos problemas, mi amor. Arancha es una mujer inteligente, no va a dejar que le haga daño a Aline. Ninguno vamos a dejar que le hagan daño. —Gema se quedó pensativa.

—¿En qué piensas?

—¿Yo fui fácil? —Iñaki se rio.

—Sí —le respondió—. Te amé desde que te vi. Todo lo que me hacías sentir era algo mágico que nunca había sentido por nadie. Fue fácil darme cuenta de que te amaba, lo difícil fue tener las fuerzas para decírtelo, creer que te merecía. ¿Qué ibas a hacer con alguien como yo? Luego, me di cuenta de que también tenías tus manías, que no eras tan perfecta. —Gema le golpeó suavemente en un hombro. Los dos se rieron. Iñaki la besó y la abrazó, protegiéndola en sus brazos—. Eres mi mundo, Gema. Desde que te vi aparecer por la puerta con ese traje de chaqueta verde, el pelo recogido en una coleta, y me sonreíste. Me diste dos besos, a mí, con mis pintas. Sentí taquicardia, me dejaste sin palabras.

—Pensé que eras tartamudo. —Iñaki le levantó la barbilla para mirarla a los ojos.

—No entiendo la vida sin ti, Gema. Eres la única que me da luz en mi oscuridad. Eres mi mundo. Daría la vida por la familia que tenemos sin dudar. Pero por ti respiro. Nunca imaginé que podía sentir algo tan maravilloso por alguien. —Gema lo besó y se colgó de su cuello.

—Te amo, Iñaki —le susurró mientras cogía aire, y siguió besándolo.

Óscar asistió a la primera clase de la mañana con Rodrigo, intentando aprender todo lo que pudiese. Después tendría su curso y prefería no pensar en él. Era difícil sacar todos sus sentimientos y exponerlos delante de desconocidos y de Gema, sabiendo que luego Arancha e Iñaki podían enterarse. Se centró en la clase, en observar a Rodrigo. Tendría que aprender a ser más natural, Óscar se veía todavía encorsetado en su papel de policía y mantenía las distancias. Rodrigo las escuchaba. Si notaba que necesitaban un descanso o un abrazo, lo hacía y paraba la clase unos minutos. Se notaba que llevaba muchos años trabajando allí.

Bruno acudió a visitarlos a última hora de la mañana. Se quedó en la puerta, observando la actitud de Óscar. Si Arancha confiaba en él, no le quedaba más remedio que hacerlo también. Todavía le parecía incomprensible que lo tuvieran tan engañado durante años; y lo que le iba a contar... Tenía miedo de su reacción. Gema apareció acompañada de Arancha. Óscar los vio en la puerta, cuando una de las chicas se las señaló.

—Alguien se ha metido en líos, viene la artillería.

—Vienen por mí. —Óscar resopló y caminó hasta la puerta. Bruno le estrechó la mano cuando lo tuvo cerca.

—¿Mis hijos están bien? ¿Les ha pasado algo? ¿Se los han llevado?

—Están muy bien y siguen aquí. Tenemos que hablar de otras cosas. Vamos a un sitio tranquilo. —Arancha les señaló una sala de reuniones que tenían cerca. Óscar respiró aliviado al saber que estaban bien. No entendía la presencia de Gema. Arancha se acercó y colocó la mano en el pecho para reconfortarlo. Él colocó la suya encima. Se sentaron cerca. Bruno le miró unos segundos y sacó todos los papeles de su maletín. También sacó su ordenador y lo encendió.

—No tengo buenas noticias, el caso se ha complicado. Voy a decirte la verdad, Óscar. Los padres de ella han presentado un testimonio en donde dice que las gemelas no son tuyas, por lo que no puedes reclamar la custodia.

—Eso es mentira, son mías, son iguales que yo, todo el mundo lo dice —le interrumpió Óscar.

—Óscar, van a presentar unas pruebas de ADN, están convencidos. Ante la noticia, hemos investigado y hemos comprobado que tu esposa sí tenía una relación paralela. Lo siento, Óscar. Encontramos una *tablet* en tu casa, la analizaron y, al estar vinculada a su móvil, en su correo había mensajes que intentaban que fuesen cifrados, pero no lo consiguieron. Solo había que confirmar los lugares. El atropello fue a la salida de uno de sus lugares, un pequeño hotel. Él está casado. Se conocieron en el colegio de Oliver al poco tiempo de que él empezara allí; es un profesor. No hemos comprobado si llevaban más tiempo, solo hay datos de las fechas de cuando empezó el colegio. Una buena noticia es que no creo que acepte hacerse las pruebas de ADN porque podría romper su matrimonio, claramente; pero depende de lo que le ofrezcan ellos. Por la vida que llevan no creo que unas gemelas encajen bien. Y ha tenido varias relaciones más. Sería destapar la caja de pandora si acepta lo que ellos le piden.

Bruno observaba cómo Óscar se iba haciendo pequeño; el estallido de ira que esperaba no apareció. En su lugar estaba un hombre acabado, llorando.

—Óscar, ¿me escuchas?

—Son mis hijas, son mías, Bruno. Me da igual lo que diga el ADN, no me las pueden quitar, son mías —balbuceó entre lágrimas. Bruno se levantó y le tocó el hombro; se sentó más cerca.

—Vamos a hacer todo lo posible para que vuelvan contigo. Las leyes también te protegen. Tú las has criado, tienen un vínculo contigo y eso importa. ¿Quieres hacerte las pruebas? Quizás sí sean tuyas.

—Son mías, no voy a hacerme ninguna prueba. Soy su padre —recobró algo de fuerza al decir aquellas palabras.

—Lo bueno es que de Oliver no hay dudas —intentó bromear Bruno.

—Bruno —le recriminó Arancha.

—Es una buena noticia —dijo Óscar esbozando una pequeña sonrisa.

—Lo que he dicho, otra buena noticia: el chalé. He tardado más en conseguir que aceptaran venderlo que en encontrar comprador. Te vas a librar de él en unos días. Te quedarás sin nada, pero podrás pagar todas las deudas a tus padres, a los padres de ella, la hipoteca... Quedarás sin deudas.

—No sabes las ganas que tengo de quitarme de encima esa casa.

—¿No quieres saber quién es el comprador?

—No, pero si me lo dices será por algo.

—Es el hermano de un hombre que se suicidó en prisión por culpa de Marcial. Manipuló todas las pruebas y lo inculpó para salvar al hijo de alguien importante. No sé qué intenciones tiene, pero no creo que vaya a ser un buen vecino.

—¿Mis hijos? —preguntó preocupado.

—Ellos están a salvo. No te preocupes, tenemos un trato. Además, cuando tengamos la custodia, que la tendremos, aunque nos lleve más tiempo, quiero pedir un régimen de visitas estricto para ellos. Se lo vamos a poner difícil. Tengo mucha gente que quiere saldar cuentas con él. Tú ocúpate de buscar un sitio donde vivir. Ya sabes: limpio, cómodo, ordenado, con lo necesario. También estoy trabajando para que los puedas ver un ratito, aunque sea con supervisión. Para que vean que no eres violento y que tienes muy buena relación con ellos.

—¿De verdad?

—Sí. Lo estás haciendo muy bien, tengo los informes que me han pasado Gema y Pía sobre tu evolución en el curso y en el trabajo. Todo eso es muy favorable. Sé que es muy difícil no saber nada de ellos. Y que estás haciendo un gran esfuerzo por no buscarlos. Así que sigue así, no entres a ninguna provocación. Con la nueva carta que han sacado sé que va a ser más difícil, pero es muy importante mantenerte al margen; así también tendremos más oportunidades de demostrar que no eres violento. Cualquier llamada que venga de ellos o de un desconocido, primero me llamas a mí. —Óscar lo miró extrañado—. Imagínate que te llaman de un número desconocido diciendo que tu hija se ha caído y que está grave. No hagas nada, respira hondo, mantén la calma y me llamas. Comprobaré si es verdad y actuaremos en consecuencia.

—Me espero cualquier cosa de ellos, supongo que pueden caer tan bajo. Sabían que ella tenía un amante y lo de mis hijas —manifestó Óscar.

—Él irá viendo los nombres de la gente que lleva tu caso y se asustará. Procurará que cometas un error. Sabe que lo de la paternidad no es una carta segura. ¿Quieres saber su nombre?

—No, me da igual lo que ella hiciera, está muerta. —Óscar se quedó callado—. Me gustaría saber sus razones, qué la llevó a tener un amante, qué sentía por mí, sé que perdimos la pasión y que nos centramos en nuestros hijos, en llegar a fin de mes, lo que le pasa a todo el mundo; pero... no puedo saber qué la llevó a actuar así. Quizás estaba enamorada, no sé... Nunca noté nada; éramos normales, creo.

—Solo vemos el escaparate, Óscar.

—Recuerdo que se lo dijiste a Arancha. —Esbozó una pequeña sonrisa—. Pero no es lo mismo, Arancha y yo nos estamos conociendo, no teníamos una vida en común, muchos años juntos.

—Seguías viendo lo que ella quería mostrarte. Era complicado que fuera diferente a su madre o a su padre. Sé que son prejuicios, pero no me suelo equivocar. Me voy. En uno o dos días te llamaré para ir a firmar la venta del chalé y hablaremos sobre las visitas a tus hijos. Soy optimista con eso, así que tú también puedes serlo.

—Necesito abrazarlos —dijo Óscar. Intentaba no pensar en ellos, no obsesionarse con lo que estarían haciendo, cómo estarían, si comían bien, si le echaban de menos, para no volverse loco e ir a buscarlos. Pero cada hora se le hacía más difícil no saber de ellos. Nunca pasó por su cabeza que echaría tanto de menos el caos de su vida. —Bruno le tocó el hombro.

—Confía en que pronto estarás con ellos. Y vosotras, vigiladlo, sobre todo tú —le pidió a Arancha.

—Te acompaño —le indicó Gema y los dejó a solas.

—Muchas gracias, Bruno —le despidió Arancha dándole un abrazo antes de que saliera.

Cerró la puerta y se quedó observando a Óscar; estaba devastado. Su familia perfecta, por la que tanto había luchado, no era así. No imaginaba la sensación de enterarte de que tus hijas podían no ser tuyas, que no conocía a la mujer con la que había estado la mayor parte de su vida.

—Tranquila, no voy a hacer nada, no voy a volverme loco ni voy a ir a buscarlos ni a averiguar quién es ese hombre. Le dije la verdad, no quiero saber nada. Son mis hijas. Tengo un hijo y dos hijas, eso no va a cambiar nunca. No necesito ninguna prueba y su madre seguirá siendo una buena madre, que los adoraba a los tres y a mí —expresó sin levantar la mirada de la mesa.

—Podemos tomarnos la mañana libre, soy tu jefa —le dijo acercándose y colocándole la mano en el hombro. Óscar se la sujetó. La miró a los ojos.

—Necesito unos minutos y volveré al trabajo; prefiero estar ocupado. —Arancha salió y lo dejó solo. Sabía que era lo que necesitaba para poner en orden la cabeza. Pero, aun así, quería quedarse a su lado, abrazarlo, cogerle la mano, hacerle saber que estaba a su lado. Se quedó parada en el pasillo esperando que saliera. Vio a Iñaki aparecer a los pocos minutos.

—¿Está dentro?

—Sí.

—Déjame a mí.

Abrió la puerta y lo observó; seguía igual a como Arancha lo había dejado: caído encima de la silla.

—¡Venga, necesito ayuda! —le dijo Iñaki dando una palmada para traerlo de vuelta—. ¡Vamos arriba, que se van sin nosotros!

—¿Qué?

—Que te vienes a la finca. Tenemos que hacer otra huerta y arreglar unas cercas que se han roto; nos va a llevar mucho tiempo. Gema se queda contigo —le indicó a Arancha—. O mejor tú con ella, como veáis. Lo mejor es que hagamos noche allí.

—Vale —acertó a decir Arancha. Y le dio un breve beso en los labios que Óscar convirtió en un abrazo.

—Venga, que nos están esperando —le recordó dándole una palmada en la espalda.

—Parece que mi día empeora —bromeó Óscar al oído de Arancha; se despidió con un beso. Ella los vio salir del centro con otro grupo de jóvenes.

Nada más llegar a la granja, Iñaki lo puso a descargar todo el material que llevaba. No se despegaba de él, y lo retaba si no podía cavar más rápido. Consiguió alguna sonrisa de Óscar y un «me voy a chivar a las chicas». Iñaki lo observaba. No sabía cómo se tomaría él una noticia como la que acababa de recibir. Había estado engañado por su esposa, a la que siempre había considerado la mujer perfecta.

—Se acabó por hoy. Te invito a unas cervezas sin alcohol, porque aquí está prohibido, y esperamos la cena. Te vas a quedar sin palabras cuando pruebes las hamburguesas.

Caminaron hasta la zona de merendero y se sentaron en dos sillas, sintiendo el frío de la noche.

—Gracias por traermi; necesitaba sacar toda la rabia que llevaba dentro.

—Te voy a traer más veces. Con esos brazos me haces todo el trabajo tú solo. —Iñaki levantó el botellín y brindaron.

—¿Gema te lo contó?

—Sí, está preocupada. Lo que te ha pasado puede ser un detonante para que pierdas la cabeza.

—No la voy a perder, son mis hijas.

—¿Estás seguro de que no quieres una prueba de ADN?

—Sí, las he tenido en mis brazos desde el minuto uno de su vida. Es verdad que estuve ausente; pero, desde que ella murió, mis hijas son el motivo de levantarme por las mañanas, las únicas que me sacan una sonrisa. Son mías. No imagino una vida en la que ellas no estén, que no me llamen papá y me pongan cara de cachorrito cuando quieren más helado. No necesito pruebas. Tengo un hijo y dos hijas. Voy a luchar por los tres.

—Bruno y su equipo son los mejores, y más si está Marcial de enemigo. He oído historias terribles de ese hombre. Bruno le tenía ganas y le has dado un motivo para ir a por él.

—¿De qué lo conocéis? Arancha habla muy bien de él y Aline también.

—Llegó a la Fundación hace unos años, le avisamos cuando su hijo apareció allí; estaba muy mal. Bruno le había perdido la pista cuando apenas tenía seis años, su exmujer se lo llevó fuera, y hace veinte años era imposible encontrar a alguien. El chaval se había metido de todo, huyó de su madre y de la pareja de su madre nada más cumplir los dieciocho. Sufrió malos tratos y no tenía ni idea de cómo buscar a su padre. Apareció en Gijón porque nos lo acercó un compañero del hospital, le habían dado el alta y no tenía dónde ir. Empezamos a investigar, huellas dactilares, teníamos un contacto y tuvimos suerte: tenía carné de identidad de cuando era un niño. Nos pusimos en contacto con Bruno. Todo nos parecía mucha casualidad porque habíamos colaborado con él en otros casos. Se hicieron las pruebas y sí era su hijo.

—¿Está vivo?

—Sí, viven y trabajan juntos. Nuestro trabajo muchas veces sale bien. Ya lo verás.

—¿Puedo hacerte otra pregunta más personal? —Iñaki lo miró con media sonrisa.

—La quiero mucho, pero no estoy enamorada de ella en secreto, ni ella de mí. Estoy enamorado de Gema con todos los sentidos, con todo mi cuerpo. Arancha es mi buena suerte, sin ella no tendría vida.

—No suena a que no estés enamorado.

—Solo lo sabe Gema: cuando conocí a Arancha, esa tarde había tomado la decisión de suicidarme. Vivía en un lugar abandonado, no tenía nada de comida, llevaba días donde apenas había comido, y no podía regresar a mi casa. Todavía me dolían los golpes de la última vez. La policía pasaba de mí. Mi padre era policía, así que sabía bien cómo convencerles a todos de que yo era un mal hijo y mi madre una torpe. Estaba decidido y sentía una paz que nunca había sentido; iba a dejar de sufrir. Tenía una carta en mi sudadera para que supieran mis datos y ya está, nadie me iba a llorar. No sé de dónde salió, se chocó conmigo. Estaba temblando, drogada. Me quité la sudadera y la saqué de las calles. Nos fuimos a mi guarida. Y allí esperé a que se le

pasara el colocón. Los primeros días ni hablamos. Empecé a robar y, sin darnos cuenta, también empezamos a drogarnos. La situación en la que estábamos era muy difícil. —Iñaki se quedó callado unos segundos—. Sin ella no habría tenido la vida que tengo hoy. Ha estado a mi lado siempre, y me dio a Aline. Fue horrible cuando lo dejó todo de golpe, pero lo consiguió. Cuando cogí a mi niña, ella fue todo lo que necesitábamos en este mundo para creer en que pasan cosas buenas. Son mi familia, Óscar, y cuidaré y protegeré a Arancha con mi vida. Siempre dice lo de que es muy fuerte, pero no es así, no ha tenido más opciones. Hay situaciones y experiencias que te las tiene que contar ella, y así comprenderás lo increíble que es y la suerte que tienes de que te haya dejado entrar en su vida.

Óscar se quedó en silencio pensando en las palabras de Iñaki. Le costaba entender ese cariño incondicional, si podía definirlo así. Él solo lo sentía por sus hijos, ni siquiera por su hermana; la diferencia de edad había hecho que apenas tuviesen roce.

—Cuando la miro, siento que tengo suerte. He pensado qué hubiese pasado si fuese otra mujer la que hubiese estado a mi lado cuando esto hubiese ocurrido. Porque tengo claro qué habría pasado tarde o temprano. Y ella me ha dado paz, tranquilidad. Cualquiera otra hubiese buscado un conflicto, hacerse la víctima, y ella me abrió la puerta y me ayudó sin pedir nada cambio.

—Casi me partes la cara aquella noche —bromeó Iñaki. Óscar lo miró y sonrió.

—Unos años antes y en otra situación, seguro.

—Tengo mi teoría. —Óscar lo observó con curiosidad—. La vida hay veces que nos salva, que nos da soluciones en forma de personas, y eso es lo que te ha pasado con Arancha; la vida te la ha puesto en tu camino para cuando la necesitas. Ella nunca te iba a abandonar. Se sintiese culpable o no, te iba a ayudar.

—Me gusta tu teoría. —Brindaron con los botellines a punto de acabarse; apuraron el último trago y fueron a la cocina donde les esperaban con la cena.

Antes de quedarse dormido le mandó un mensaje Arancha: «Estaba en mi camino conocerte». Arancha sonrió y se lo enseñó a Gema. Las dos se rieron. Sabían que Iñaki le había contado su teoría de la vida.

Arancha y Aline pasaron la noche en casa de Gema, cocinaron, vieron películas y los peques se quedaron dormidos en el sofá, momento que aprovecharon para ir a la cocina a hablar mientras recogían el destrozo de intentar hacer galletas.

—No puedo leer la mente —apuntó Gema al notar la mirada de Arancha fija en ella.

—¿Me estoy equivocando?

—Mi opinión de experta y amiga es que no. Te observo cuando estás con él y te hace feliz, le quieres. Nunca te había visto así.

—Es que parece que todo se complica y que es por mi culpa.

—No, eso sí que no, tú no has hecho nada. La que lo engañó fue su mujer y los padres de ella, que lo sabían. En cualquier momento lo hubiesen utilizado, o el supuesto amante; imagínate que hubiese aparecido de repente reclamando la paternidad de esas niñas. Al menos ahora ellas no se enterarán de nada, a no ser que esos supuestos abuelos se lo digan.

—No, no creo que les hagan eso, pobrecillas. No pueden decirles que Óscar no es su padre.

—Me espero cualquier cosa. Cuando Bruno me contó lo que le iba a decir, me hice una idea de la clase de gente que es.

—Son sus nietas, tendrán que mirar por su estabilidad.

—Para esa gente solo existe ganar y les da igual a quién pisar. Lo importante es que él sepa llevar la situación, que nunca se enfrente a ellos. Lo de esta tarde le va a venir bien.

—Sí, creo que Iñaki ya lo ha adoptado. —Las dos se rieron.

—Era cuestión de tiempo, es una persona maravillosa —dijo gema acariciándose la barriga. Arancha se rio y le lanzó una bola con una servilleta de papel.

—La baba, que se te cae.

—Igual que a ti con Óscar. —Le devolvió la bola—. Cupido lo tuvo difícil, pero lo consiguió.

—Es una suerte tenerte en mi vida, Gema. Creo que no te lo digo lo suficiente. —Se acercó a ella y la abrazó—. Te quiero mucho.

—Yo también te quiero, Arancha.

—Vete a dormir, que esto lo termino yo.

—Pero...

—Nada de peros, la idea de hacer galletas fue mía.

—Es verdad.

—¿Necesitas ayuda para desvestirte?

—No, aunque a Iñaki siempre le digo que sí —bromeó. Salió de la cocina riéndose. Arancha se quedó recogiendo la cocina. Estaba feliz de tener en su vida a Gema. Aline entró a los pocos minutos pidiendo más galletas. Arancha sirvió unos vasos de leche y le acercó unas galletas mientras hablaban de la película que acababan de ver.

Capítulo 17



Óscar regresó de la granja renovado. Le dolían músculos que no sabía que tenía. Y con miedo a las gallinas, que tampoco sabía que tenía; después de estar con ellas, le había aparecido.

Decidió apartar de la cabeza todos los pensamientos negativos, tenía que controlar las ansias de buscar a sus hijos. Siguiendo las recomendaciones de Bruno, emprendió la búsqueda de un nuevo piso. Arancha se ofreció a acompañarlo; él se negó, debía hacerlo solo, tomar sus decisiones. Sabía lo que ganaba y cuáles serían sus gastos. Lo quería cerca de Arancha; para eso tendría que buscar mucho, y sus padres se llevarían un disgusto al buscarlo lejos de ellos. Pero le tocaba a él decidir y no dejarse llevar por lo que otros querían. Cambiaría a los niños del colegio privado al público, al que iba Aline. Podría llevarlos y recogerlos todos los días. Se acabarían los madrugones para el autobús. Pasaría más tiempo con ellos. Empezarían nuevas rutinas, nuevos amigos. Estaba feliz pensando en la nueva vida que tenían por delante. Después de muchas visitas, solo había encontrado un buen piso con tres habitaciones, dos baños, salón, cocina y todo en una sola planta. «Se acabó el dúplex, las escaleras y los espacios enormes que limpiar cuando llego agotado de trabajar». Solo necesitaba pintar, y listo. Ya estaba pensando en la habitación de las gemelas. «Amarillo, les encanta el amarillo». Había comprado colchas nuevas en esos tonos. Aunque los muebles fueran los antiguos, les podía dar un toque actual. La habitación de su hijo, en azul. «Él me ha salido más clásico», sonrió.

Llegó al trabajo sonriendo, y se encontró a Iñaki, que se interesó por su sonrisa.

—He estado haciendo compras para renovar la habitación de mis hijos; edredones, sábanas, cojines..., yo solo —declaró con orgullo.

—Me alegro por ti —contestó dándole una palmada en la espalda.

—Te puedes reír de mí si quieres, pero es la primera vez que lo hago. Me he agobiado con las medidas, sí, pero una vez que he empezado, me lo he pasado muy bien. Creo que hacía años que no estrenaban nada de ropa de hogar. Se van a quedar alucinados.

—No se lo comentes a Arancha ni a Gema, que si no te vas a pasar los fines de semana comprando ropa de cama. Si necesitas ayuda para pintar, me lo dices.

—Gracias, ya lo tengo todo hecho. Me faltaba esto y limpiar —dijo señalando las bolsas.

—Me alegro. —Iñaki le dio un toque en el brazo y se fue a seguir trabajando.

Óscar fue en busca de Arancha. La encontró tomando un café con Pía, y les contó lo que había hecho. Las dos se rieron, y Arancha le comentó que estaba deseando ver su compra. Óscar la invitó el fin de semana a visitar el piso y le pidió ayuda para ordenar los armarios por dentro, una mala excusa para enseñarle la casa.

El sábado por la noche ya estaba todo terminado. Óscar preparó su especialidad de pasta para cenar y Arancha sirvió el vino. Cenaron agotados, en el sofá. El sábado había sido intenso, había tenido su primera clase de defensa él solo, y se había quedado exhausto. Arancha escuchó con atención todas las anécdotas de esa mañana.

Terminaron de cenar y ella se recostó en el pecho de Óscar, que la abrazó.

—Mi abuelo paterno abusó de mí durante años —soltó de repente. Óscar sintió que se le paraba el corazón y dejaba de respirar al escuchar esa confesión de Arancha—. Cuando era una niña más joven que Aline. Busqué la protección de mi madre, pero no la tuve. Me acusó de incitarle y me dijo que cada uno tenía que hacer sacrificios por mantener a la familia unida. Mi padre no me creyó, me dijo que era una mentirosa. Él nunca había visto nada impropio en el abuelo. —Óscar la abrazó más fuerte—. Él fue quien me introdujo en las drogas. Era más fácil abusar de mí si estaba drogada. Me enviaron a un internado porque una mañana me encontraron drogada en mi cama. Ni siquiera se preocuparon por saber de dónde las había sacado. Fue un alivio saber que estaría lejos de él.

»Pero no fue así. Una de las primeras visitas fue él. Pidió permiso para llevarme a conocer la ciudad. Me contó que antes teníamos que pasar por su hotel para recoger algunas cosas. Ya sabía qué pasaría allí porque me había obligado a beberme un zumo que llevaba en su coche. Recuerdo que estaba aterrada. No podía moverme y me hice pis encima.

»Tuvimos un pequeño golpe con el coche porque me gritó cuando se dio cuenta de que me había hecho pis encima. Cómo me iba a bajar del coche así, que tendrían que limpiarlo... Se saltó un semáforo en rojo. Un golpe y un atasco me salvaron la vida. Mientras él se bajaba a hablar con el otro conductor, una señora me sacó del coche para comprobar si estaba bien. Me vio toda mojada y me llevó hasta la acera. En un momento en el que no miraba, le susurré a la mujer: «No diga nada, por favor», y eché a correr. Recuerdo la mirada de la señora mirándome y mirándole a él; me ayudó. Di vueltas por aquella ciudad que no conocía, buscando un lugar donde no me encontrase y fue cuando conocí a Iñaki.

»Lo recuerdo como un héroe. Me cogió por los hombros y me detuvo. La droga ya me estaba haciendo efecto y apenas podía mantenerme en pie. «¿Necesitas ayuda?», me preguntó, y afirmé con la cabeza. «¿Te buscan?», volví a asentir con la cabeza. Se quitó la sudadera con capucha y me la puso. Me apoyé en él para poder caminar y no sé cómo llegamos a un lugar abandonado, donde él vivía. Ese fue mi primer hogar seguro. Dormí hasta el día siguiente. Cuando me desperté, tenía ropa limpia en una caja, un bocadillo y un café para desayunar. Desde entonces, estamos juntos. Los dos estábamos metidos en esa mierda, y cada día nos decíamos que sería el último, que lo dejaríamos, que empezariamos una nueva vida. Regresé a Gijón cuando mi abuelo murió. Quería asegurarme de que estaba muerto. Nos íbamos a quedar solo unos días. Estando aquí nos enteramos de que estaba embarazada y decidimos iniciar una vida nueva en la misma ciudad en la que me la habían destrozado.

»Iñaki no tiene una historia fácil, pero mejor que te la cuente él si quiere. —Arancha se limpió unas lágrimas y se incorporó. Miró a Óscar, que también lloraba—. Ya conoces mi pasado. —Le

limpió las lágrimas. Él le cogió la mano y la besó.

—Me daba miedo este momento, Arancha. En mi cabeza había historias horribles, y no me equivocaba. En el poco tiempo que llevo trabajando con vosotros, me he dado cuenta de las historias que hay detrás y... —Óscar sentía un nudo en la garganta que no le dejaba hablar. Veía los ojos de Arancha, llenos de lágrimas. Le acarició el rostro y las lágrimas volvieron a brotar.

—Necesitaba contártelo, que lo supieras todo de mí. No quiero secretos entre nosotros.

—Yo tampoco. Me alegro de que encontraras a Iñaki aquel día. —Arancha se volvió a recostar en su pecho.

—Alguna tregua me tenía que dar la vida, alguna buena persona.

—No se lo voy a decir a él, pero, cuanto más lo conozco, mejor me cae. Entiendo por qué toda la gente lo busca para hablar.

—Él también ha cambiado de opinión sobre ti.

—¿Tengo su aprobación?

—Puede ser, solo te voy a decir que le caes bien.

—La noche solo puede mejorar —bromeó. Arancha lo miró sonreír, lo besó y se quedaron abrazados en el sofá. Óscar se despertó de madrugada, seguían en la misma posición. Deseaba una vida a su lado. Formando una gran familia, con sus más o sus menos, pero con el caos que él echaba tanto de menos. Arancha se despertó, lo miró; ella todavía tenía sueño.

—¿Vamos a la cama?

—Espera unos minutos más, estoy muy cómodo. —Arancha se abrazó más a él. Óscar le dio un beso en la cabeza. Buscó la mano de ella y entrelazaron los dedos.

—¿Qué significa la llave? —quiso averiguar Óscar después de besarla. Arancha lo miró.

—Ya no voy a ser una mujer misteriosa —bromeó disfrutando de las caricias de Óscar en su muñeca—. Es una leyenda que leí hace muchísimo tiempo de Jorge Bucay. La leyenda dice que, antes de que la humanidad existiera, se reunieron varios duendes para decidir dónde esconder la llave de la felicidad. Propusieron varios lugares: la cima del monte más alto, en el fondo del mar, algún planeta. Uno de los duendes decidió que el mejor sitio para esconderla era donde nunca la buscarían. —Arancha se soltó con cuidado de Óscar y dibujó la forma de un corazón sobre su pecho—. Decidieron esconderla dentro de nosotros, cerca del corazón. Nunca la encontraríamos porque estaríamos ocupados buscándola fuera. «Encontrar el sentido de tu vida es descubrir la llave de la felicidad». Por eso decidí tatuármela. Quizás así, en algún momento, podría encontrar la felicidad. Es un símbolo de esperanza que necesitaba en ese estado de oscuridad. En algún instante de lucidez fui con Iñaki a tatuármela. Al mes, me enteré de que estaba embarazada de Aline. Ella fue la que me llenó de luz y me hizo creer que merecía algo de esperanza en la vida. —Óscar le sujetó la barbilla, observó sus ojos brillantes durante unos segundos. Ella le acarició la cabeza—. ¿Piensas que soy una rara? —le preguntó divertida.

—Pienso que me ha encantado la historia del tatuaje, que me encanta mirarte, sentir tu calor, tu mano acariciando mi pelo; que la mejor decisión que he tomado en mi vida fue seguirte después de salir del restaurante. —Le besó la llave y siguió besando su brazo. Llegó al hombro, donde le dio un suave mordisco y, después, al cuello mientras su mano acariciaba la espalda. Arancha se levantó del sofá, le cogió la mano y caminaron hasta el dormitorio entre besos y caricias.

Capítulo 18



Óscar se despertó de nuevo abrazado a Arancha. Se sintió mal por sentirse tan bien. No estaba bien sentir esa felicidad si no estaban sus hijos con él. Se levantó rápido y se metió en la ducha. Ella se quedó en la cama unos minutos más. Esperó a que él saliese y observó cómo se vestía sin que él le dijera nada, apenas una sonrisa.

—Sé cómo mejorar la mañana —le dijo Arancha sonriente—. No es sexo, vamos a desayunar fuera. Conozco una panadería que está abierta y tiene unos bollos recién hechos que son una locura. —Se abrazó a él y le acarició el pelo. Óscar la besó.

—Lo siento... —Arancha le puso un dedo en los labios.

—No tienes que disculparte por sentirte mal. —Le dio un beso y se fue a arreglar. Óscar la esperó mirando por la ventana de su habitación; necesitaba apartar los pensamientos tristes, pensar en un futuro juntos, en risas, juegos y caos. Arancha lo abrazó por la espalda. Y él apretó fuerte sus manos.

Después de comprar el desayuno, se fueron caminando hacia la playa.

—Los echo de menos, mucho. Intento pensar que están de vacaciones, que están bien, pero esta mañana me sentí un hombre horrible al sentirme tan feliz contigo. —Miraba al mar mientras se lo contaba.

—Gracias por la parte que me toca —bromeó Arancha golpeándole en el hombro—. Yo también me siento muy feliz contigo, y entiendo por lo que estás pasando. Ya queda menos. Estás en buenas manos, de verdad, y están haciendo todo lo posible. Bruno siempre se toma sus casos como algo personal, y el tuyo es así. Además, mañana tienes visita.

—Estoy deseando verlos, pero me da miedo de qué me voy a encontrar; si me van a querer o les han metido en la cabeza que soy un monstruo, que los abandoné, que no los cuidaba bien, no lo sé...

—Tienes que ir tranquilo, tratarlos como siempre. No sé si ellos estarán por allí, pero todos los ojos van a estar puestos en ti. —Óscar se tumbó en la arena.

—Lo sé, he hecho técnicas de relajación con Gema; pero, según pienso en el momento de verlos, me pongo más nervioso.

—Te puedes ir con Iñaki a la finca, unas horas de trabajo duro te ayudarán a despejarte —bromeó ella mirándole.

—No es mala idea, ¿te vienes conmigo? —Óscar se incorporó y la miró—. Podemos ir a buscar a Aline y pasamos el día allí. —Arancha le dio un beso.

—Me encanta la idea.

Terminaron de desayunar y se fueron a casa de Iñaki dando un paseo agarrados de la mano. Sus planes se torcieron cuando Aline les abrió nerviosa: se iban para el hospital, Gema acababa de ponerse de parto. Arancha dio saltitos de alegría y Aline se unió a ella.

—Qué bien que estéis aquí, nos tenemos que ir ya.

—Yo os llevo —dijo Óscar cogiéndole las llaves del coche de la mano. Iñaki lo miró unos segundos.

—Estás demasiado nervioso para conducir y yo demasiado de parto para discutir —intervino Gema. Iñaki aceptó y salieron emocionados. Arancha se quedó con Aline y los niños; arreglaron la casa y los vistió. Irían al hospital en unas horas por si el parto se demoraba. Óscar la llamó al cabo de una hora. Las gemelas habían nacido.

Capítulo 19



A primera hora del domingo Bruno llamó. Óscar se despertó solo en su nuevo piso. Descolgó asustado.

—¿Qué ha pasado? ¿Están bien?

—Sí, están bien y deseando verte.

—Pero quedan horas...

—Ya tienes la custodia. En una hora tienen que llevarlos al punto de encuentro para entregarlos y te los llevas a casa.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿De verdad?

—Sí, intenté una opción, y me ha salido bien. Soy un genio.

—¿Y él? —preguntó con miedo.

—No quiere saber nada, niega todo y dice que están locos, no quiere líos con su esposa. Tienes la custodia de los tres y me encargaré de que tengas también tranquilidad. Todo está bien atado.

—No puedo creerlo, estoy soñando.

—No estás soñando, así que arréglate y te espero aquí; no vayas a llegar tarde.

Óscar se levantó de un salto de la cama, se duchó, se vistió con la camisa preferida de las gemelas, amarilla, y cogió unos de los peluches que había estado almacenando para ellas y una pequeña moto para Oliver.

Los vio bajarse del coche de los abuelos, parecía que iban a cámara lenta. Él notaba que los nervios le estaban ganando la partida a la calma. Miraba a sus gemelas, a su hijo y el miedo se apoderaba de él. Apenas habían pasado unos segundos; a él le parecieron horas. Lo miraron y echaron a correr hacia él. Se abrazaron fuerte. Nunca la voz de sus hijas diciéndole papá le habían curado tantas heridas. Bruno se acercó y le tocó suavemente el hombro. Con un gesto de cabeza le indicó que entrasen. No miró al abuelo, su exsuegro, que permanecía junto al coche. La abuela no había ido.

Óscar estaba nervioso cuando entraron en su nuevo piso. Tenía miedo de que no les gustase. Acostumbrados a vivir en un sitio grande, aquello para ellos podría ser demasiado pequeño. Oliver, Oriana y Olimpia entraron en la casa con recelo. Reconocieron sus muebles, sus alfombras... No sabían cómo reaccionar. Óscar les enseñó sus habitaciones. La habitación de Oriana y Olimpia era amarilla, con colchas nuevas con dibujos de pollitos, y tenían peluches nuevos; él se la mostraba nervioso.

Las niñas enseguida se pidieron las camas, abrieron los cajones de sus mesitas y las puertas de sus armarios. Todo estaba colocado como lo tenían en su antigua casa. Oliver le preguntó cuál era su habitación. Óscar lo acompañó mientras las dejaba felices, revisando sus cuentos y juguetes. Oliver se emocionó al ver su habitación. Era azul clarito, su color favorito, y todo estaba como lo tenía. Se abrazó a su padre y lloró. Óscar lo cogió en brazos y lo apretó fuerte. Lo dejó en el suelo y buscó un pañuelo para secarle las lágrimas.

—¿Has visto la funda?, es de perritos. Y también te he construido una cama para perros al lado de la tuya. —Oliver lo miró incrédulo.

—¿Y el perro? —preguntó lleno de emoción.

—No está todavía, pero estará. Adoptaremos uno. —Oliver se abrazó a su padre de nuevo.

—Pensé que no volvería a estar contigo, papá.

—Nadie volverá a separarnos, mi vida. —Se abrazaron.

Las niñas entraron corriendo. Óscar abrió los brazos para recibirlas. Fue el mejor momento de su vida. Los necesitaba tanto que le costaba respirar. En algún momento, cuando todo estaba más negro, creyó que no volvería a verlos.

Esa noche siguió su ritual de baños, cena y cuento. Era maravilloso volver a esa locura de rutina, aunque esa noche se lo pusieron muy fácil. No hubo quejas por los tirones, porque el secador estuviera muy caliente, o por lo que había de cena. Se metieron todos juntos en la cama, y Oliver eligió el cuento, que no lograron terminar porque se quedaron dormidos.

Habló con Arancha en la mañana, quería tomarse unos días libres para estar con ellos y ella accedió. Se quedaban en mínimos con Iñaki y Gema de baja, y ahora Óscar, pero no podía dejar de sonreír mientras lo pensaba, sentía que la vida les devolvía un poquito de felicidad por todo lo que habían sufrido. Recordaba la cara de Iñaki con sus niñas en brazos, la de Gema mirándole. La voz de Óscar, hablándole de cómo lo abrazaron; sabía que estaba llorando al otro lado. Y ella solo tenía ganas de ir a buscar a Aline y abrazarla, pero tendría que esperar a que saliera del colegio. Se fue en busca de Pía. Nada más verla la abrazó.

—¿Y esto? —le preguntó sorprendida devolviendo el abrazo.

—Eres mi buena suerte, sin ti nunca tendría nada de lo que tengo en este momento, nunca habría llegado aquí. Te quiero mucho, Pía. Gracias por estar en mi vida, por cuidarme cuando no me dejaba...

—Ya, mi niña, yo solo te hice ver que podía salir bien; tú has hecho todo lo demás. —Pía se separó para mirarla a los ojos y limpiarle las lágrimas.

—Sin ti no lo hubiera logrado. —Pía la volvió a abrazar.

—Te quiero mucho, Arancha. Tú e Iñaki me habéis curado todas las tristezas. Y mi Aline y mis nietos.

A los pocos días se encontraron en la puerta del colegio. Óscar llegaba sonriente con su prole y Arancha sonrió al pensar lo que se le venía encima. Apenas había podido con los dos de Iñaki y Aline.

—¿Os acordáis de Arancha?

—Sí —dijeron los tres.

—¿Estáis nerviosos? Es normal estarlo cuando empezáis en un nuevo colegio.

—Un poco —confesó Oliver.

—Este es Aitor, y va a estar contigo en clase —le contó Arancha. Aitor le dio la mano.

—Seremos amigos, te enseñaré el cole y te presentaré a mis amigos. Nos lo vamos a pasar muy bien. Ya conoces a la mayoría, de mi cumple.

—¿Y nosotras?, no tenemos amigos —intervino Oriana.

—Yo os ayudo a hacerlos —se ofreció Aline—. Demasiado trabajo, vais a tener que recompensarme —avisó a su madre y a Óscar.

—Te recompensaré, ya he aprendido a hacer *brownies* —le reveló Óscar. Aline estiró la mano para aceptar el trato. Todos entraron en el colegio hablando y riendo. Observaban a Aitor señalar el árbol, el patio..., parecía un guía turístico.

—A este paso tendré que fundar un colegio —pensó en alto Arancha.

—Te veo capaz —le dijo Óscar cogiéndole la mano.

Caminaron hasta el trabajo. Óscar la acompañó a la oficina, cerró la puerta y la abrazó. Sonrió antes de besarla. Ella se colgó de su cuello, besándolo con más intensidad.

—Pensé que no ibas a volver a besarme así —insinuó ella—. Que seríamos una pareja aburrida. —Lo provocó mordiéndole el labio.

—Me tienes que dar tiempo, no sé cómo comportarme delante de ellos.

—Tienes todo el tiempo que necesites mientras me acompañes siempre al despacho. —Los dos se rieron al escuchar el sonido del teléfono.

—Ignóralo, aprovechemos estos minutos —le pidió Óscar.

Capítulo 20



Óscar los invitó a su casa a la salida del colegio, querían hacer una merienda y que todos se fuesen acostumbrando a estar juntos, sin nervios por quién pudiese enterarse.

Prepararon diferentes magdalenas y leches de colores. Todo eran risas en la cocina.

—¿Qué estás pensando? —preguntó Arancha. Óscar se acercó y le rodeó la cintura, acercándola a su cuerpo.

—Mi propia teoría, es una tontería. —Óscar se avergonzó nada más decirlo en voz alta.

—Estoy segura de que no lo es. Acostúmbrate porque me gusta todo de ti. Estoy segura de que es una buena teoría. —Óscar soltó una carcajada y se sonrojó. Arancha le acarició la mejilla al darse cuenta. Él se quedó mirándola y ella le golpeó con suavidad el brazo—. Cuéntamela.

—El hilo rojo.

—La conozco. —Óscar le apartó un mechón de la cara y la miró fijamente a los ojos.

—Todos estamos unidos por ese hilo y en algún momento nos encontramos. —Arancha afirmó con la cabeza—. Llevo toda la vida buscándote. Siempre sentí que me faltaba algo, que mi vida no era real, era una vida impuesta, programada. Cuando te pregunté por la Fundación, yo fui uno de los que ordenaron que os intimidasen. —Óscar se tapó la cara con las manos—. Te vi, estabas diferente, pero tu mirada era la misma. Llevabas el pelo corto y azul. —Miró cómo Arancha se reía.

—Qué época más mala.

—Estabas increíble, imponente. Recuerdo tu camiseta de tirantes ajustada, tu mirada fija, tu sonrisa desafiante. Llevaba casco y protector, pero noté cómo me mirabas apenas unos minutos. Y esto está mal, pero pensé: «¡Qué buena está!». Un poco más bestia, pero más o menos eran las mismas palabras. —Se volvió a tapar la cara avergonzado.

—Así que estabas ahí; llevas toda la vida buscándome.

—Sí.

Capítulo 21



A la mañana siguiente, Óscar se los llevó al trabajo. Tenía unas clases programadas de defensa. Arancha se emocionó al verlo entrar con sus hijos. Esta vez fue él quien le dio un beso en los labios.

Los niños saludaron a Arancha con apenas un ruido. El cariño y la confianza de las últimas veces había desaparecido. Arancha miró a Óscar preocupada.

—Luego te cuento. —Arancha afirmó con la cabeza.

—Aline está en una clase de pintura, ¿queréis verla? —Las gemelas negaron con la cabeza y cruzaron los brazos.

—Nos queremos ir de aquí —intervino Oliver.

—¿Por qué? A mí me gusta mucho estar con vosotros. ¿No os gusta estar conmigo?

—*Güelita* dice que eres mala. Nos queremos ir. —Oliver se dio la vuelta y las gemelas le imitaron. Óscar se puso en medio para obstaculizarles la salida.

—Ya hemos hablado de esto, tengo que trabajar y tenéis que quedaros aquí.

—¡Quiero ir con *güelita*! —exclamó Oliver.

—No, vosotras a la clase de pintura y tú conmigo. —Arancha intentaba aguantarse la risa viendo cómo intentaba sujetarlos a los tres. Óscar la miró y sonrió.

—Ayúdame.

—Vamos a hacer una cosa. ¿Aline os cae bien? —preguntó a las gemelas, que asintieron con la cabeza—. Vosotras a ella también, y se pondrá feliz al saber que estáis aquí y que vais a pintar con ella. —Les ofreció las manos. Las gemelas, después de mirar a Oliver, se cogieron a Arancha y se fueron con ella. Óscar se quedó mirando a Oliver, le cogió de la mano y caminaron hasta el gimnasio.

—Quiero que veas dónde trabajo, conozcas a las personas que me han ayudado cuando no estabais, y que le des una oportunidad a Arancha. La *güelita* a veces se equivoca.

Oliver fue sintiéndose cómodo según pasaban los minutos, e imitaba muchos movimientos de su padre. Cuando apareció Arancha, se volvió a poner tenso. Ella se sentó a su lado, en el suelo. Él se separó un poco. Y ella sintió una ternura que le hizo quererlo más; se quedó quieta.

—Se le da muy bien ser profesor, ¿verdad? —Oliver asintió con la cabeza—. Me caes muy bien, Oliver, y estoy triste porque piensas que soy mala.

—Lo dice *güelita*.

—¿Te sentirías mejor si conozco a tu *güelita*? Así podría ver que no soy mala.

—Dice que nos quieres separar de papá, y que nos meterás en un internado en cuanto le enganches. —Arancha retuvo una carcajada. Óscar terminó la clase y se sentó cerca de Oliver mientras esperaba al siguiente turno.

—No quiero separaros de papá, ni él me quiere separar de Aline. Los dos queremos ser una familia, estar todos juntos en la misma casa, y no tenemos prisa, iremos poco a poco. Me gusta mucho preparar la cena contigo, hacer galletas y me haría muy feliz pasar más tiempo contigo. Y no vais a cambiar más de colegio. Papá os cambió porque estáis más cerca de casa y no tenéis que coger bus, y también estáis con Aline como una familia. Quiero mucho a tu papá. —Cogió la mano de Óscar—. Y tu papá te quiere mucho a ti. —Óscar cogió la mano de Oliver—. Sé que hace poco que nos conocemos, pero tu papá me ha hablado de ti, de lo mucho que te quiere, de lo que cuidas a tus hermanas. El tiempo que he pasado contigo ha hecho que ya te quiera. ¿Qué te parece si nos damos tiempo para querernos? —Arancha le ofreció un dedo y Oliver lo aceptó uniendo su dedito con el de ella—. En un tiempo nos cogeremos de la mano porque nos querremos mucho.

Las alumnas empezaron a entrar. Óscar se levantó y le dio un beso en la cabeza a Oliver.

—Podemos ir a comer a la playa, improvisamos algo cuando termine.

—Podemos hacer unos bocadillos, ¿me ayudas, Oliver?

—Sí —salió de su boca en un susurro. Arancha se levantó y le ofreció el dedo. Oliver sonrió y se cogió a él. Prepararon algo en la cocina de la Fundación, sacaron unas bolsas de patatitas de la máquina, y lo metieron todo en unas mochilas. Arancha cogió unas toallas y, cuando terminaron, se fueron todos a la playa. Disfrutaron de los bocadillos mientras Oliver les contaba los movimientos que había aprendido con su padre y las niñas les enseñaban los dibujos que llevaban en las mochilas. Cuando los niños jugaban y corrían por la arena, Óscar se sentó un poco más cerca de Arancha.

—Te debo una explicación.

—Sí, quería quitármelo de la cabeza, pero es que no me conocen.

—Dicen que salgo de un sitio malo para meterme en uno peor. Se han montado una película. Mi madre empezó a hablar alto y Oliver lo escuchó todo. Para él, mi madre es su persona favorita; así que, cuando le ha dicho que eres mala, pues él se lo ha creído y no sabe cómo actuar. Le pedí que no dijera eso, pero ella se obcecó y fue a peor. Le he dicho que si tengo que elegir entre ellos o tú, me quedo contigo. Sé lo que me vas a decir, que son mis padres... No voy a dejar que me chantajeen ni que quieran decidir sobre mi vida. Le dije a mi madre que si antes se había mordido la lengua, que siguiese haciéndolo. Que antes, cuando me mataba a trabajar, cuando según ella Oana me malmetía, no decía nada y ahora sí lo dice porque se cree, y suena fatal, que eres pobre. No les dije que eras la dueña, que eras mi jefa, solo que trabajamos juntos y los otros le habían contado tu pasado. Estoy cansado de que manejen mi vida, y no voy a consentir que hablen mal a mis hijos de ti o de mí, o que puedan meterles en la cabeza que yo los voy a abandonar porque esté con una mujer y que puedan creer que ellos son menos importantes

en mi vida. Me niego, y lo he hablado con Oliver, he intentado razonar. Ellos son más importantes que tú. Pero, aun así, está preocupado.

—Le demostraremos que queremos estar todos juntos. Aunque tu madre podría ayudar un poco.

—No le va a quedar de otra. Mi padre le dijo que le había aguantado mucho; que si a mí me tenían la cabeza sorbida, a ella también con lo de estar emparentada con ellos. Y que tenía claro que no le íbamos a separar de sus nietos, así que tendría que aprender a callarse y a ser falsa. Que lo que le quedaba de vida lo iba a pasar con ellos y que tu hija sería bien recibida en su casa. Si tú podías querer a sus nietos como hijos, ellos podrían querer a Aline como nieta.

—Me cae bien tu padre.

—Habla poco; pero, cuando lo hace, tiene mucha razón. Solo quiero que nos dejen vivir tranquilos, quiero estar contigo, tener una vida contigo y enfrentar los problemas que vengan juntos. No voy a dejar que nos creen problemas otros. —Arancha llamó a Aline con la mano y la siguió el resto.

—Vamos a empezar nuestra primera tradición —empezó a decir cuando estaban a su lado. Aline se sentó a su costado—. A nosotras nos gusta, cuando venimos, quedarnos aquí sentadas y abrazadas un ratito, mirando las nubes y adivinando formas. Y ahora lo vamos a hacer, los seis. —Se sentaron protegidos entre ellos.

Acompañaron a Óscar a su casa, después de unas horas buscando formas en las nubes e intentando llevar unas conchas para decorar su habitación. Llegaron cansados, prepararon una cena ligera y se quedaron a dormir allí.

Óscar quiso abrazar a Arancha; la encontró pensativa mirando por la ventana. Ella vio por el reflejo cómo se acercaba y se giró para abrazarlo.

—Ha sido una tarde perfecta —reconoció ella disfrutando del abrazo de Óscar.

—Sí, he disfrutado mucho, lo de adivinar las formas de las nubes se me ha dado muy bien.

—No has acertado una, ninguno veíamos lo mismo que tú. —Óscar se quedó callado y la abrazó más fuerte.

—Quiero que no te preocupes por lo de mis padres, no les queda otra que entrar en razón.

—No quiero que tengas problemas por mi culpa, Óscar. Y menos que Oliver me rechace por ellos. Sé que soy psicóloga, pero no sé cómo tratarlo. Se me dan bien los casos complicados y traumáticos, pero él, me quedé descolocada, es tan pequeño. A Oriana y a Olimpia enseguida se les pasó. Pero no quiero que crezca pensando que lo voy a separar de ti, no quiero que sufra más por mi culpa. —Óscar se separó un poco para buscar la mirada de Arancha.

—Si sufre es por mi madre. Ella, sin conocerte, se ha inventado una historia sin importarle el daño que le ha hecho. Puedo entender que lo piense, pero que se lo diga, no; y no voy a permitir que los hagan sufrir. No van a sufrir más por gente que debería protegerles. —Óscar caminó hasta la puerta del dormitorio. Todo estaba tranquilo. Cerró la puerta y se acercó de nuevo a Arancha—. Cuando Bruno me contó lo de mis hijas, tenía claro que, si quería protegerlas, ellos no debían saber nada, no quería que las mirasen diferente, que se les escapase algo. Como has visto, es una bocazas. Les agradezco lo que han hecho por mí, son mis padres y los quiero. Pero tengo que poner límites que entiendan, que tienen que aceptar mi vida y a la persona con quien quiero compartirla. Si es pobre o es rica, ellos tienen que tratarla bien.

—Si le compro algo caro a tu madre, ¿le caeré mejor? —bromeó Arancha.

—Me tienes que caer bien a mí. —Óscar le rodeó la cintura con los brazos y ella se colgó de su cuello. Le dio un beso en los labios, mordió un poco la comisura y se separó.

—¿Te caigo bien?

—No lo tengo decidido, necesito un poco más. —Volvieron a besarse. Óscar sujetó la nuca de Arancha y ella se agarró a su cintura; se besaban entre risas.

—¿Ahora? —quiso saber Arancha separándose un poco para respirar.

—Me gustas mucho tú... —susurró Óscar en su oído, cantando. Arancha soltó una carcajada que lo contagió.

Capítulo 22



Óscar recibió la visita de Amadeo, en la Fundación; se iba a otra ciudad, había decidido dejar la Policía. Se sorprendió al verlo sin uniforme, con el pelo un poco más largo y barba de unos días.

—Sí que estás guapo con ese nuevo *look* —bromeó Óscar al saludarlo—. Casi no te reconozco. —Se abrazaron sonriendo.

—Tú también estás muy bien, te veo menos tieso.

—Vamos a tomar un café, —Óscar lo guio por el centro. Mientras, Amadeo lo observaba todo y le hacía preguntas.

Le contó que en la comisaría las cosas se habían puesto raras con su asunto. Parecía que estabas contra todos si estabas a favor de él, y después de hablarlo en casa con su pareja, pensó en dejarlo; no quería ser el próximo que se llevase las culpas por algún problema. Había encontrado un trabajo en Toledo, en una fábrica de un tío de su padre, que se quería jubilar y buscaba a alguien a quien enseñarle y siguiese con su legado. No le pareció mala idea cambiar de aires y de trabajo. Estaba seguro de que, después de defenderle, nunca llegaría a ascender y que no iba a dejarse la vida intentando algo que no estaba en su mano y que otros ya habían decidido por él.

—Siento que hayas llegado a esto, Amadeo; eres uno de los mejores. Te has dejado muchos años allí.

—Al principio me enfadé mucho contigo, la que habías liado por un polvo, no te voy a mentir; pero luego fui viendo actitudes de compañeros que estaba seguro de que eran amigos incondicionales, y me di cuenta de que me había equivocado de trabajo. Sé que solo somos compañeros de trabajo, pero he ayudado a muchos en asuntos personales o del trabajo; y no es que quiera que me pongan un altar, pero tampoco que a lo mínimo me rechacen o hablen mal de mí. No quería seguir en un trabajo con ese tipo de gente.

—No te lo mereces, sé que tienes tu carácter a veces insoportable, pero eres un buen amigo.

—Gracias, significa mucho, de verdad, porque lo he pasado mal estos meses.

—¿Por qué no viniste antes?

—Ya tenías bastante con lo de tus críos, para venir a decirte que estaba mal en el trabajo.

—Somos amigos y para eso estamos. ¿Y Manu?

—Se ha cogido una baja mientras le sale algo; tampoco va a seguir.
—Os he jodido a los dos.
—No, han sido los que se han puesto de parte de una injusticia que se estaba cometiendo con un compañero.
Arancha entró en la cafetería, se acercó algo nerviosa a saludar a Amadeo.
—Mi principal crítico, me alegro de verte aquí.
—Yo tenía razón, al final lo metiste en un lío. Mira las pintas que lleva, va en chándal. Nunca lo hubiera imaginado.
—Es solo en el trabajo —se excusó Óscar de forma divertida. Arancha se sentó a su lado. Amadeo les contó que se iba a casar y que querían que fuesen a la boda, iba a ser algo íntimo y antes de irse; así sus familias disfrutarían de una fiesta en vez de una despedida.

En casa de Arancha estaban preparando unas palomitas para una sesión de cine. Óscar la observó serio y Arancha se inquietó.
—Tienes una deuda conmigo y creo que es el momento de saldarla. Me debes una cita normal —esbozó media sonrisa y sus ojos brillaron. Arancha se mantuvo seria.
—Me parece bien. ¿Cuándo?
—Tendré que mirar mi agenda —contestó Óscar.
—Sí, me la has pedido tú, me parece poco serio. —Óscar se rio.
—Tienes razón. —La besó para retenerla. Olimpia les gritó desde el salón que necesitaba más agua.
—Tendremos que esperar. No te olvides de que en el salón tenemos una sesión de cine en marcha y están esperando más comida. —Arancha se apartó de él con una sonrisa y salió de la cocina con una fuente de palomitas.
Óscar se quedó unos minutos disfrutando de ese momento perfecto mientras rellenaba la jarra de agua. Estaba donde tenía que estar.

Capítulo 23



Óscar ya había acabado las clases por ese día. Estaba agotado, física y mentalmente. Aunque llevaba tiempo trabajando allí, no se acostumbraba a escuchar las experiencias de las niñas. A pesar de que tenían veinte años, para él seguían siendo niñas y nunca deberían haber vivido algo así. Siempre salía con la necesidad de abrazar a sus hijas, de comprobar que estaban sanas; de abrazar a Oliver y comprobar que estaba educando a un buen hombre.

Escuchó música en una de las salas del centro. Casi todas las luces estaban apagadas. Se acercó pensando que alguien se había dejado la música encendida, y vio a Arancha bailando. Pía lo descubrió y le dio un golpe suave en la espalda mientras Arancha permanecía ajena a todo.

—Se te cae la baba con mi chica —le dijo después de observarlo unos minutos. Estaba feliz de verlo, de saber que era un buen hombre y que estaba enamorado de Arancha.

—No voy a negarlo. Estoy cuerdo por ella, le ha dado sentido a mi vida. Me ha mostrado un mundo nuevo y me ha hecho sentir la felicidad plena. Siento que estoy donde debo estar. No me creo la buena suerte que he tenido de que se cruzara en mi camino y que me quiera en su vida.

Pía se fue sonriendo, no sin antes avisar a Arancha del admirador que tenía en la puerta. Ella dejó de bailar, sofocada, y se acercó a él, que permanecía inmóvil, observándola.

—No pares, me gusta verte bailar. Siempre he pensado que tenías buen ritmo. —La acercó a su cuerpo y la rodeó con los brazos.

—Eres idiota —bromeó.

—Yo también sé bailar el pasodoble, no es tan guay como la salsa —le respondió orgulloso.

—No puede ser —dijo riendo—. Me lo creo. Primero Rocío Dúrcal y ahora el pasodoble. ¿De qué época vienes?

—Me lo enseñó mi abuela materna cuando era un crío. Así siempre sabría qué bailar en una fiesta y no me quedaría sentado. Estaba segura de que así conquistaría muchos corazones.

—Buscó en su móvil un pasodoble y lo puso. La cogió por la cintura de nuevo y bailaron entre risas.

—Quiero una vida contigo. La quiero ya, no quiero esperar. Quiero levantarme contigo todos los días, Óscar —le confesó Arancha entre sus brazos.

—Estaba deseando que me lo pidieras. Necesito dormir contigo. Es una tortura despedirnos por las tardes, saber que tengo que esperar al día siguiente para verte.

—Me gusta este dramatismo tuyo. Pero acabas de mudarte a un piso muy bonito, y me encanta el mío. ¿Qué hacemos?

—El tuyo gana, sin duda. Y también quiero boda, no es negociable. Quiero verte con un vestido increíble, sonriente, rodeados de nuestra familia.

—Una boda, verte de traje... Me gusta mucho la idea. Nunca imaginé que me pedirían matrimonio bailando un pasodoble.

—Puedo sorprenderte más. —Arancha se puso nerviosa pensando que iba a pedirle matrimonio en ese momento. Óscar se desabrochó la camisa y dejó su torso desnudo; ella vio los tatuajes.

—¿Te acuerdas de que te había dicho que no me gustaban los tatuajes?

—Sí, lo recuerdo —respondió emocionada.

—Mira. —Se había tatuado cuatro corazones entrelazados de diferentes colores con los nombres de sus hijos. Arancha lo acarició. Se había tatuado también el nombre de Aline—. Voy en serio con todo —le susurró.

—Ya veo. Te has tatuado en tu inmaculada piel el nombre de Aline.

—Hay más, creo que no lo has visto. Ya que estaba, me he tatuado esto. —Se señaló el corazón y le mostró el minitatuaje de una cerradura. Arancha empezó a llorar—. Tú tienes la llave. —Óscar le acarició el pequeño tatuaje de su muñeca.

—Estás loco. De repente, eres un hombre tatuado.

—Nunca he estado más cuerdo, mi amor. —Le limpió una lágrima que caía por su rostro—. Eres tú la que da sentido a todo, la que me llena de vida. Te amo, Arancha. —La besó con la dulzura del amor que sentía. Se abrazaron y se despidieron en la puerta. Óscar se iba a por sus hijos a casa de sus padres y Arancha, a por Aline. Deseaban estar juntos. En la puerta, viendo cómo él se alejaba, Arancha lo llamó. Él se giró y ella avanzó hacia él, recordando la primera vez que lo vio en su portal. Parecía que había pasado una vida desde entonces.

—Trae a los niños a mi casa, a nuestra casa. Podemos improvisar esta noche algo divertido, acampar en el salón y luego ya iremos viendo, pero quiero estar contigo.

—Nos vemos en una hora como mucho. —La atrajo por el cuello y volvió a besarla. Una hora después, como le había dicho, estaban en casa de Arancha. Aline y ella habían comprado unas pizzas para cenar, y ya estaban preparando la acampada en el salón.

Los niños entraron felices y saludaron a Arancha y a Aline. Fueron a la habitación de invitados a dejar sus cosas y ponerse el pijama. Más adelante, cambiarían la distribución de la casa para que pudiesen tener sus propias habitaciones. Debatían sobre qué película ver esa noche mientras cenaban. Arancha observaba a Óscar desde la puerta de la cocina. Él estaba llenando los vasos de refresco. Lo llamó y se acercó. Arancha lo agarró por la camiseta y devoró sus labios unos segundos. Ella quiso separarse, pero él se lo impidió.

—Tienes que decirme qué ha pasado para no dejar de repetirlo —le susurró Óscar.

—Tú. Tú has pasado —le confesó Arancha. Óscar la sujetó del cuello para no dejarla ir y devoró su boca otra vez.

Capítulo 24



Óscar estaba nervioso; iban a tener su primera cita formal. Se tocaba el bolsillo del pantalón asegurándose de que estaba la bolsita con el anillo. Llevaba semanas con él. Se había alegrado de no dárselo en el gimnasio. Estuvo a punto, pero, en el último segundo, cuando miró su cara iluminada de la alegría, decidió que merecía algo mejor. Algo que pudiesen contar, crear buenos recuerdos.

Era la primera vez que organizaba algo así. No se lo había dicho a nadie, para mantener el secreto. Sus hijos se habían quedado con Iñaki y Gema. Ellos habían insistido en hacer una fiesta de pijamas y dejarles una noche solos. Arancha salió del dormitorio preparada para ir a cenar, había elegido un vestido corto, con el que se sentía rara pero a la vez guapa. Era negro. No sabía dónde irían a cenar y no quería desentonar. Óscar la observó de arriba abajo sin dejar de sonreír. La cogió de la mano y volvió a la habitación.

—Nos quedamos en casa —bromeó. Arancha se soltó y salió hacia la entrada.

—Es una cita formal, así que eso es el final.

—De acuerdo. —Óscar se arregló la camisa, cogió las llaves del coche y salieron hacia el restaurante, uno de los mejores de la ciudad y con vistas al mar.

Arancha sentía que le iba a pedir que se casara con él, porque Óscar se iba poniendo de los nervios cuando se acercaba algún camarero, o lo veía mirar hacia alguna parte. Pero la cena acabó y se fueron al cine. La película la había elegido Arancha. Se sorprendió al ver el cine casi vacío, quizás se lo iba a pedir allí, elucubraba ella.

Salieron del cine. Miraba a Óscar. Quizás no se lo iba a pedir. Quizás ya se lo había pedido en el gimnasio y ella no se había dado cuenta. Estaba llena de dudas.

—¿Copas? —preguntó él.

—Sí, es lo que toca —aceptó algo desilusionada. Ella le había pedido a Iñaki y a Gema que se inventaran la fiesta; estaba segura de que le iba a pedir matrimonio en esa cita. Había tardado horas en elegir un simple vestido negro.

—¿Estás bien?

—Sí, son los zapatos —puso como excusa Arancha.

Fueron a la zona de los bares; estaba llena de gente. Óscar le hablaba de la película, le había gustado y también la cena. Entraron en uno de los bares.

—Aquí mismo, tengo ganas de regresar a casa —dijo Óscar. Arancha se encogió de hombros.

—Está bien.

Al abrir la puerta se empezó a escuchar su canción: *Él la estaba esperando, con una flor amarilla. Ella lo estaba soñando con la luz en su pupila.*

El bar estaba lleno de flores amarillas, excepto una pequeña parte, que hacía de pista de baile improvisada. Óscar le ofreció la mano y ella la agarró nerviosa.

Óscar se agachó y sacó la bolsita y el anillo; se lo ofreció a Arancha, que se reía: su anillo llevaba una flor amarilla.

—Nunca te van a faltar las flores amarillas a mi lado. ¿Quieres ser mi esposa?

—Sí. Quiero ser tu esposa. —Óscar le puso el anillo, le temblaban las manos.

—Me encanta que los planes salgan bien —susurró al oído de Arancha después de ponerle el anillo. Se abrazaron entre risas y besos—. Ya te estabas enfadando —expresó entre risas.

—Un poco —le confesó mirando el anillo—. Te has hecho de rogar. Ya estaba dudando de que me lo fueras a pedir. —Óscar hizo un gesto para que volviesen a poner la canción y bailar abrazado a Arancha.

—Te he esperado mucho tiempo —le susurró al oído, sujetándola por la cintura y empezando a bailar.

Epílogo



Arancha estaba nerviosa, mirándose al espejo; había fantaseado alguna vez con cómo sería su boda. Sobre todo con cómo se sentiría si sucediese, cómo sería el hombre que fuese capaz de llevarla hasta ese momento. Si alguna vez llegaría a enamorarse tanto como para dar ese paso. ¿Cómo se sentiría al tomar esa decisión? Recordaba el momento en que vio a Óscar por primera vez. En ese justo momento, no podría imaginar que sería el hombre de su vida. Él solo pensaba en que se iba a quedar sin cenar. Cuando lo vio con su uniforme y sonriendo, todo lo que sintió era el inicio de un amor.

Los últimos meses viviendo juntos habían sido perfectos. Lo que en principio le parecía imposible se había convertido en posible. Las reformas en el piso, para que todos tuvieran su espacio, se habían hecho rápido. Todos se estaban adaptando a la nueva vida, los nuevos horarios, el nuevo colegio y, a falta de un perro, habían adoptado dos perros mayores que llevaban juntos en la protectora desde hacía dos años y se les partió el corazón al escuchar su historia. Los abuelos maternos dejaron de molestar y tuvieron que aceptar las visitas que el abogado estableció. Los paternos, si no habían aceptado a Arancha, lo fingían muy bien.

Arancha respiró hondo y sonrió frente al espejo; estaba feliz. Solo sintió la misma felicidad y plenitud cuando tuvo a Aline en sus brazos. Se acarició la falda del vestido y se sentía preciosa: un vestido blanco con pequeñas flores bordadas de diferentes colores, un color por cada uno de los hijos. Aline eligió flores amarillas; eran sus preferidas, como para Arancha. Oliver eligió el azul de unas dalias; Olimpia, las flores pequeñitas rosas, y Oriana las quería naranjas, unas flores del colibrí que le habían encantado cuando las buscaron durante una tarde en internet. Su pelo largo negro estaba recogido en un moño con unas pequeñas flores, mariposas y, a falta de un colibrí, un pájaro en prendedor que le habían regalado las gemelas.

Llamaron a la puerta. Arancha, en aquellos escasos segundos, sintió miedo de que algo malo pudiera pasar. No todo iba a ser perfecto.

Aline apareció sonriente con su vestido amarillo y flores del mismo color en el pelo. Cada una de las niñas iba con su color preferido de las flores que habían elegido. Aline le entregó el inicio de lo que debía ser un ovillo de lana roja.

—Óscar me ha dicho que no lo sueltes.

Arancha se rio; había conseguido sacar el lado romántico del policía recto, al que le costaba expresar sus sentimientos.

—Ya está todo preparado, mamá.

—¿Y Pía?

—Estoy aquí —dijo abriendo la puerta—. Estás preciosa, mi Arancha.

Pía iba a acompañarla al altar. Se había comprado un esmoquin negro, que Arancha y Aline le habían aconsejado, con un escotazo que a Pía le daba apuro llevar.

—Tú estás espectacular. Cuando te vea...

—Hoy es tu día, no vamos a hablar de nada, ni de nadie más —la interrumpió Pía, que sentía cómo su cara se enrojecía al pensar en él.

Pía le ofreció su brazo y Arancha lo aceptó.

—Estoy muy feliz, Arancha. Puedo creer en los finales felices, hoy es el final de una vida en la que no creías en el amor, ni que lo merecieses, y el principio de una vida con un hombre que te ama y que tú amas, que lo has dejado entrar en tu vida y formar parte de ella.

—Te cuento una locura.

—Sí —pidió con curiosidad.

—Hace unas semanas tuve un retraso; no estoy embarazada —le aclaró ante su mirada—. La locura es que deseaba estarlo, sé que ya somos muchos en casa, pero el miedo que tenía de tener más hijos ha desaparecido. Me encanta ser madre de familia numerosa y me he planteado aumentar la familia. ¿Es una locura?

—Es maravilloso. —Pía le dio un beso en la mejilla.

—Tú también estás a tiempo. —Pía la miró sorprendida.

—No me lo he planteado nunca, y contigo y con Iñaki creo que ya he cumplido con mi función de madre. Sé que os he pillado mayores, pero me he quedado bastante conforme. Y si quiero estar con niños, solo tengo que visitar a Iñaki o a ti.

Aline abrió la puerta, ya había comenzado a sonar la canción que la llevaría al altar.

—No sueltes el hilo —le dijo.

Cuando salieron, ya tenía a todos los niños en orden. Cada uno sabía el trabajo que tenía que hacer.

Arancha vio a Óscar al otro extremo del pasillo, con el otro cabo del hilo rojo. Sonrió y él también. Óscar iba recogiendo el hilo y haciendo un ovillo mientras Arancha avanzaba. A los dos se les escapaban las sonrisas.

—Ya estoy aquí —le dijo ella dándole su cabo rojo. Él sonrió.

—No pensé qué hacer cuando llegases. —Ella cogió el ovillo y enganchó su trozo, se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta. Óscar sonrió.

—Lo guardaremos para cuando nos enfademos.

—No creo que eso pase.

—Siempre es bueno tener un plan B.

—Quiero besarte ya —le susurró Óscar.

—Tendrás que esperar unos minutos.

La ceremonia se celebraba en el jardín botánico, con un arco de flores. Los casaría Bruno. Un pasillo con las flores que habían lanzado los niños. Y todos con playeros del mismo color que sus

vestidos, para que no se quedasen clavados en la tierra. Los invitados eran los más íntimos en la ceremonia, y luego, para el banquete, habían invitado a muchos amigos.

—Ya puedes besar a la novia —dijo Bruno. Los dos se miraban sonriendo. A Arancha se le escapó una lágrima y Óscar se la limpió ante las miradas de todos.

—Ya me ha dado permiso —bromeó Óscar antes de fundirse en un beso con Arancha.

En la celebración, Iñaki buscó a Óscar, brindaron y se abrazaron.

—Me alegro de que estés en mi familia. Hubo un momento en que no aposté por ti, pero estoy feliz de haberme equivocado. —Se volvieron a abrazar. Arancha los observaba desde lejos y sonreía feliz. Se acercó a Óscar y lo cogió de la mano. Se lo llevó a un sitio apartado.

—¿Nos vamos? —le preguntó susurrando.

—Sí. —La rodeó por la cintura. Y apoyó su frente en la de ella.

Se cogieron de la mano y, sin despedirse, salieron juntos del restaurante. Arancha había reservado una noche en un hotel. Al día siguiente saldrían hacia una luna de miel que Arancha había preparado al más mínimo detalle para sorprenderlo. Había preguntado a los padres de Óscar sobre algún lugar que él soñase con visitar. Después de pensarlo, la madre la invitó a tomar un café, hablaron sobre su nueva vida con tantos niños, le pidió perdón por haberlo complicado al principio. Fueron unos meses muy difíciles, solo deseaba tranquilidad y estabilidad. No creía que ella fuese la persona correcta, pero en ese momento veía a su hijo feliz y a su nieto y a sus nietas disfrutando de una nueva vida. Los veía sonreír, estaban integrados en el colegio, y esas circunstancias le habían dado esa tranquilidad que deseaba. Le habló de un sueño que tenía de muy joven Óscar, pero cuando consiguió ahorrar algo, lo apartó por Oana. Arancha escuchaba impaciente.

—Hacer *surf* en una de las playas del País Vasco. No recuerdo el sitio exacto, pero sí que era allí. Me daba miedo que fuese él solo en aquellos años; supongo que, por su juventud, era más atrevido que ahora. Se pasaba horas aquí, en la playa, con su tabla. Trabajaba después del instituto para poder comprarse otra, para viajar, pero todo se fue al traste cuando conoció a su novia. Por un lado, me alegré, no estaría viajando solo; pero, con el paso de los años y el aumento de las obligaciones, sentí tristeza de que nunca experimentara alguna locura de juventud.

Arancha salió sonriente; tenía unas semanas para hacerse experta en los lugares perfectos para hacer *surf*. Aprovechaba cada minuto que tenía a solas para ir organizándolo.

La mañana después de la boda, ella se sentía casi tan nerviosa como en la ceremonia. En la puerta del hotel los esperaba una cámper preparada para hacer un viaje por toda la costa vasca, con paradas en las playas. Había buscado hoteles para compaginarlos con dormir en la furgoneta.

Óscar estaba feliz con el regalo. Arancha le dio las llaves y él no se lo podía creer; bromeaba con Arancha sobre si sabría hacer *surf* de nuevo. Ella lo tenía todo arreglado; tenían unas clases contratadas en su primer destino. Ella también quería aprender.

Su primer destino fue la playa de Zarautz. Llegaron a última hora de la tarde, habían hecho un viaje tranquilo haciendo paradas. Aparcaron cerca de la playa. Óscar cogió de la mano a Arancha para bajar hasta la orilla. La rodeó por la cintura mientras observaban las olas. Arancha se apoyó en su pecho sintiendo cómo respiraba Óscar. Estaba donde tenía que estar, con el amor de su vida.

Ya no sentía ningún miedo acechando en su espalda.

Pía



En la cabeza de Pía no paraban de repetirse las palabras de Arancha: «Todavía estás a tiempo». Se preguntaba si sabría lo que había sucedido en el crucero. Desde que volvió del viaje, creía haber actuado de forma natural. Era normal que se imaginase algo, pero no todo. Habían decidido esperar a que regresasen de la luna de miel para formalizar la relación en el trabajo. Desde su vuelta del crucero, había coincidido poco con Rodrigo en la Fundación. Quedaban algunos preparativos para la boda, de los que se quería ocupar ella, y, con esa excusa, se habían mantenido separados.

Aunque no estaba segura de que se le hubiese escapado alguna sonrisa al cruzarse con Rodrigo.

Él la había vuelto del revés; creía tener su vida controlada, pero no era así. Estaba enamorada de Rodrigo. «Todo culpa de Arancha», se decía. Si ella no le hubiese regalado el crucero por Italia, no habría pasado nada. Recordaba cuando lo vio en la cubierta. Con su sonrisa de oreja a oreja. Ella, que empezó el crucero sintiéndose una madre con el síndrome del nido vacío porque Iñaki y Arancha ya no la necesitaban. Arancha estaba feliz, enamorada de un buen hombre; sentía que su papel de protectora había terminado. Le quedaba el de abuela feliz y disfrutar de las gemelas de Iñaki. «Pero soy tan joven», se decía bajito. La vida le debía un amor. Cuando conoció a Rodrigo, estaba segura de que él era ese amor que la vida le enviaba. Según pasó el tiempo, volvió a la triste realidad. Él era más joven y estaba casado. Se limitó a una relación profesional. Se olvidó del amor.

Ni siquiera cuando Rodrigo se divorció se alegró por ello, o albergó esperanza de que él se fijara en ella.

Ese crucero le cambió la vida. Cuando vio a Rodrigo, su corazón dio un vuelco. Barajó la opción de esconderse en el camarote para no encontrarse con él. Estaba segura de que Rodrigo no la había visto al embarcar, pues él estaba hablando con otras personas y sus miradas nunca se cruzaron. Tampoco estaba haciendo nada malo para tener que esconderse. Sería incómodo verlo con otra mujer, si había ido acompañado, pero ya estaba acostumbrada a eso. Así que no iba a perderse un crucero que había deseado durante muchos años y siempre había estado posponiendo. Se arregló para la cena un vestido Midi en tonos verdes y con zapatos de tacón que

había elegido Aline cuando le ayudó a preparar la maleta. Salió del camarote sonriendo, en busca de su tía, que ya la esperaba. Se fueron al restaurante y allí estaba él, esperando en la puerta. El pelo negro lo llevaba engominado. Vestía un traje oscuro; parecía James Bond. Se acercó. A ella no le dio tiempo a darse la vuelta. Respiró hondo, lo saludó con dos besos y se lo presentó a su tía, que enseguida lo invitó a compartir mesa. Durante la cena hablaron del trabajo, de lo bien que le había venido tener un sustituto para poder tomarse unas vacaciones sin sentirse culpable. Hablaron de las visitas que deseaban hacer durante las paradas y él se apuntaba a todas.

Rodrigo la miraba embelesado, le daba igual lo que pudiesen pensar de él. No iba a perder la oportunidad de disfrutar de la compañía de Pía; iba a ir con ella a todos los sitios. Se había enterado del viaje por Iñaki, que se lo dejó caer en un descanso mientras tomaban café. Óscar le ayudaba en su plan de informarle de cuándo sería y dónde lo habían reservado. Arancha había insistido en que Pía se tomara unos días de descanso antes de la boda. Rodrigo escuchaba atentamente, intuyendo lo que se traían entre manos. Aunque nunca había confesado a nadie su amor por Pía. Se debatió durante mucho tiempo entre confesárselo a ella o permanecer callado. No quería que se sintiese incómoda o perder su amistad si ella no sentía lo mismo. Podría ponerle mil excusas: «Soy tu jefa y no estaría bien visto», la diferencia de edad: ella era diez años mayor. La última excusa que se le ocurría no quería ni que pasase por su cabeza: «No siento lo mismo por ti». Era experta en exponer argumentos y defenderlos. Rodrigo tenía la intuición de que sí sentía algo más por él.

—Id al grano, chicos, que no estoy para tonterías. ¿Quién os ha pedido que montéis este teatrillo? —preguntó Rodrigo dándole un sorbo a su café.

—Arancha y Gema —confesó Iñaki—. Están convencidas de que estás enamorado de Pía. Y a pesar de que Arancha se ha inventado mil reuniones entre vosotros y no ha conseguido nada, cree que este crucero es la mejor opción; estaréis en otro entorno, distinto, relajados, sin gente conocida.

—Ya me parecía extraño que siempre nos hacía reunirnos a última hora y ella desaparecía con alguna excusa, pero lo achacaba a que sabía que Pía acabaría el trabajo por ella.

—¿Y el crucero? ¿Qué te parece la idea? —preguntó Óscar.

—Tú me puedes sustituir y así no te estresas con los preparativos de la boda. Voy a informarme...

—Tengo tus billetes en mi despacho —dijo Iñaki—. Sale de Barcelona, así que te hemos cogido los de avión a distinta hora y no os encontraréis en el aeropuerto. Pía va con su tía, pero no os molestará porque es una casamentera y está deseando que encuentre pareja.

—¿Cuándo sale?

—El avión en unas horas, y el crucero por la noche.

—Podríais haberme avisado antes —refunfuñó Rodrigo nervioso.

—Pía se fue en el de este mañana, a primera hora —le aclaró Óscar.

—Vamos a por los billetes —dijo Rodrigo dejando la taza de café en el fregadero. Óscar le dio una palmadita en la espalda e Iñaki lo acompañó a por ellos. Le dio una carpeta donde tenía todos los documentos necesarios ordenados.

Rodrigo tuvo el tiempo justo de preparar las maletas e irse al aeropuerto. Iñaki lo acompañó y le despidió deseándole buena suerte.

Rodrigo, dentro del avión, se iba poniendo nervioso pensando en que el viaje pudiera salir mal. Aparta esa idea de su cabeza; estarán en un lugar idílico los dos solos, sin presiones ni tener que guardar las apariencias, como le dijo Iñaki. Era la ocasión perfecta para averiguar si Pía sentía lo mismo que él.

La observaba durante la cena: el pelo rubio recogido en una coleta, los ojos azules que intentaban evitar que coincidiesen con los suyos; aprecia, cuando sucede, cómo se ruboriza. Apenas lleva maquillaje. Son todo lo contrario. Por unos minutos Rodrigo se desanima; él es un bestia, como le han llamado desde pequeño. Viene de un mundo diferente. Ella ha salvado a mucha gente como él. Quizás es solo amabilidad lo que le muestra. Siente un golpe en la espinilla, levanta la mirada y ve a la tía de Pía sonreír. Y le hace un gesto con la cabeza. Pía se ha quedado en silencio, jugando con el postre.

—Me voy a retirar ya, ha sido un día agotador. Os dejo a los jóvenes que disfrutéis de la noche. No hace falta que me acompañes, querida —le indicó a Pía, que se iba a levantar de su silla—. Terminad de cenar. Hasta mañana.

Los dos se despidieron de la mujer con un «hasta mañana». Pía volvió a bajar la mirada a su plato; tener a Rodrigo tan cerca le estaba quitando el apetito. Sentía su mirada fija en ella, y no entendía el porqué.

—Vamos a pasear —le pidió Rodrigo rompiendo el silencio—. No me siento cómodo aquí.

Pía afirmó con la cabeza, se levantó, cogió el bolso y siguió a Rodrigo. Pasearon por la cubierta y se sentaron en un lugar tranquilo, con vistas a la oscuridad de la noche. Rodrigo le acercó una manta y cogió otra para él.

—Aquí se está mejor. —Silencio—. ¿Estás bien? Desconozco a esta Pía que está callada.

—Sí, no tengo a quién dar órdenes —bromeó con una sonrisa.

—¿Quién es Pía? No sé nada de tu pasado. Para mí, tu vida empezó el día que te conocí. Solo habláis del centro y apenas del pasado. Sé que adoptaste a Arancha e Iñaki, como dicen ellos, y que eres enfermera. ¿Qué más hay? Tu trabajo es gratificante, pero también es duro. No hablamos de ello, pero mucha gente se nos ha quedado por el camino y eso es difícil de llevar con lo que tú te implicas.

Pía lo mira y le sonríe. Es la primera vez que le hacen esa pregunta. «¿Quién es Pía?», se pregunta ella mirando a la inmensidad de la oscuridad.

—Tengo el síndrome del nido vacío, sin haber sido madre, siendo ellos adultos cuando los conocí y sin que apenas hayan vivido conmigo. Es raro y me siento ridícula al contártelo, pero me siento...

—No es raro, te he visto con ellos y es algo que me ha sorprendido desde que os conozco. Estoy seguro de que les llama la atención a todos. Te tratan como una madre, a pesar de no tener una gran diferencia de edad. Veo a Iñaki cómo te mira, cómo te trata y si le pregunto quién eres para él, me diría una madre. Pero es que los tres sois especiales. Tampoco entendía muy bien la relación de Arancha e Iñaki. Lo entendí cuando Iñaki empezó con novia, ahí sí que vi la diferencia del amor que siente por novia y el cariño por Arancha.

—Sí, es raro, supongo, si los conoces por primera vez.

—No nos desviemos, hableme de ti: padres, hermanos, hijos secretos, perros...

—Soy huérfana y no tengo hermanos, ni hijos secretos, ni perros. —Rodrigo seguía mirándola y Pía evitaba girarse; sabía que, si sus miradas coincidían, ella volvería a ruborizarse—. Mis padres murieron hace unos años, me cogí unos meses de vacaciones, tuvieron un accidente de tráfico y él murió en el instante, pero mi madre tardó unas semanas. Todo fue bastante rápido porque no tenía una relación estrecha con ellos. Hablábamos alguna vez, en Navidad y poco más. Dejé de hablarles cuando mi hermana mayor murió. Era drogadicta y nunca la ayudaron. Me llevaba doce años con ella, así que era mi ídolo. Para mí, era perfecta. Cariñosa, divertida, mi protectora y confidente. Tenía diecinueve años cuando murió. Yo estaba estudiando bellas artes; lo dejé. Me fui a vivir con mi tía materna y cambié de carrera; enfermería. Fue una época triste. Me sentí muy culpable por no ayudarla, por no hacer más. Mis padres decían que cuando tocara fondo la ayudarían, que tenía que darse cuenta ella. No quise volver a saber nada de ellos.

—Tú no fuiste culpable, Pía.

—Sí, fui viendo cómo caía en ese mundo. Pero era una niña que vivía en otra vida, diferente de la de mi hermana. Me creía artista. Pasó de ser mi mejor amiga a que me avergonzara de ella por las pintas que llevaba. Le hice daño... Pero no puedo solucionarlo. Cuando conocí a Arancha, fue verla a ella. Tuve que hacer un esfuerzo para no llorar y abrazarla. Físicamente, no se parecían en nada, eran la noche y el día; pero era su mirada, su cuerpo, su actitud... Me los llevé a casa y hasta hoy. Son los hijos que nunca tuve. —Pía suspiró—. Te toca a ti. ¿Quién es Rodrigo?

—Lo sabes todo de mí: peón de profesión transformado en profesor de educación física gracias a vosotros. Tenía una vida perfecta, novia perfecta, trabajo perfecto, compañeros que me adoraban y, sin darme cuenta, todo se torció. Iñaki salió una mañana, se quedó a mi lado. Estuve dando vueltas por allí durante semanas. —Pía sonrió; recordaba haberlo visto y hablar con Iñaki sobre darle tiempo—. Salió y se quedó a mi lado. Cuando lo vi, recuerdo que me dije: «¿Este me va a ayudar a mí? ¡Si no puede ayudarse él!». Descubrí a una gran persona, al igual que a Arancha y a Gema, y a ti —le dijo buscando su mirada. Pía le devolvió la mirada y sintió cómo su cara enrojecía. Se perdió en sus ojos marrones y en la amplia sonrisa que él le dedicó.

—¿Hijos secretos? ¿Perros?

—Espero que no, y soy más de gatos, me dan menos trabajo.

—¿Tienes gatos?

—Sí, dos. Iñaki se va a hacer cargo de ellos durante el crucero.

—No te imaginaba con gatos. —Sonrió Pía.

—La bestia también tiene su corazoncito —bromeó Rodrigo.

—No me gusta que te llames así, ni siquiera sé por qué lo haces tú o dejas que lo hagan los demás.

—Empezó como una broma. No me disgusta. Mírame, no encajo en los cánones típicos. Para comprarme este traje lo tuve que encargar a medida. Soy grande y es lo que hay. Hablando de corazones, esta es la noche, lo tengo feliz. —Cogió con delicadeza la mano de Pía. Ella la retuvo unos minutos, la soltó y se levantó dispuesta a volver a su camarote—. Me parece bien un paseo.

—Ya es hora de descansar, me he pasado con la bebida. —Rodrigo la miró extrañado.

—Creo que es más por otra cosa. Espérame aquí.

—Estoy cansada...

—Dame unos minutos.

—De acuerdo —aceptó Pía. Rodrigo regresó con unos platos llenos de comida y unas botellas de agua dentro de los bolsillos de su chaqueta. Pía sonrió.

—Tenemos hambre, por eso crees que se te ha subido la bebida, apenas te he visto beber dos copas. —Se sentaron en unas sillas cercanas y disfrutaron de los manjares que Rodrigo había conseguido. Después de unas horas, Rodrigo regresó los platos acompañado de Pía. Dieron un paseo en silencio hasta el camarote de ella.

—Pía, no voy a andar con rodeos, estoy aquí por ti. Me gustas, estoy enamorado, colado por ti y necesito saber si tú sientes lo mismo. No quiero que te sientas incómoda, pero es lo que hay —le confesó enfrente de la puerta. Pía tenía la llave en la mano. Miró incrédula a Rodrigo, no sabía qué hacer ni qué decir ante su mirada expectante.

—Necesito estar sola, hablamos mañana —le costó unos minutos abrir y entrar en el camarote. Rodrigo se quedó parado enfrente de la puerta, esperando que la volviese a abrir y que le confesase su amor. Pero no fue así. Regresó desilusionado a su camarote; Pía no sentía lo mismo por él.

Ella estaba nerviosa, nunca había pasado por su cabeza que Rodrigo fuese tan directo. Sentir su cuerpo tan cerca, su calor. Se acarició los dedos cuando sintió sus manos unidas, había provocado que su corazón se desbocase; no podía comportarse de esa manera. Era una mujer mayor, no una adolescente.

Cogió el móvil decidida; tenía que hablar con alguien. Marcó el contacto de Arancha.

—¿Estás bien? ¿Ha pasado algo? No me digas que habéis naufragado —preguntó Arancha nada más descolgar.

—Ha sido idea tuya, ¿verdad? Por eso Rodrigo está aquí. —Escucha un suspiro de alivio y una sonrisa—. ¿Cuándo te diste cuenta? ¿Alguien más lo sabe? ¿Cómo voy a volver al trabajo? ¡Qué vergüenza!

—Para, lo sabemos los cuatro, nadie más. Vas a volver al trabajo feliz y relajada porque esto es tuyo y nadie tiene que decirte nada sobre tu vida privada. ¿Os habéis besado ya?

—Cuando llegue, te va a caer una bronca buena. No está bien decidir sobre la vida de la gente.

—Lo hacemos todos los días con los demás, Pía.

—Qué hago, me ha dicho que está enamorado y quiere saber qué siento por él.

—Eso lo tienes que responder tú; yo solo te he dado un escenario perfecto para una bonita historia de amor.

—¿Cómo te diste cuenta? ¿Tan obvia soy? Debí parecer ridícula con mi edad y babeando por él.

—No eres ridícula y solo tienes diez años más que él, no pierdas la cabeza. Es más, él siempre ha parecido más mayor. Y fue Gema; una tarde subió y soltó un «¿Cuándo se decidirán estos dos?». Me dijo que hablaba de ti y de Rodrigo. Me sorprendió bastante, porque respondí: «¿Mi madre está enamorada y no me ha dicho nada?». Y lo de madre no lo digo por la edad, es porque te quiero. Me empecé a fijar y sí, estabais enamorados; así que fuimos inventándonos reuniones para que estuvierais juntos, cursos que podríais impartir vosotros. Pero nada; así que hemos tomado medidas adicionales. No quiero que dejes pasar tu vida por miedo al qué dirán. Solo

tiene que importarte lo que él dice y lo que tú dices. Disfruta, se está muy bien sin pareja, pero también con ella tiene muchas ventajas.

—Arancha, no estoy preparada, no es el momento, no va a salir bien.

—Es el momento, estás preparada y va a salir bien. Y me voy a comer algo, que me ha entrado hambre. No le des más vueltas.

—No se lo cuentes a nadie, por favor —le pidió antes de colgar. Se tumbó en el colchón unos minutos, sintiéndose avergonzada. Se había convertido en la comidilla de los chicos, que intentaban que ella se echara un novio. Después de dar vueltas, se levantó y se dio una ducha, se preparó un té que la ayudó a dormir.

Se despertó tarde y no fue a desayunar, a pesar de que estaba muerta de hambre. Su tía fue a buscarla y le mintió diciéndole que se encontraba un poco mal y que iría más tarde.

Rodrigo se encontró con la tía disfrutando del bufé en compañía de unas amigas que acababa de hacer. Le contó que se encontraba mal por algo de la cena y que saldría más tarde a pasear. Rodrigo se dio la vuelta y se fue a buscar a Pía. Llamó a la puerta enfadado y ella le abrió.

—¿Qué pasa? ¿Por qué llamas así? ¿Mi tía está bien?

—Está perfecta, hablando con todo el mundo. ¿Estas tenemos, Pía? Te confieso lo que siento por ti y te encierras en tu habitación como si tuvieras quince años. ¿Me vas a estar ignorando todo el viaje? Si es así, me cojo un avión y me vuelvo a Gijón. —Pía lo cogió del brazo y lo metió en la habitación.

—No des voces, no se tienen que enterar todos de nuestros problemas.

—No estoy dando voces, hablo así. ¿Es un problema estar enamorado de ti? ¿Qué sientes por mí? —Ella se alejó unos metros—. Entiendo; me equivoqué. Volveré a Asturias y te dejaré disfrutar del crucero.

—No. Me gustas... mucho. Pero... —Rodrigo caminó hacia ella y la besó. No dejó que pronunciase más palabras. Sus lenguas se devoraron, Rodrigo se separó apenas unos segundos para ver la sonrisa de Pía.

—¿Quieres que pare?

—No.

Rodrigo sonrió. La rodeó con los brazos y la acercó a su cuerpo. No iba a dejar ni un milímetro de separación. Pía se pegó a él. Notaba su miembro duro en su propio cuerpo. Rodrigo metió la mano en las bragas de Pía y apretó su culo suave. Pía lo besó con más ansias. Sin soltarse, cayeron en el colchón. Él se quitó la camisa mientras ella se quitaba el camisón. Rodrigo se acercó y le quitó con cuidado las bragas; las fue bajando por sus piernas. Pía se cubría la cara. Él le quitó las manos de la cara.

—Mírame —le ordenó y se tumbó encima de ella. Se quedó así, desnudo, sintiendo el calor del cuerpo de Pía. Su suavidad. Le acarició los muslos. Notó que Pía ya estaba preparada y entró en ella con rapidez, sin cuidado. No podía esperar más. Se miraban fijamente mientras sus cuerpos se unían. Los ojos oscurecidos por la pasión. Los gemidos de Pía provocaban que Rodrigo aumentase las embestidas. Estaba en ella. Se dejó caer encima de Pía. Ella lo rodeó con sus brazos; no deseaba que se separase.

—¿Estás bien? —consiguió murmurar él.

—Sí —dijo en susurro. Él se tumbó a su lado y la abrazó. Se quedaron dormidos, sintiendo el calor de sus torsos desnudos.

Se despertaron a las pocas horas. Pía se levantó para ir al baño y se quedó observando a Rodrigo. Él dio unos golpes en el colchón para que volviera a la cama; ella dudaba. Rodrigo se incorporó y se quedó sentado, estiró la mano y ella se la aceptó. La acercó a él. Apartó la sábana que le cubría y la dejó desnuda delante de él. Llenó de besos su estómago. Ella se acercó más y metió las manos en el pelo de Rodrigo. Él seguía besándola; apretó su culo contra él. Pía empezó a gemir y él sonreía. La tumbó en el colchón, se deleitó en sus pechos, que tantas veces él había jugado a imaginarlos debajo de sus blusas. Se dejaron llevar de nuevo por la pasión que habían estado ocultando durante muchos años.

—Tengo hambre —le susurró Rodrigo al notar que ya estaba despierta.

—Yo también, pero... —Él le puso el dedo en los labios.

—No voy a dejar que digas nada más, ningún pero. —Ella sonrió—. ¿Lo has entendido? —Pía afirmó con la cabeza—. En este crucero mando yo. Tú ya has decidido bastante por los demás durante mucho tiempo, has llevado ese peso en tus hombros. Te libero de ese peso durante estos días. ¿Estás de acuerdo? —Pía le besó los labios—. Vamos a la ducha —ordenó Rodrigo.

Se levantó, cogió la mano de Pía y caminaron hasta la ducha. Luego, salieron en busca de la cena a la zona de restaurantes. Pía vio a su tía, que ya tenía su grupo de amigas; se acercó y enseguida su tía le dijo que la dejara a su aire, guiñándole un ojo. Pía caminó hasta la mesa que Rodrigo había elegido.

—¿Qué van a cenar? —les preguntó el camarero. Pía miró a Rodrigo.

—Él decide por los dos... en el crucero —aclaró Pía. Rodrigo sonrió y eligió los platos que degustarían esa noche.

—¿Y después? —le preguntó él cuando el camarero se alejó.

—Lo tendremos que hablar, pero ahora no quiero pensar, solo quiero cenar; tengo que reponer fuerzas. —Rodrigo entrelazó su mano con la de Pía, que descansaba en la mesa. No podía creerse que estuviese sucediendo por fin.

Pía y Rodrigo disfrutaron el crucero desde las ventanillas de su camarote. No quisieron ni pudieron separarse en aquel viaje.

—Ya se acabó mi mandato —bromeó Rodrigo al pisar tierra—. Estoy a tus órdenes.

—¿Estás seguro?

—Sí, lo haremos como tú decidas, pero... —Pía le besó.

—Dejemos los peros. La única condición no es una condición: quiero esperar a después de la boda de Arancha, es su día y el de Óscar, aunque ya se sospecharán algo. —Rodrigo le dio un suave beso en los labios ante la atenta mirada de su tía, unos metros alejada.

—No puedo desaprovechar ni un minuto.

—Puedes mudarte a mi casa en unos días. Quiero vivir contigo, ya he perdido mucho tiempo sin ti, si te parece bien —dijo ante la cara de asombro de Rodrigo. Él le acarició la mejilla,

—Me parece bien, no quiero ir despacio, no quiero esperar, solo quiero estar contigo.

Pía se aleja unos minutos de la fiesta. Abre los ojos al sentir a Rodrigo a su lado soplándole en la nuca; la abraza y ella se apoya en su pecho.

—¿Qué haces aquí sola? —le pregunta en un susurro al oído que hace que se le erice la piel.

—Guardando todos los recuerdos de hoy, no quiero olvidarlos. —Él la abraza más fuerte.

—La próxima será la nuestra, ya estoy cogiendo ideas. —Pía se ríe feliz.

—Volvamos a la boda. —Rodrigo la suelta y empieza a caminar, siente la mano de Pía sujetando la suya. Levanta la mirada buscando la de ella. Está sonriente. Él le guiña un ojo y caminan cogidos de la mano hasta la zona de baile. Comienza a sonar la canción de Óscar: *Me gusta mucho tú. Tarde o temprano serás mía...*

Las carcajadas inundan la fiesta, Arancha observa a Pía feliz, de la mano de Rodrigo; le susurra un te quiero que Pía le devuelve. Iñaki se acerca a Rodrigo.

—Sí, ya me sé tus amenazas, Iñaki. Vuelve a la fiesta. —Iñaki lo abraza y después abraza a Pía. Le hace el gesto de estar vigilándolo y vuelve al lado de Gema.

Rodrigo la arrastra hasta la pista de baile, la sujeta por la cintura y bailan abrazados mientras él le canta la canción al oído.

Agradecimientos



Gracias a Silvia Soliño, por dedicarle horas a la primera corrección de esta historia. Sin su trabajo no sería la novela que es ahora.

Gracias a ti por elegir esta historia, por dedicarle tu tiempo. Deseo que te haya hecho disfrutar.

